

EL CASO DE LA SEÑORA MURPHY

Fredric Brown

Título original: Mrs. Murphy's underpants

Traducción: Carlos Barrera

© 1963 Fredric Brown

© 1966 Editorial Diana, México

Edición digital: Norma y Gustavo

Ciudad de México, 2001

Capítulo 1

Estaba tendido en mi cama esa noche con una costilla rota y un trombón roto. La costilla sanaría, pero no el trombón, según decidí.

A ambos los había roto la noche anterior, bajando las escaleras, en camino a una reunión de aficionados: unos cuantos tipos a quienes había conocido y a los que les gustaba juntarse una noche cada dos semanas para producir ruido. La punta del pie tropezó en una rotura de la alfombra de la escalera, agujero que no estaba allí antes, a unos cuantos peldaños de la parte inferior, y me eché en clavado hacia un aterrizaje de tres puntos, el primero de los cuales había sido el extremo de la caja del trombón. Me había cortado la respiración por un momento y me había dolido, pero no mucho peor que cuando uno se lastima un dedo o se golpea el tobillo contra algo. La señora Bardy, la patrona, oyó la caída y llegó corriendo desde su apartamento al fondo del primer piso; llegó y comenzó a ocuparse de mí, como una gallina de sus polluelos, aun antes de que me levantara. Mi primer pensamiento no fue para mí ni para el trombón (yo no me lastimo con facilidad y la caja debía haber protegido al instrumento), sino para el tapete. Alguien pudo haberse roto el cuello a causa de él. El tío Am había oído también, y bajó de nuestra habitación; me dijo que él arreglaría la alfombra y yo me podía ir si estaba seguro de no haberme lastimado. Eso le dio nuevos bríos a la señora Brady, y el único modo como pude escaparme de la casa fue prometerle que me detendría a ver al doctor Yeager, que vivía a unas cuantas puertas de distancia, y dejarle que me examinara antes de proseguir rumbo a la reunión de aficionados. Me hizo desnudar hasta la cintura, empujó con un dedo el sitio en donde le dije que me dolía un poco, y lancé un ¡ay! de dolor. Luego me auscultó, me pidió que tosiera un poco, y me informó que tenía una costilla rota. Me vendó y declaró que no había ninguna razón por la cual no pudiera ir a la sesión a oír, pero que dudaba me sintiera con ánimo de soplar en un instrumento de viento antes de que pasaran dos semanas. Hice una respiración profunda para probar, y decidí que tenía razón. Así que regresé a casa y llamé por teléfono para visar que no iba a la sesión y me puse a jugar gin rummy con el tío Am.

A la mañana siguiente me sentía todavía más dolorido del costado, y el tío Am me convenció de que debía quedarme en casa, dejando que él atendiera la oficina un día por lo menos. No teníamos muchos casos a la mano, por el

momento, y en realidad sólo se trataba de aguardar a que llegara alguno. Me prometió telefonarme si se presentaba algo que él no pudiera manejar.

Quizá debiera decirles que mi nombre es Ed Hunter, y que mi tío. Ambrose Hunter, y yo, tenemos una agencia de detectives, privada, con oficina en un edificio de la avenida Wabash precisamente al norte del Loop de Chicago; y que habitamos juntos en la calle Hurón, también en el cercano lado Norte, no muy lejos. No nos estamos haciendo ricos, pero la vamos pasando, y ambos nos llevamos muy bien. Mi tío Am es bajito, regordete y avisado; anda en sus cuarentas y conserva la mayor parte de su cabello y un bigotillo ralo que insisto en repetirle que se lo quite. Yo ando en mis veintes y sigo soltero, aunque me he escapado en una tablita. El tío Am es un solterón empedernido.

Habían pasado veinticuatro horas desde el accidente y me ocupaba de examinar el trombón. Descubrí que había sido demasiado optimista al pensar que, puesto que la caja no estaba dañada, tampoco lo estaría el instrumento. El golpe había zafado la boquilla y el tubo en que se ajusta o en donde se supone que se ajusta. Acaso se pudiera componer; ya lo indagaría pero tenía el presentimiento de que no era posible. Uno piensa en un trombón como algo de metal muy fuerte, pero no en esa parte especial de la boquilla o el tubo en que se ajusta.

Con esto me regreso al sitio en donde empecé; en mi cama, con una costilla rota y un trombón roto. Coloqué el instrumento en la caja y guardé la caja.

Todavía era temprano, no más de las nueve, pero me sentía soñoliento y estudiaba si convenía desnudarme y meterme en la cama en lugar de estar sobre ella. Decidí echarme un sueñecito así como estaba. Cuando el tío Am regresara quizá estuviera de humor para salir a tomar una cerveza, hasta podía telefonarme para saber si no quería ir a encontrarme con él en algún sitio. Con un pequeño parpadeo de una hora o dos, probablemente me apetecería salir, aunque no si eso significaba vestirme de nuevo estando completamente desnudo.

Así que extendí el brazo y apagué la luz; por supuesto, me di cuenta de que no tenía sueño.

No tenía ni la menor idea de cuándo regresaría Am o me telefonaría. Había llamado tarde para decirme que se había presentado un trabajito, uno de seguir a alguien, y estaría trabajando en él. Iba a entrar en acción cuando la sujeto saliera del salón de peinados, después de una cita a las cuatro y treinta, y no perderla de vista hasta que llegara a su casa, ya fuera de inmediato o hasta el día siguiente. Lo único que yo sabía, hasta entonces, era que no se había ido derecho a su casa, si bien podía no tardar mucho.

Me había quedado tendido ahí apenas un minuto o dos, cuando un ruido muy ligero me obligó a abrir los ojos y a dirigirlos hacia la puerta del cuarto. El ruidito parecía haber sido el clic de un apagador, y eso era, porque antes había una rendija de luz bajo la puerta y ahora no estaba. Alguien había apagado la luz del corredor de arriba, lo cual no resultaba lógico porque nadie podía tener ninguna razón legítima para ello. No es foquillo muy brillante y queda encendido toda la noche.

Me enderecé para encender la lámpara que acababa de apagar, pensando que luego revisaría el corredor, y apenas llegaba mi mano al botón, cuando percibí otro ruido que me paró en seco.

Había un sonido débil y cauteloso de movimiento en el corredor, junto a nuestra puerta. Y ésta empezó a abrirse.

Conservé la mano en el botón de la lámpara, pero no le di vuelta. Sería conceder ventaja si lo hacía. Yo había estado en la oscuridad un buen rato y mis propios ojos se habían acostumbrado a ella. Podía ver el dibujo de los muebles, la forma de la puerta que se abría. Distinguiría la silueta, aunque vaga, de quienquiera que entrase. Él, por otra parte, acababa de apagar la luz.

Sin embargo, me asaltó el pensamiento de pánico de que quizá tuviera una pistola, y yo debería intentar ir por la que está en el cajón superior del tocador del tío Am. No portamos armas en la clase de trabajo que hacemos, pero tenemos una para cada uno, en la oficina y otra extra en el cuarto por sí o por no. Bueno, éste bien podía ser el caso de por sí; entonces ¿por qué demontres no se encontraba debajo de mi almohada en lugar de al otro lado del cuarto?

Ya estaba la puerta abierta, alguien entraba y yo a duras penas podía creer lo poco que mis ojos me decían en la penumbra. Era pequeño: un enano o un chiquillo. Si era un niño, no podía tener más de nueve o diez años.

Ahora estaba cerrando la puerta. Luego tentaleaba su camino por la pared de la derecha; yo había tenido razón, por el modo como avanzaba no podía ver tan bien como yo. Lo dejé llegar hasta el tocador (el mío, no el del tío Am con la pistola), y me di cuenta de que no podría abrir la puerta y salir antes de que lo pescar yo; así que apreté el botón.

Entonces ya tenía apoyada la espalda contra la puerta, y ambos parpadeando en la repentina luz, él se detuvo en el acto de abrir un cajón del tocador, mirándome por encima de los hombros con ojos atemorizados.

Era un chicuelo, un muchacho algo más joven de lo que había calculado en la oscuridad. Ocho años, tal vez, y no nueve o diez. Limpio y bien vestido, no el sucio pilluelo que me esperaba. No lo conocía, pero en cierta forma, me parecía familiar, como alguien a quien hubiese visto en ocasiones anteriores por el barrio.

- ¡Bueno, chiquillo! ¿de qué se trata? - le dije.

Algo de temor desapareció de sus ojos, siendo sustituido por un toque de lo que parecía reto. Se enderezó y me clavó la vista, cara a cara.

- ¡Me ha atrapado! - masculló -. Llame a los polizontes.

Me di cuenta de que todavía continuaba en pie detrás de la puerta cerrada, deteniéndola con las manos, y me sentí tonto. Me relajé un poco y le contesté.

- Déjame a mí preocuparme por los policías si así lo decido. Deseo saber primero de qué se trata. Acaso sea algo que tu padre debía tener la oportunidad de arreglar. ¿Quién es tu padre?

No me contestó, y yo lo dejé pasar.

- ¿Cuál es tu nombre?

- Ya me pescó, muy bien, llamé a los polizontes.

- ¡Vaya nombre chistoso! - comenté -. Regresemos a mi primera pregunta. ¿De qué se trata? ¿Te andas divirtiendo o necesitas dinero más de lo que aparentas necesitar?

- ¡Dinero! - rezongó como si fuera una maldición -. Tengo montones de dinero. - Me lo demostró, en parte, metiendo mano al bolsillo posterior del pantalón y enseñándome un monedero.

- Muy bien, probablemente tengas más dinero que yo. Pero, ¿qué andas buscando aquí?

- Una pistola.

Me sentí con ganas de sentarme. Recordé que la cerradura tiene un pestillo que usamos muy poco porque se atora y es difícil abrir. Echado el pestillo no

podría salir antes de que lo alcanzara. Lo corrí y regresé a la cama a sentarme. Le indiqué con la mano el sillón considerado el favorito del tío Am, muy cerca de él.

- Siéntate, muchacho. Eso de la pistola es demasiado o no es bastante. Tenemos que conversar un poco.

- ¿Para qué? Llame a los polizontes. O lléveme con ellos. - No obstante, se sentó en el brazo del sillón.

- No, sino hasta que sepa lo que estás haciendo, aunque nos tome toda la noche. ¿Qué te hizo pensar que hallarías aquí una pistola? ¿O andabas esculcando todo el barrio?

- Usted es un detective. No conozco su nombre, pero alguien me contó, que aquí viven dos detectives. Usted y su papá.

- Mi tío, para ser exactos. Y sí, tenemos pistolas, aunque no aquí. Las guardamos en la oficina. Muy bien, ahora ya sabemos por qué buscaste aquí. Ahora se presenta la gran pregunta. ¿Para qué quieres una pistola?

Ninguna respuesta.

- Tienes toda la noche - recalqué -. No vamos a ir con la policía; si siquiera llegaremos a primera base hasta que me expliques cómo va la cuenta.

Me desafió con la mirada por un momento; luego empezó a percatarse de que no era tan valiente como se imaginaba: el labio inferior le comenzó a temblar.

- Porque unos hombres van a matar a mi padre. Oí que hablaban sobre eso.

- ¿Cuándo y en dónde?

- En mi casa, esta tarde. - Tomó impulso ahora que ya había principiado -. Me tuve que acostar porque algo que comí en el almuerzo me revolvió el estómago. Los oí hablando fuera de mi cuarto.

- ¡Muchacho, pudiste haberlo soñado! Estabas durmiendo.

- No quise decir durmiendo, nada más me había acostado.

- Según entiendo, ¿no dijiste nada de esto a tu padre?

- Tampoco me hubiera creído. Me hubiese dicho que lo había soñado, como usted; y no lo soñé, señor Hunter.

- Pequeña falla. Antes, no sabías mi nombre. Eso no es importante. Supongo que tuviste que estudiar el terreno.

- Lo había oído, pero se me había olvidado, ¡palabra! acabo de recordarlo. ¿Cree usted que le estoy diciendo la verdad, señor Hunter?

- Bueno, digamos que creo que tú crees que me estás diciendo la verdad. Sin embargo, tienes agarrado el palo por el extremo equivocado, según la forma como lo estás manejando. Ahora bien, he aquí cómo lo voy yo a manejar te guste o no. Nada de polizontes. Todavía no, por lo menos. Escúchame, ¿se llevan bien tu padre y tú? ¿no le tienes miedo?

- Lo... lo quiero mucho.

- Bueno. Entonces te llevaré con él y le vas a contar lo que acabas de decirme. Y si tú no te abres de capa, yo se lo diré. Lo que haya que hacer acerca de ello o acerca de ti, es decisión que a él le toca tomar.

- ¡No! - exclamó con nuevo aspecto de desafío -. Además, no lo puede hacer porque no le he dicho quién soy.

Negué con la cabeza.

- Pero se te está olvidando algo.

- ¿Qué?

- Que soy un detective. ¿Quieres oírme hacer una deducción?

- ¿Cuál?

- Que tu nombre y tu dirección están en ese monedero de tu bolsillo izquierdo. - Me levanté y le tendí la mano -. Vamos a ver.

Él no lo había pensado. Se deslizó del brazo del sillón del tío Am y empezó a darle vuelta.

- ¡No!

- Entrégamelo, muchacho - le dije pacientemente -. Soy más grande que tú y no hay a dónde correr. Te lo quitaré a la fuerza si es preciso; no me obligues.

Especialmente, pensaba, con una costilla rota, una lucha, hasta con un chicuelo, me tendría que doler como un demontre.

Me lo entregó con renuencia pero me lo entregó. Había dinero en él, unos cuantos billetes, no pude evitar verlo, mas no me aseguré de cuánto era. Lo abrí únicamente para leer lo que estaba escrito en la tarjeta de identidad. Michael Dolan era su nombre. Y más abajo, «En caso de enfermedad o accidente notifíquese...» que era lo que yo buscaba. La persona a quien se debería notificar era un Vincent Dolan, con su número de teléfono y una dirección apenas a una cuadra de donde nosotros vivíamos.

Luego recibí una especie de sobresalto. ¿Un Vincent Dolan o el Vincent Dolan? Quiero decir: el Vincent Dolan que era alguien prominente - no un prominente sino el prominente - en los círculos deportivos de Chicago, si uno considera a las carreras de caballos como deporte. No un corredor, sino un hombre tras los corredores; que los mantiene en orden, les permite no aceptar apuestas demasiado grandes para ellos y les arregla fianza en caso necesario.

No obstante, el nombre no se ajustaba con la dirección. Un hombre de esa categoría ganaba dinerales.

- ¿De qué se ocupa tu padre, Michael? - le pregunté.

- ¿Me quiere decir que no ha oído hablar de él? Es famoso. Trabaja para el sindicato.

Bueno, eso contestaba mi pregunta; un chico debía sentirse orgulloso de su padre, como Mike Dolan lo estaba. Y hasta donde me era posible saberlo, con amplia justificación. Yo no sabía nada en contra de Vincent Dolan, excepto el hecho de que su negocio se encontraba fuera de la ley, técnicamente. Pero, ¡vamos!, también he hecho algunas apuestas en mi vida y eso me hace tan criminal como los corredores. Le devolví el monedero.

- Sí, he oído hablar de él - le contesté -. Espera a que me ponga zapatos y una chaqueta, y la emprendemos para allá.

Al ir bajando las escaleras, y en el exterior, no intenté sujetarlo por el brazo. Podía haberse zafado y correr, sin embargo, sabía que no lo iba a hacer; ahora que yo conocía el nombre y la dirección de su padre, estaba atrapado. Tendía que afrontar el asunto, de todos modos, al regresar a su casa.

El exterior del edificio no me contestó ninguna pregunta. Era típico de la cuadra y el vecindario en general. Tres escalones desgastados subían a la puerta de entrada, y el chico sacó una llave del bolsillo; yo lo detuve.

- Déjame llamar - le dije -. Me sentiré mejor haciéndolo a mi modo la primera vez que vengo, aunque con auspicios tan buenos.

Y soné el timbre.

Capítulo 2

El hombre que abrió la puerta no parecía acomodarse a mi idea de cómo sería Vincent Dolan. Era grandote, aunque demasiado joven para el papel; como de mi edad. Lo cual, sin embargo, no significaba que no pudiera ser el padre de un muchacho de ocho años de edad, aunque hubiera tenido que empezar muy pronto para hacerlo. No parecía ser el padre de nadie. Tenía más bien aspecto de Hollywood. Demasiado bien parecido, si bien en forma tosca.

- ¿Sí? - se dirigió a mí, sin cordialidad ni animosidad. Antes de que pudiera comenzar a contestar su pregunta general, bajó los ojos y vio al muchacho -. ¡Mike! - exclamó -. ¿Qué de...? Se supone que ya estás metido en la cama, y no lo estás.

Ya había yo decidido, para entonces, que no era Vincent Dolan, así que lo interrumpí.

- ¿Está aquí el señor Dolan? - Y luego, percatándome de que no sabía cuántos Dolan habría -; ¿El señor Vincent Dolan?

Retrocedió un paso. Quizá no lo hubiera hecho, por lo menos con tanta facilidad, si no hubiera llevado a Mike conmigo.

- Sí - repuso - sí, está aquí.

Y el señor Dolan lo demostró saliendo por una puerta al vestibulillo. Era un pequeño irlandés, enjuto, acaso de cincuenta. Ahora a él le tocó sorprenderse por la presencia de Mike.

- ¡Mike, hijo! ¿Qué sucedió? ¿En dónde andabas?

Y antes de que nadie pudiera contestar a nadie, la situación se complicó más por la aparición de un ángel en la parte superior de la escalera a la que conducía el vestíbulo. Un hermoso ángel irlandés, de cabello como ala de cuervo, aproximadamente de veinte años, y nada enjuto, que exclamó:

- ¡Mike! ¿Cómo es posible...?

Decidí que alguien debía dirigir aquello, y lo hice.

- Señor Dolan, Mike está perfectamente bien, y todo se puede explicar. Tiene algo que decirle que supongo usted debiera oír a solas. Puede no ser nada de importancia o puede ser algo muy privado y personal.

- Papá - empezó Mike -, me atrapó bien cuando yo...

- Un momento, Mike. Sólo tu padre debe saber esto primero. Luego él decidirá si otra gente haya de saberlo.

- Entren aquí - manifestó Dolan, aprobando con la cabeza. Entró y Mike y yo seguimos. Cerré la hoja; parecía bastante gruesa, a prueba de sonidos, a menos de que alguna persona comenzara a vociferar.

El cuarto era algo entre un privado y un estudio, con ciertos detalles de biblioteca: toda una pared se hallaba cubierta con libros. Los muebles y los cortinajes, obviamente, no procedían de ninguna venta barata de sótano. Recordé el vestibulillo con su estupendo alfombrado, y la graciosa curva de las escaleras, en el extremo posterior. Y por aquello y este cuarto, comprendí por qué Dolan vivía en la calle Hurón. Deseaba vivir en un edificio que pareciera como de diez centavos en el exterior y un millón de dólares en cuanto se trasponía a la puerta de entrada.

Me agradó la idea.

Nos sentamos. Mike parecía intranquilo, aunque no temeroso. Dolan fruncía el entrecejo con sorpresa, no con enojo.

- Muy bien, Mike - lo instó.

- Permítame presentarme primero, señor Dolan - lo interrumpí -, luego Mike puede hablar a su vez. Me llamo Ed Hunter y soy detective privado, pero no

estoy trabajando en ningún caso. Estoy aquí porque Mike supo en el barrio (vivo a una cuadra de aquí) que soy detective, y fue a verme, más bien a mi cuarto, por esa razón. Muy bien, Mike, puedes continuar.

Mike tragó saliva y luego continuó. Y contó todo, o, por lo menos, exactamente lo mismo que media hora antes en mi cuarto. Excepto que yo le tuve que sacar unos detalles y ahora los explicó de corrido. Dolan no lo interrumpió ni una vez, y hasta cuando Mike había concluido, aguardó medio minuto y luego preguntó con suavidad:

- ¿Es eso todo, Mike, todo? - Mike asintió con la cabeza.

Dolan aguardó otro medio minuto.

- Mike, sé que no estás mintiendo, sin embargo, simplemente no pudo haber sucedido. Que lo creas así o no, debes haberlo soñado. Créeme. Ahora otro punto, el importante. El ir a robar una pistola para protegerme o lo que fuera, es una cosa grave, Mike, y una cosa mala. Además de ser mala, ni siquiera era inteligente.

La única respuesta fue un ligero resuello.

- Va a ser preciso que tengamos una conversación acerca de eso, una larga conversación. Ya es muy tarde para una conversación esta noche, así que eso lo haremos mañana. Ahora debes irte a la cama, ¿comprendes?

Mike asintió de nuevo. Se levantó y yo empezaba a hacerlo; Dolan nos detuvo a los dos.

- Un minuto, señor Hunter. ¿Podiera usted quedarse siquiera el tiempo suficiente de beber una copa? Hay algo que desearía tratar con usted.

- ¡Seguro! - repuse. ¿Qué podía perder?

Se inclinó a un lado y oprimió un botón en alguna parte. Luego se volvió a Mike tendiéndole una mano.

- ¿Convenimos en ello con un apretón? Hasta mañana entonces - se estrecharon las manos con solemnidad.

La puerta se abrió y un mocito filipino entró.

- Un par de copas Robert. Lo que el señor desee; ya sabe lo que yo bebo.

- Whisky y soda estará bien - murmuré.

- Un momento, Robert. Antes de que empiece a preparar las copas, vea si puede hallar a Ángela y le ruega que venga.

Robert inició una reverencia y desapareció, para ser reemplazado muy pronto por el ángel a quien ahora conocía por el nombre de Ángela.

- Encanto - le dijo Dolan (y eso también encajaba bien) - ¿me haces favor de llevar a Mike arriba y ver que se meta a la maca? ¿y que se quede allí esta vez?

- Por supuesto, papá. Primero, ¿podiera preguntar de qué se trata? ¿O continúa siendo un secreto?

- Ya te lo contaré más tarde. ¡Oh!, ustedes dos no se conocen. Ed Hunter, mi hija Ángela.

Me tendió la mano y yo se la estreché con desgano, casi tanto como el mostrado por Mike con su monedero.

Robert llegó y se fue silenciosamente, dejándonos con las copas. Dolan puso a un lado la suya, se levantó y caminó de arriba abajo con desasosiego.

- Odio las coincidencias - empezó -. Supongo que acontecen pero son difíciles de aceptar. Veamos si podemos pensar de tal manera que ésta no sea una.

- ¿Cuál que no sea una?

- Esta tarde me presenté en la oficina de un detective y contraté a un hombre llamado Ambrose Hunter para que siguiera a mi esposa por dondequiera que fuese, durante algún tiempo. Esta noche, su sobrino, Ed Hunter, me regresa a mi hijo que fue atrapado tratando de robar una pistola. Tengo que creer en su palabra si creo en la de Mike de que él... bueno... lo sacó de un sombrero.

- ¡Caray! - exclamé - acaso encuentre lo que sigue más difícil de creer; sin embargo, no sabía sino hasta este mismo instante en qué estaba trabajando mi tío. No fue a la oficina esta tarde. Me telefoneó que había aceptado una tarea para esta noche. Y me confió que se trataba de seguir a una persona; nada de nombres.

- Se me figura que sí puedo creer eso. ¿Qué hubiese importado, en relación con lo que aconteció esta noche, si hubiera usted sabido o no lo que su tío andaba haciendo?

- Así lo pienso yo también. A menos que usted quiera creer que secuestré a Mike y él y yo conspiramos para contar este cuento chino. O algo semejante.

»En realidad, concediendo que Mike hubiese sentido un deseo repentino por una pistola, y concediendo que decidiera robársela a un detective, no hay ningún misterio respecto a por qué nos escogió a nosotros o a mí. Simple geografía. Un detective privado busca no anunciar su profesión en su propio barrio, pero corre el rumor. Mi tío Am y yo hemos tenido habitaciones en casa de la señora Brady desde hace varios años. Probablemente la mayoría de los vecinos, y los chicuelos, saben quiénes somos y qué hacemos. Es casi seguro que somos los únicos detectives o policías que viven tan cerca de aquí.

»Ahora bien, vamos a tomarlo por el otro extremo. ¿Cómo sucedió que usted escogiera a Hunter & Hunter? ¿Por casualidad, o de una lista de teléfonos?

- Bueno, sí, de una lista de teléfonos, pero no por casualidad. También en esto entra la geografía, supongo. Me decidí de pronto cuando me encontraba en un bar en State Street cerca de Grand, tomé un directorio y busqué en las páginas comerciales. La dirección de su oficina estaba a pocos pasos de distancia, así que caminé.

- Ésa, es, pues, la única coincidencia: el hecho de que vivamos cerca de usted y que, al hojear las páginas, estuvo a poca distancia del sitio en donde trabajamos.

- ¡Claro! - exclamó iluminándosele el rostro -. El mundo es pequeño. - Sentóse de nuevo y tomó su copa -. ¿Supongo que usted hará parte del trabajo si seguimos con esto?

- Sí, en caso de que siguiéramos con él. Sin embargo, creo que deberíamos renunciar al trabajo de este caso.

Levantó las cejas como interrogándome.

- El mundo es pequeño, demasiado. Como ejemplo: supongamos que yo anduviera siguiendo a la señora Dolan y ella recogiera a Mike en algún sitio. Me reconocería. Es probable que también conozca a mi tío, de vista. Ahora, su hija Ángela es lo bastante curiosa como para interrogar a Mike, y posiblemente lo es, ya sabe que soy un detective. Y sabiendo lo de la escapatoria de Mike esta noche, probablemente usted decida, además, contarlo a su esposa.

Asintió lentamente con un movimiento de cabeza.

- Me figuro que tiene usted razón. ¿Y solamente son ustedes?

- Si y no. Tenemos un arreglo con Ben Starlock; tiene una gran agencia y solíamos trabajar con él antes de establecernos. Cuando tenemos más de lo

que podemos manejar, o alguna tarea de la que no seamos capaces, conseguimos operadores con él.

- Me parece que me gusta eso. Me agrada mucho su tío y confío en él. Creo que preferiría que él manejara todo el trabajo aunque ninguno de los dos trabajara abiertamente. Hablaré con él.

- ¿Debo decirle que le telefonee? ¿Es privado este teléfono?

- Éste sí lo es; no el general con extensiones en toda la casa. Éste no aparece en el directorio, pero él tiene el número. Sí, dígame que me llame mañana por la mañana, después de las diez.

- ¿No le iba a llamar a usted esta noche?

- No, a menos que hubiera algo extraordinario. Todavía lo hará, si es que hay. - Sonrióse con un graznido -. Imagino que esta noche todo lo extraordinario está sucediendo en nuestro lado, no en el suyo. Bueno, voy a dar a Mike la oportunidad de que duerma; nada de conferencias o interrogatorios. Tal vez para mañana no sólo se dé cuenta de cuán tonto es lo que pensaba, sino de cuán errónea y tontamente obraba en lo que pensaba hacer. ¿Otra copa?

Le contesté que mejor me retiraba; Dolan oprimió el botón, e hizo que Robert me acompañara para salir.

Tenía de regreso en nuestro cuarto menos de un cuarto de hora, cuando sonó el teléfono que habíamos puesto para no tener que correr escaleras abajo cada vez que repicaba el del vestíbulo.

El tío Am, por supuesto, ¡ya era tiempo! Descolgué y solté mi frasecita:

- ¿Quién puso la serpiente coralillo en la crema del pastel amarillo de la señora Murphy?

Una voz femenina exclamó sobresaltada:

- ¿Qué?

- Lo siento - murmuré -. Pensé que era una llamada que estaba aguardando. Habla Ed Hunter.

- Yo soy Ángela Dolan, señor Hunter. Nos encontramos apenas hace media hora. Espero que no lo habré molestado.

- En absoluto, señorita Dolan. Estaba aburrido y yo no lo estoy.

- Mike me confió la cosa... terrible que hizo esta noche, y me siento perturbada por ello. Me pregunto si pudiéramos... encontrarnos en alguna parte para tomar una copa y hablar del asunto. O ¿es demasiado tarde?

Eran como las diez. Titubee. Aparentemente Dolan no sabía que su hija me estaba llamando, o simplemente me hubiese rogado que regresara a tomar otra copa en lugar de encontrarme con ella. Y Dolan era, técnicamente, nuestro cliente; ¿había razón alguna para que yo me citara con su hija a espaldas suyas, aun cuando lo que deseaba conversar conmigo no tuviese nada que ver con el trabajo que estábamos haciendo para él? Decidí que sí tenía derecho a hacerlo, lo cual me tomó medio segundo. Le contesté que estaría encantado, ¿debería ir a recogerla? Me contestó que sí, pero que no tocara el timbre. Saldría a la puerta a las diez y cuarenta.

Colgué, y el teléfono tintineo otra vez casi antes lo acabara de soltar. Lo levanté y contesté en esta vez:

- Habla Ed Hunter. - Ahora sí era realmente el tío Am.

- ¡Hola, muchacho! - E inmediatamente -. ¿Quién puso el aceite de croto en el plato de sopa roto de la señora Murphy?

- No está malo, ¡no! - comenté -. ¿Quién puso la mosca hispana en el pastel de manzana de la señora Murphy?

- Creo que el tuyo es superior al mío, Ed. Escúchame. Creo que llegaré a casa muy pronto. Estamos en el Loop, y mi sujeto se ocupa del indigno pasatiempo de tomar café... y con otra dama. Estoy en una cabina telefónica a cuyo través puedo observarlas. Creo que terminarán pronto, y parece que regresaré a casa pronto. Pensé avisarte por si te sentías con ganas de esperarme para una cerveza.

- Gracias - contesté -; pero tengo una oferta mejor. Estoy disponiéndome a salir.

- Bueno. ¿Ha ocurrido algo excitante?

- Nada que pudiera contarte en menos de una hora completa, así que mucho me temo que no lo pueda hacer ahora.

- De acuerdo. Pórtate bien.

Comencé a portarme bien cambiándome de camisa y poniéndome mi mejor corbata.

Pero quizá sería mejor que les explicara el juego de la señora Murphy, que el tío Am y yo habíamos estado practicando durante las dos últimas semanas. Uno de los placeres más sencillos de los pobres es el de pensar versitos de la señora Murphy, con rima y estrambote. «¿Quién puso la benzedrina en la ovaltina de la señora Murphy?»

Empleábamos eso a manera de saludo. Cada uno de nosotros debía presentar el mejor verso sobre la señora Murphy, que hubiera podido pensar, y el otro trataba de mejorarlo. Por lo regular conveníamos en cuál era el mejor; si no nos poníamos de acuerdo lo calificábamos de empate. Haber ganado ahora con «¿Quién puso la mosca hispana en el pastel de manzana de la señora Murphy?» me colocaba; por el momento, con dos de ventaja sobre el tío Am, pero también, a veces él me había llevado esa ventaja.

Mi mejor hasta la fecha era el macabro: «¿Quién puso la cabeza degollada en la cama ya arreglada de la señora Murphy?» y el del tío Am era el ridículo: «¿Quién puso el jabón propio en el periscopio de la señora Murphy?»

Salí en cuanto terminé de cambiarme porque tenía que caminar dos cuadras para sacar el coche del garaje. No habíamos especificado si esperaba que la recogiera en coche o a pie, pero era una noche tibia y hermosa, y quizá la pudiera convencer de que diéramos una vuelta por el lago.

Me acerqué al encintado del frente de la disfrazada mansión del señor Dolan, precisamente a las diez y cuarenta.

Al estar bajando del coche para ir al otro lado a abrir la portezuela de junto a la acera, otro coche - un Chevie convertible me parece que era - se detuvo detrás de nuestro Buick. Una bella mujer, que parecía tener alrededor de treinta años, descendió y se despidió con un ademán de otra mujer que permaneció tras el volante.

- Buenas noches, querida, gracias por haberme traído a casa. - Y se dirigió a la puerta de los Dolan precisamente en el momento en que Ángela salía.

Antes de que el convertible hubiese retrocedido un poco para poder librar mi coche, un auto de alquiler pasó siguiendo la misma dirección. No pude divisar hacia dentro de él, y el tío Am no sacó la cabeza por la ventanilla, pero no necesité verlo para saber lo que estaba sucediendo. La señora Dolan, con su amiga, llegaba a la casa, seguida por el tío Am, en el momento preciso en que Ángela Dolan salía por la puerta y bajaba los escalones para reunirse conmigo.

El auto continuó su camino, por supuesto. El tío Am había seguido a su presa hasta el fin, y ahora se encontraba libre. Yo traté de no pensar en lo que estaría pensando de mí en estos instantes. Imposible que no me reconociera, lo mismo que a nuestro automóvil Buick.

Para mi sorpresa, la señora Dolan y Ángela se saludaron con bastante indiferencia, y Ángela se acercó al coche y subió, en tanto que la señora Dolan abría la puerta de entrada y desaparecía sin siquiera lanzar una ojeada curiosa por encima del hombro. Con la misma indiferencia con que se cruzarían la una a la otra al entrar y salir una docena de veces al día. Probablemente lo harían.

El tío Am era el único de nosotros que tal vez estuviera asombrado verdaderamente.

Capítulo 3

Como no se suponía que yo supiera tanto como en realidad sabía de la familia Dolan, le hice una pregunta que parecía natural.

- ¿Tiene usted alguna hermana, señorita Dolan? La mujer que entró no se ve de bastante edad como para ser su madre.

- No lo es, digo, ni mi madre, no de bastante edad. Mi madre murió hace doce años, cuando yo tenía diez. Papá se casó con Sylvia tres más tarde, y entonces tenía veintidós, lo cual la hace ahora de treinta y un años.

- Nueve mayor que usted, entonces. Sin embargo, de edad suficiente para ser madre de Mike, si calculo bien su edad en ocho.

- Unos cuantos meses menor.

Todavía continuábamos rodando hacia el Este, por Erie.

- Respecto a esa copa - le pregunté -, ¿realmente desea una? Podemos pasearnos un poco mientras hablamos. Es una noche bellísima.

- Muy bien. No, no deseo realmente una copa. Puede ser que más tarde... sino le estoy pidiendo demasiado de su tiempo.

Puede haberlo contestado que dispusiera de mi tiempo toda la noche, si gustaba, pero me pareció demasiado reciente nuestro conocimiento para tal sugerencia. Ni siquiera como broma.

- No tengo ningún compromiso, ni siquiera tengo que ir a trabajar mañana. Mi tiempo le pertenece.

Ella no se dio por aludida, y yo tampoco insistí, sino que seguí manejando en dirección del bulevar Michigan. Mi intención era tomarlo rumbo al Norte y luego ir por el lago.

Me sentí satisfecho nada más con rodar un rato. No quería mover el tema de la aventurita de Mike sino hasta que ella lo hiciera. El telefonazo había sido de ella y también esta cita; yo no la llamé. Deseaba que iniciara la conversación a su modo, para ver qué sesgo le daba; específicamente, cuál era su interés. Ella me tendría que sonsacar, lo cual me daría oportunidad de hacerle alguna pregunta casual entre mis contestaciones.

Por otra parte yo disponía de toda la noche, y no me importaba que siguiéramos adelante, hasta Milwaukee, antes de que mencionáramos a su hermano menor. No la he descrito, excepto en lo del cabello negro, no ser enjuta, y en suponerla de veinte años, en lo cual erré por dos. Bueno: era alta para mujer, delgada aunque no mucho con grandes ojos castaños, y ese cutis

perfecto, blanco de leche, que lo mejor de las jóvenes irlandesas poseen sin importar si son lecheras o princesas.

Ed, me advertí, no te dejes llevar tan aprisa. Ésta es una princesa irlandesa y no una lechera, en cuanto a que probablemente se pueda gastar más dinero en kleenex y nylons de lo que yo gano. Limpio y sucio el dinero de Dolan, de seguro había mucho. El solo vestido blanco de lana que ahora llevaba puesto, podía haber costado más dinero del que los dos Hunter ganaban en una semana.

Seguimos rodando. Sin importar la razón, también ella debe haberse sentido renuente a iniciar la conversación, por lo menos acerca del asunto para el cual deseaba verme. Cuando por fin rompió los minutos de silencio, fue por el lado izquierdo.

- No es asunto que me incumba, señor Hunter, sin embargo, me siento curiosa. Cuando lo llamé, levantó el teléfono y me dijo algo que no comprendí; luego me explicó que pensaba que la llamada era de alguien a quien usted conocía. Fue algo muy chistoso, algo respecto a una serpiente coralillo y a un pastel amarillo. Si no es un secreto...

Me eché a reír y le conté exactamente lo que había sido y lo del juego de la señora Murphy y cómo el tío Am y yo lo habíamos estado practicando, citándole algunas de las mejores frases.

La joven rió y le agradó el jueguito.

- Permítame pensar en alguna... No, no me lo permita ahora. Hay otras cosas más importantes en qué reflexionar.

»Ed... voy a dejar de llamarlo señor Hunter y será mejor que usted empiece a llamarme Ángela. O Angie, si lo prefiere...

- No lo prefiero - repuse -. Creo que Ángela es un nombre muy bonito, Ángela.

- ¿Cómo actuó Mike cuando lo atrapó esta noche en su cuarto?

- Bastante normal para un chico a quien han pescado con la mano en el frasco de la mermelada. Asustado al principio, luego un poco desafiante, y después no muy satisfecho, pero aceptando lo inevitable cuando se dio cuenta de que lo iba a llevar a su casa a encararse con la música.

- ¿No diría que estuviese perturbado síquicamente?

- No, no... espere, Ángela, vamos a empezar esto por el otro extremo. Ya oí la versión de Mike dos veces esta noche; cuando se la saqué en pedazos y luego cuando la contó a su padre. Dígame exactamente qué le confió a usted cuando lo llevó para el otro piso, y permítame ver si añadió o quitó algo.

No lo había hecho. Si el chico no estaba contando una historia completamente verídica, tenía una excelente memoria; y eso fue lo que le expliqué.

- Ed, una cosa antes que la olvide. Una de las razones por la que deseaba conversar con usted... ¿Tiene una pistola en su habitación?

- Le dije a Mike que no. En realidad sí hay una, bastante vieja. Guardamos nuestras armas en la oficina.

- Mike puede no haberle creído. Por si le vuelve una idea semejante, y esperemos que no suceda, ¿quiere llevársela a la oficina?

- Mañana mismo, se lo prometo.

- Gracias, Ed. ¿No cree que haya alguna probabilidad de que lo intente de nuevo esta noche? Por supuesto, no sabe que esté usted ausente, pero...

- Mi tío ya está allá ahora. Tiene el sueño más ligero que yo. Por otra parte... no. Esté o no Mike convencido todavía de que esa conversación era un sueño, no se le ocurriría intentar otra vez la misma cosa, en el mismo sitio, esta noche.

Ya estábamos en el Drive en esos momentos, en dirección al Norte, a lo largo del lago. No había mucho tránsito, ni tampoco me molestaba, porque no estaba tratando de ganar tiempo.

- ¿Puedo hacerle algunas preguntas?. Si cualquiera resulta demasiado personal, avíseme.

- Muy bien, Ed. Pregunte.

- No sé si tiene otros hermanos además de Mike.

- Ésa es fácil. No.

- Entonces, sin contar a los sirvientes de los que hablaremos después, sólo cuatro personas viven en esa mansión: el señor y la señora Dolan, usted y Mike.

- Correcto.

- ¿Quién era el tipo guapo, el Adonis de cabellos rubios que me franqueó la entrada esta noche? No me pareció un sirviente.

- No lo es, si bien trabaja para papá. Algo intermedio entre su mano derecha y su mensajero; o más bien ambas cosas. Está en la casa con frecuencia, pero no vive allí. Su nombre es George Steck.

- Hasta las gentes que van con frecuencia no abren la puerta de en una casa llena de sirvientes. ¿Cómo sucedió eso?

- Ya se estaba yendo cuando usted tocó el timbre. Se fue cuando hablaba en el estudio con papá y con Mike.

Titubee, porque la siguiente pregunta que surgía en mi mente era una que no podía justificar tuviera algo que ver con el incidente de Mike. Debe haberla adivinado.

- Es guapo, ¿verdad? Sin embargo, si se está preguntando si siento alguna inclinación hacia él, la respuesta es que la sentí, ligera, hace tres años, cuando comenzó a trabajar para papá. Pero papá se opuso a ello, con firmeza, y se me pasó pronto. No, papá no está pretendiendo casarme con alguien de la sociedad, no es un arribista en esa dirección. Tampoco permitiría que me casara con nadie metido en el hampa, aunque él sí lo esté. - Echóse a reír con cierta sorna -. En cuanto a George, sabe que perdería su empleo, y probablemente no conseguiría otro en Chicago, si se atreviera a verme de cierto modo. Así que no lo hace; es ambicioso.

- ¿Espera ocupar algún día el puesto de su padre?

- Probablemente. Y pudiera acontecer. Sin embargo, eso no lo haría avanzar conmigo. Ya ni me gusta siquiera. Pero, ¿no estamos ya muy lejos de Mike?

- Sí - asentí -. ¿Cómo están las relaciones de Mike con su mamá?

- Excelentes. Y he de conceder a Sylvia que es una madre magnífica para él. A pesar de su debilidad.

»Sylvia es una alcohólica, lo ha sido durante varios años. No es una borrachona, aunque bebe algo en exceso y todos los días. Está un poco achispada para media tarde, pero logra dominarse bien con Mike. Cuando bebe realmente fuerte es después de la hora de acostarse.

- ¡Por Dios! con todo el dinero de su padre, ¿no puede ayudarla un siquiatra?

- Ni los mejores siquiatras del mundo pueden curar a un alcohólico que no desea curarse. Y ella no lo quiere. Se le puede encerrar, alejarla del alcohol,

pero en el instante mismo en que tenga acceso a él, empezará otra vez. Es una tragedia, algo contra lo que no se puede hacer nada a menos de que ella consienta en cooperar...

- ¿Cree honradamente que eso no tiene ningún efecto en Mike?

- Así lo creo. Todavía no, quiero decir. Cuando Mike crezca o ella se ponga peor, entonces sí. Si ella no cambia, será lago que él aprenderá a aceptar como yo acepté la muerte de mi propia madre a los diez años de edad. Me sobrepuse a ello.

- Y cuando tenía trece, su padre llevó a la casa una nueva esposa únicamente nueve años mayor que usted. ¿No resintió eso?

- Un poco, al principio, lo dominé. Mis sentimientos hacia ella son, ahora, ambivalentes.

- ¿Qué quiere decirme?

- Ambivalente significa...

- Conozco la palabra ambivalente, ¡maldita sea! También anfibio, ambidextro, y algunos polisílabos. Quiero decir, ¿ambivalente entre cuáles extremos?

- Perdón, Ed. No pretendí impugnar su vocabulario. Entre que me agrada y no me agrada, eso es lo que quiero decir. No entre quererla y odiarla; nunca ha sido así de fuerte en ninguna dirección. A veces siento pesar por ella y, a veces... ¡no!

- ¿Y las relaciones de Mike con su padre? Por lo poco que vi esta noche, me parecen buenas. Aunque usted está más cerca.

- Mike casi venera a su padre. Lo idolatra.

- Hasta el punto de... aguarde, déjeme pensar en cómo expresar esto correctamente. Vincent Dolan se encuentra metido en negocios ilegales. Para algunas gentes, eso lo convierte en criminal; para otras, no. ¿Cree usted que Mike pudiera pensar de él como un criminal e idolatrarlo sobre esa base, como algunas personas solían idolatrar a Capone y a Dillinger?

- Nunca pensé en esa posibilidad, sino hasta esta noche. El que Mike fuera en busca de esa pistola... De eso era precisamente de lo que le quería hablar. O que usted me hablara a mí, ¿Tiene todavía alguna pregunta más?

- No muchas. - Quizá porque no me agradaban los pensamientos que me estaban comenzando a asaltar; el seguir rodando no era ya diversión. Estábamos bastante al Norte, cerca de un sitio que conocía; un pequeño promontorio que domina al lago y en donde era posible estacionarse. Decidí hacer eso si no había muchos coches. No había, y allí me estacioné.

Ángela se deslizó en el asiento más junto a mí, pero yo conservé las manos en el volante. Me obligué a concentrarme en lo que deseaba saber. Habíamos examinado la actitud de Mike hacia su padre; me había contado todo lo que podía sobre ella.

Eso nos dejaba dos relaciones por examinar. La suya con su padre, la suya con Mike. No había esperado nada inusitado de ninguna de ellas, y no descubrí nada inusitado.

No, no pensaba en su padre como en un criminal. Se ganaba la vida con un negocio ilegal, pero eran negocios, a pesar de todo. Y no inmorales, opinaba. En cuanto a la legalidad, ¿por qué habría la legalidad de ser un asunto de geografía? Aquí en Chicago era perfectamente legal hacer una apuesta en una carrera de caballos o de perros, según se hiciera en el hipódromo o el galgódromo. ¿Por qué habría de ser ilegal si se hacía a una cuadra o a unas

cuantas millas de la pista? Si Chicago estuviera en Nevada o en cualquiera de muchos países extranjeros, sería legal.

Era una racionalización, bien lo sabía, porque pasaba por alto muchas cosas. Principalmente el hecho de que haciendo algo que es ilegal, sea o no inmoral, en gran escala, conduce al cohecho y a la corrupción de las fuerzas policíacas, superiores o inferiores, o las dos, y destruye el respeto público por las leyes que debieran ser obedecidas, y provoca otros efectos todavía menos agradables. Pero moralmente es tan malo ser ilegal en pequeña escala como en grande. ¿No había yo mismo violado algunas leyes? De todos modos, no me puse a discutir con ella.

No me dijo que amara a su padre, y acepté que lo consideraba un poco tiránico en algunos aspectos, pero lo admiraba y lo respetaba.

- Puede parecer como un irlandés de ópera cómica - me explico, utilizando la misma frase que surgió en mi mente unas cuantas horas antes, cuando vi a Vincent Dolan por primera vez -, pero no lo es. Digo, no es tipo de ópera cómica. Tiene una inteligencia muy filosa, y nunca ha dejado de seguirla afilando. Se ha educado por sí mismo, pues sólo estuvo un año en secundaria, pero nunca ha dejado de seguir estudiando.

- Lo advertí, por el modo como hablaba, y su vocabulario.

No había mucho qué preguntar respecto al modo como ella y Mike se llevaban, pero lo pregunté, y recibí la respuesta que esperaba. Se llevaban bien, como cualquier hermano y hermana de esa edad tan dispareja. Amaba a Mike, eso era todo, y por ello estaba preocupada esta noche.

Encendí dos cigarrillos y le di el suyo. Cuando eso terminó, descubrí que, de alguna manera, mi brazo derecho se encontraba en la parte superior del asiento, tal vez porque al encenderlos se me había acercado un poco, y resultaba difícil meterlo otra vez entre los dos. Así que fumé con la mano izquierda y ordené a mi derecha que se quedara en donde estaba sin caer sobre su hombro.

Se sentía muy tibia y cómoda tan cerca de mí.

Capítulo 4

- Ahora bien, ¿y la servidumbre? - le pregunté.

Me dijo que había tres que vivían allí. Robert Sideco, el mocito filipino, al que ya había visto, estaba con ellos desde hacía cuatro años. La señora Anderson, ama de llaves y cocinera, tenía diez y era casi como un miembro de la familia. Y había otra doncella de servicio, negra; ésta se llamaba Elsie y sólo estaba desde hacía unas cuantas semanas; Ángela no conocía su apellido, y probablemente nunca lo había oído. La señora Anderson estaba encargada de aceptar y despedir a esa servidumbre.

Le pregunté si no había otros sirvientes que no durmieran allí, y me contestó que muy raras veces; en las pocas en que su padre recibía invitados por asuntos de negocios, se recurría a una agencia para conseguir uno o dos. Eso no había acontecido recientemente. No tenían chofer; ella y su padre manejaban sus propios coches, un Continental de él y un Jaguar de ella. La señora Dolan no manejaba; cuando salía sin acompañar a nadie, pedía un auto de alquiler.

¿Qué estaba haciendo mi brazo en torno a ella, y cuánto tiempo había permanecido allí? Lo regresé al asiento y ella se rió.

- Póngalo en donde estaba, Ed, me sentía muy bien. Pero, ¿no cree que sea tiempo de que le haga una pregunta?

- Seguro, Ángela - contesté regresando el brazo a donde estaba.

- He estado pensando en cómo darle forma, mientras contestaba a las tuyas, Ed. ¿Por qué cree que Mike obró como lo hizo esta noche? Concedamos que se haya quedado dormido y tenido una pesadilla; yo estaba allí, en casa, y no puedo pensar en ninguna otra respuesta posible. ¿No sería lo normal para él ir con su padre, o conmigo, o con su madre, y contárnoslo? ¿Decirlo a uno de nosotros, a cualquiera, en lugar de salir y tratar de robar una pistola para proteger a su padre?

- Sí, supongo que ésa es una sola pregunta - repuse con calma - no obstante, resulta muy complicada. Permítame meditar un momento.

Pensé un momento. Lo que me estaba preguntando realmente, era si la reacción de Mike a su pesadilla o fantasía, o lo que fuese, había sido un acto de cordura.

Y, ¡maldita sea, no lo había sido! Ni siquiera para uno que casi contaba ocho años de edad. Su reacción no había sido normal, aunque realmente hubiera escuchado la conversación que nos contó.

Los niños tienen fantasías, por supuesto; juegan a los ladrones y a los policías, pero un chico normal, ¿llegaría al extremo de robar una pistola a un extraño? ¡No!

Algo había mal en el cuadro. Algo estaba mal en el cuadro.

Como quiera que se le diera énfasis, era verdad.

Y había sido con la esperanza de hallar algún indicio, que había preguntado a Angie tantas veces acerca de su familia y sus relaciones. El padre de Mike, su madre, su hermana... Seguramente Mike hubiese confiado en alguno de ellos.

- Ed, no tiene usted para qué contestarme. Ya me ha contestado al no hacerlo inmediatamente.

- Mucho me temo que sí, Ángela - repuse -. Pero me figuro que sea lo que fuere, su padre lo descubrirá y hará algo al respecto. La ventaja es que él, su padre, sea tan inteligente. Ahora mismo estará reflexionando en el mismo sentido que nosotros, y se encuentra en la mejor posición para charlar con Mike y averiguar lo que haya. Y hará algo, si se necesita.

- ¿Me quieres decir como... recurrir a la terapéutica?

- Me lo imagino, si decide que sea indispensable. ¿Ha hecho Mike, en alguna ocasión anterior algo que parezca anormal para su edad?

- No, nunca. Por lo menos, que yo sepa. No estoy en casa todo el tiempo. La mayor parte, sí, a últimas fechas. Pero estuve en una escuela, fuera de la ciudad, durante dos años, cuando Mike tenía cuatro o cinco.

- ¿A qué escuela va él? ¿Privada?

- No, pública. Sus calificaciones son buenas, así como su conducta; nada espectacular, pero bastante arriba del promedio. No es retardado en ningún sentido.

- En verdad que no produce esa impresión - asentí -. Parece bastante brillante para su edad. Pienso realmente, Ángela, que su padre manejará las cosas debidamente. Si hubiese reaccionado haciendo el asunto a un lado o

figurándose que lo podía arreglar con una sesión en el sótano, entonces sí pudiera usted preocuparse.

- Gracias, Ed - suspiró -. Creo que ésa es una respuesta tan buena como cualquiera que me hubiese dado. Dígame algo de usted.

Eso era cosa fácil, y me encontré confiándole mi vida y la del tío Am, y cómo nos asociamos y nos convertimos en detectives.

No entré en detalles o casos específicos, y no me llevó mucho tiempo decírselo; después de eso nos quedamos sentados muy quietos, contemplando el lago. Había una luna espléndida que proyectaba suficiente luz para platear el agua y hacerla misteriosa. Podíamos ver hasta el pequeño oleaje, manso.

Y manso y suave fue el beso que, sin premeditación, me encontré que le estaba dando. Ni siquiera me acuerdo de haberlo comenzado.

Luego sus labios me movieron bajo los míos, y con su mano tras mi cabeza me empujó, y el beso estalló. Las cosas acontecen de pronto, como ésa, alguna vez en mucho tiempo. De súbito supe que ella me deseaba con tanta ansia como yo a ella, y nos abrazamos hasta que, con un pequeño ahogo de dolor, me retiré.

- Ed, ¿qué...?

Mi voz estaba temblorosa, pero no por el dolor; ése había sido agudo, aunque breve, cuando había puesto la mano encima de la rotura; entonces le conté lo que le pasó a mi costilla.

- Oh, Ed, lamento haberte lastimado. Tendré cuidado.

Y lo tuvo cuando la besé otra vez. Seguía con la mano tras mi cabeza o alrededor de mis hombros, excepto cuando le toqué el seno la primera vez, para oprimir más la mía contra ella.

- Ed, te deseo - murmuró tras unos instantes -. ¿Nos atrevemos...?

Le contesté que no era seguro. Los policías visitaban con demasiada frecuencia aquel lugar de estacionamiento, en busca de gente precisamente como nosotros. Pero a un par de kilómetros más lejos, hacia el Norte, comenzaba una fila de moteles... Así que fuimos al más cercano y allí nos quedamos.

Estuvo maravillosamente gentil y no me dolió la costilla rota. No mucho.

Regresamos por el camino que llegamos, y todo era lo mismo aparentemente, o casi lo mismo. Ella estaba sentada un poco más cerca. Rodábamos un poco más aprisa, y entonces se me ocurrió que acaso no importara a qué hora llegaba a la casa; le pregunté.

- Es la una y minutos - le dije consultando mi reloj -. ¿Será demasiado tarde, o nos detenemos a tomar una copa o dos?

- Una, tal vez. Otra media hora no importa.

Así que me desvié del Drive hacia la casa de Clark, y me fui al Sur, más allá de Bughouse Square. En unas cuantas cuadras entre ella y Hurón hay muchos bares, pero la mayoría de ellos son ruidosos y de mala fama. Luego divisé «El Gato Verde», me acordé que era uno de los menos escandalosos, y comencé a buscar sitio en donde estacionarme. A media cuadra hallé uno y regresamos caminando.

«El Gato Verde» no tenía mucha gente. Buscamos un lugar discreto y la mesera en turno se acercó a tomar nuestro pedido. No hablamos de Mike mientras bebíamos. Decidió no aceptar la segundo, y la lleve a su casa. En el camino le dije:

- Ángela, esto puede no suceder, porque probablemente no volveré a saber nada de tu padre. Sin embargo, si aconteciera, debo saber lo siguiente: ¿le vas a contar nuestra conversación de esta noche?

- Creo... creo que no, Ed. No deseo que sepa que estuve tan preocupada acerca de Mike. Ya tiene bastantes preocupaciones.

- Perfecto - aprobé. Acerqué el Buick a la acera y salí para abrir la portezuela.

- Gracias, Ed, de nuevo. Sería mejor que no vengas a la puerta. Es tan tarde que mejor me meto de golpe.

No era más que un trecho de diez metros, pero decidí quedarme hasta ver que estaba a salvo. Dio dos pasos y se volvió.

- Oh, Ed. Una última pregunta que por poco se me olvida.

- Dispáramela.

- ¿Quién metió con toda inquina la mula muerta en la piscina de la señora Murphy?

Y echó a correr. Aunque hubiera tenido una frase de la señora Murphy en la punta de la lengua, hubiese tenido que vociferársela. Así que me limité a cuidarla con la vista hasta que desapareció, y después regresé al Buick para encaminarme al garaje.

El tío Am estaba todavía despierto, bien despierto.

- ¡Por amor de Dios! muchacho - me soltó aun antes de que cerrara la puerta -, iba siguiendo a una sospechosa a su casa, sin que tú supieras por quién andaba trabajando, ¡y allí estás tú disponiéndote a salir con su hija, de paseo! ¿Qué clase de coincidencia loca es ésta?

- Más loca que coincidencia - repuse -. Quiero decir, lo de la coincidencia se puede explicar. Además, era la hijastra de tu parte interesada.

- Se me ocurrió que pudiera ser, por sus edades. Pero, ¿qué pasó? Me he estado mordiendo las uñas. - Encendió la luz de la cabecera para que pudiera yo ver mejor en dónde colgar las ropas que había empezado a quitarme -. Cuéntamelo ya.

- Todo comenzó hará cosa de cinco horas, con un trombón roto.

- ¿Me quieres decir que se rompió cuanto te caíste?

- Lo doblé, sí. No sé si se podrá arreglar o no. Pero no se lo digas a la señora Brady.

- ¿Qué tiene ella que ver con ello?

- No debí de haber mencionado el trombón - suspiré -; pero supuesto que lo hice, concluyamos con él. Si le decimos a la señora Brady, va a insistir en que debe pagarlo. Legalmente, sí. El alfombrado estaba roto. ¿No insistió en que dijera al doctor Yeager que pusiera lo que me cobrara en su cuenta?

- ¿Se lo dijiste?

- Sí, para evitar discusiones, y no serán sino unos cuantos dólares. Un trombón nuevo es algo diferente. Es muy buena, hemos estado aquí mucho tiempo, no es más rica que nosotros y...

- Muy bien, muy bien, estoy de acuerdo contigo. El tema del trombón terminado. Además de eso, ¿qué empezó hace cinco horas?

- Una historia que tomará otras cinco horas para contarte - le sonreí - si entro en detalles. Y tú me los exigirás, porque encaja quizá con el trabajo que andas haciendo para Dolan. Así que cuéntame la tuya primero. Debe ser más corta.

- Sí lo es. Dolan... ¿supongo que ahora sabrás...?

- Ahora - lo interrumpí - sé más de toda la tribu Dolan que el doctor de la familia. Deja de lado esa parte.

- Muy bien. Dolan deseaba que vigilara a su esposa. La seguí. No fue a ninguna parte ni hizo nada; pero cuando vuelve a su casa, allí estás tú. Ahora, cuenta.

- No, no, no te puedes escapar con tanta facilidad. Tu historia tiene algunos detalles; examinémoslos para que podamos ver cómo se enlazan con los míos.

- Muy bien - suspiró - tendré paciencia. ¿Apago la luz?

Yo ya estaba en calzoncillos listo para meterme en la cama. Le contesté:

- Déjala encendida. Probablemente queramos fumar algunos cigarrillos y no me agrada fumar en la oscuridad.

- Se te oye como si fuera a ser una historia muy larga.

- Cinco horas completas de acción, empezando con una visita domiciliaria a este mismo cuarto, por un rufián en busca de una pistola, terminando con que fui seducido por una princesa irlandesa.

Estaba en ese momento encendiendo un cigarrillo y me pidió:

- Enciéndeme a mí uno, ¿eh? - Se lo encendí y prosiguió -: Dolan llegó a la oficina como a las tres. No sé cómo escogió nuestra...

- Estaba tomando una copa en un bar cercano - le expliqué - cuando decidí finalmente utilizar una agencia. Buscó en las páginas de un directorio y nos escogió porque nuestra oficina se encontraba apenas un par de cuadras de distancia.

El tío Am se me quedó mirando unos cuantos segundos.

- Muchacho - me dijo -, si sabes todo, entonces, ¿quién encerró al perico morado debajo de la tapa del excusado de la señora Murphy?

Me hubiera pescado completamente desprevenido si no me hubiese acordado de la que Ángela me acababa de lanzar, acerca de la mula muerta en la piscina. Me confesó que era mejor que la suya y quería concederme el punto, pero yo acepté que la mía no era original, y se lo anoté a él, lo cual todavía me dejó con uno a mi favor.

- Cuando me dijo que deseaba siguiéramos a su señora, me negué sobre la base de que no nos ocupamos de trabajos relativos a divorcios, pero me arguyó que no era nada de eso. Seguimos con eso de nada de divorcios, ¿verdad, muchacho?

- Sí - confirmé - y confieso que me desazonó un poco cuando Dolan me dijo que tú andabas vigilando a su esposa. Sabía que debía de haber algo inusitado, y más tarde supe que la señora Dolan es una alcohólica. Así van las cosas, ¿eh?

- Sí; entonces me puedo brincar esa parte y...

- No, por favor. Me agradecería oír cómo te presentó Dolan el asunto a ti.

- Muy bien. Me dijo, y se le oía convincente que no era una cuestión de divorcio. Él y su esposa están distanciados y viven juntos únicamente por causa de un hijo... ¿Lo viste?

- Es un rufiancillo a quien mencioné antes. Cuéntame esta parte con tanto detalle como el utilizado por él contigo, tío Am. Es un aspecto en que nadie ha hecho hincapié conmigo.

- Bien, el muchacho los quiere a los dos y viceversa. Por causa de él, a lo menos hasta que se más grande, Dolan no desea ningún divorcio y no se lo concedería si ella lo solicitase. Tienen un convenio de caballeros sobre conservar las apariencias del matrimonio en atención al jovencito. Ella puede

seguir bebiendo, mientras sea en su casa, y conserva su dominio enfrente del muchacho. Pero le ha prometido no beber nunca fuera de la casa, especialmente en bares. Y ha cumplido la promesa de conservar su dominio, me dijo.

»Y durante algún tiempo no salía de la casa sino muy raras veces, pero a últimas fechas ha estado saliendo más y más a menudo, y sospecha que ha vuelto a beber en bares; y eso no lo aceptará, porque si empieza, más pronto o más tarde se meterá en alguna dificultad y quizá haga algo que perjudique más a Mike, directa o indirectamente, que un divorcio. Mientras se atenga a la parte del trato, él se atenderá a la suya. Si no, tomará de inmediato una decisión, antes de que suceda alguna cosa, en lugar de después.

- Pero ¿qué decisión fuera del divorcio?

- Hará que la internen y dirá a Mike que se encuentra en un hospital. Lo cual será verdad, en cierto modo. Y eso es una verdadera palanca, porque ésa es la única cosa que realmente teme, tener que dejar de beber, mientras cumpla el periodo de reclusión.

Se oía como un arreglo muy trágico; supongo que el alcoholismo puede ser algo muy trágico para quien no desea ni siquiera luchar contra él. O, ¿no sería la verdadera tragedia, la de Dolan?

- Me dijo que hoy sería un buen día - prosiguió el tío Am - para iniciar la vigilancia, porque me podría indicar cuándo y en dónde la hallaría. Había salido de la casa como a la una; tenía una cita con el dentista a la media; luego iría de compras y llegaría a casa de su peinadora a las cuatro y treinta.

»Me dio el nombre y la dirección del salón de belleza, y una descripción de su esposa. Inicé mi trabajo cuando salió de allí, a las cinco y diez. Ni de casualidad se acercó a ningún bar. Anduvo viendo aparadores hasta un poco antes de las seis; después se dirigió a un restaurante en donde se encontró con la mujer que luego la llevó a su casa; probablemente tenían una cita a las seis, para comer. Cuando terminaron fueron a un cine, de donde salieron como a las diez, y caminaron a un café para un pequeño pisco. »

»En ese momento te telefonee, mientras tomaban café. Salieron a la diez y anduvieron hasta un sitio de estacionamiento. Apenas si tuve tiempo de pescar un coche para no perderlas. La otra mujer condujo a la señora Dolan hasta su casa, y, al pasar yo por allí, ¿a quién te imaginarías que vi recogiendo a una muchacha en el mismo lugar y dirección a donde fue la señora Dolan? Esto me recuerda: ¿pongo esa parte en mi informe?»

- No - le contesté -. Ya verás por qué, cuando termine yo de hablar, así que no anticiparé las cosas ahora. ¿Es eso todo? Parece que tuviste una noche aburrida.

- Así fue, muchacho, y eso es todo. Bueno, tengo unos cuantos detalles con qué llenar el informe: descripción de la dama, número del Chevrolet convertible, etc. Pero, óyeme, antes de que empieces realmente, ¿tienes la contestación de por qué un tipo con el dineral de Dolan vive en una dirección como ésa, a dos cuadras de aquí?

- Sí la tengo, y ya llegaré a ella. Tío Am, cuando te dio su dirección, ¿no se te ocurrió que era demasiado cerca de donde nosotros vivimos, y que mucha gente por este rumbo conoce la clase de trabajo a que nos dedicamos?

- Seguro que sí, Ed, pero para cuando llegó a mencionar direcciones, yo ya le había escuchado casi toda su amarga narración y aceptado el trabajo. Calculé que yo tomaría la primera ronda personalmente y después de hoy le

pediríamos prestado a Ben Starlock uno de sus muchachos. Si es que Dolan desea continuar. Debo telefonarle mañana a las diez, con mi primer informe. ¿Cigarrillo?

Encendí uno para cada uno y el tío Am me instó:

- ¿Bueno, muchacho? - Yo retrocedí mentalmente cinco horas, y le dije:

- El asunto comenzó así...

Capítulo 5

No me tomó, por supuesto, cinco horas, contarle lo que había ocurrido, con excepción de los detalles íntimos, durante las cinco precedentes, pero sí me llevó casi media hora. Cuando terminé, no dijo nada durante un momento, hasta que le pregunté:

- ¿Bueno?

Meneó la cabeza con lentitud.

- Ed, resulta demasiado para digerirlo de golpe. Convengo contigo en que hay algo desequilibrado en Dinamarca; no obstante, me parece que debemos consúltalo con la almohada. No tenemos mucho tiempo para dormir, de todos modos, o yo no lo tengo. Convendría tal vez que te quedaras en casa otro día.

- Mañana iré a la oficina contigo. - Le dije -. Un día más o menos no va a significar ninguna diferencia con la costilla. El doctor me aseguró que el dolor desaparecería lentamente, quizá dentro de un mes. No se va a quitar de golpe después de unos cuantos días.

- Bueno, pues cuídate todo un mes, si lo deseas.

- No - repuse -, en primer lugar, preocuparía a la señora Brady. Además, quiero oír cuando hables a Dolan a las diez.

- Está bien, pondré el despertador a las ocho. Nos da seis horas.

Arregló las manecillas del reloj y apagó la luz.

Estaba cansado, no obstante, no me dormí inmediatamente. Estaba pensando casi únicamente en Ángela, y preguntándome por qué ni siquiera había mencionado la posibilidad de volverla a ver. Conocía parte de la respuesta: había andado pescando, en cierto modo, cuando le pregunté, antes de dejarla, si iba a contar a su padre que nos habíamos visto. Me respondió que no, y la razón de no desear que su padre supiera su preocupación por Mike, me pareció demasiado débil. Más probable era que sabía él no aprobaba que saliera con alguien tan abajo de ella, financieramente por lo menos. O acaso ella lo pensaba. De cualquier manera había sido una buena diversión, tan agradable como inesperada.

El despertador repicó en el preciso momento en que cerré bien los ojos; realmente eran las ocho de un día brillantísimo. Mientras nos vestíamos, recordé lo de la pistola.

- Tío Am, ¿qué de la pistola? - le pregunté -. Creo que Ángela tenía agujeros en la cabeza al pensar que Mike pudiera tratar de nuevo. Pero...

- Llévatela de todos modos. Le dijiste que lo harías, y ¿qué podemos perder? Ya la traeremos cuando se aplaque el polvo de este asunto.

Me la metí en el bolsillo cuando salimos. Tomamos un desayuno rápido a la vuelta de la esquina, sacamos el Buick del garaje y nos dirigimos al lote de estacionamiento del edificio.

En las oficinas de Hunter & Hunter, el tío Am se fue directamente a la interior, que era la suya.

- Bueno, chico - me sugirió desde el vano de la puerta - faltan cuarenta y cinco minutos para que hable a Dolan. ¿Quieres que nos los pasemos jugando gin rummy?

Yo estaba en mi escritorio viendo si había correo del día anterior, porque el tío Am siempre me deja los asuntos rutinarios. Había tres sobres; una cuenta de la papelería, otra del teléfono y el tercero era un cheque que me pagaban por un trabajito que había hecho en el curso de un día. Así que contesté a mi tío:

- Déjame hacer los cheques para pagar las cuentas y preparar el otro para ser depositado; luego, si hay tiempo, jugaremos.

Cuando estaba terminando, sonó el teléfono. Lo contesté:

- Habla Ed Hunter.

- Ed, soy Molly Czerwinski. ¿Te acuerdas de mí?

- Seguro, Molly. Espera un momento - puse la mano sobre la bocina y grité -: No cuelgues, tío Am. Se puede tratar de negocios. No he visto a la muchacha hace ocho años, y la conocí ligeramente.

Sabía que el tío Am había levantado su teléfono cuando yo lo hice con el mío. Siempre lo hacemos así cuando ambos estamos en la oficina y libres. Si es un llamado personal para uno de nosotros, el otro cuelga. Si se trata de negocios, continúa escuchando, lo cual economiza explicaciones posteriores.

- Bien, Ed - me contestó.

Quitó la mano de la bocina y proseguí:

- Seguro, Molly, me acuerdo de ti. Estabas un año atrás de mí en la secundaria, pero estuvimos en una clase juntos mi último año. Te sentabas al otro lado de mí en el pasillo.

- Memoria perfecta - comentó riéndose un poco.

- ¿Qué te has estado haciendo desde entonces?

- Ahora estoy dando clases de baile. Pero no te estoy llamando para solicitar discípulos. Ed, anoche me encontré con alguien que los dos conocemos, con Anson Howard; es policía, y me dijo que eres detective privado, así que te busqué en las páginas comerciales. Hunter & Hunter... ¿estás asociado con tu padre?

- No, con mi tío. ¿Qué otra cosa has estado haciendo además de dar clases de baile?

- Bueno... me casé.

- Felicidades.

- Y me divorcié - echándose a reír de nuevo -, desde hace tres años, Ed. Te estoy hablando para negocios. ¿Qué clase de honorarios cobra una agencia de detectives?

- Depende del trabajo, Molly - repuse -. ¿Puedes informarme eso por teléfono?

- Deseo que busques a alguien. A mi ex marido, para ser exacta. Me debe dinero, pero no tanto que pueda gastarme un dineral, si lo tuviera, para recuperar lo que me debe.

- ¿Por alimentos atrasados?

- Oh, no. No solicité ningunos. Supongo que pudiéramos llamarlo arreglo de propiedad. Estábamos pagando una casa que compramos al norte de la avenida Howard. Cuando nos divorciamos convino en devolverme la mitad del

reembolso que se obtuviera, lo cual era equitativo porque yo también estaba trabajando y parte de los abonos fueron de mi dinero. La casa estaba a su nombre, así que él iba a venderla y luego a repartir conmigo. La vendió, pero no lo volví a ver ni tampoco mi parte del dinero.

- ¿De cuánto se trataba?

- Habíamos pagado casi cinco mil, pero vendió nuestros derechos por cuatro mil, según supe. Así que me debe dos mil, quizá un poco más si calculamos tres años de intereses.

- Molly, no tienes para qué contratar ninguna agencia de detectives. La policía lo hará gratis.

- Ya fui con ellos y llevaron a cabo algún trabajo, pero no con empeño, me figuro. Es decir, no se trataba de un caso importante para ellos. Regresé allá otra vez ayer, porque una amiga mía me dijo que lo había visto en el Loop. Supuse que se habría ido de la ciudad con el dinero, quizá se fue, pero en ese caso, ya volvió. Por lo menos mi amiga estaba segura de que era él.

»Los de la policía se mostraron atentos conmigo, aunque... bueno, no van realmente a tenderle una red o algo semejante. Así que probablemente no den con él.

- Probablemente no, a menos que lo arresten por algo distinto y dé su verdadero nombre.

- En cuanto a la tarifa, Ed, tengo poco dinero. ¿Crees que por cien dólares, o doscientos cuando mucho, tendrías alguna buena probabilidad de hallarlo? Estoy dispuesta a arriesgar esa cantidad con la esperanza de cobrar mis dos mil.

- Molly - le contesté -, todo depende de cuánto nos puedas decir acerca de él, qué pistas nos indiques para trabajar. Su ocupación, nombres de amigos con quienes pueda estar todavía en contacto, sitios a donde pudiera ir... esa clase de detalles. No lo intentes por teléfono. ¿Por qué no vienes y hablas con nosotros? Cuando haya obtenido de ti lo que sea posible nos ayude, te diré la verdad respecto a si nuestras probabilidades de dar con él justifican que gastes cien o doscientos dólares dejándonos intentarlo. En una forma u otra no cobraremos por la entrevista. ¿Te parece?

- Me parece muy bien. ¿Crees que unos cuantos días o una semana importe?

- No, si regresó a Chicago para quedarse. Si nada más vino de pasada, probablemente tampoco lo hallaríamos. ¿Por qué?

- Voy a visitar a mis padres, que viven en Indianápolis, y salgo esta tarde. Podría ir primero a tu oficina, pero tengo muchas cosas que hacer y andaría muy apresurada. Quise hablar contigo antes de salir, para indagar si era importante que te viera inmediatamente. Me sentiría con prisas si lo hiciera hoy.

- Correcto - respondí -. Cuando hablemos, debe ser con calma. Por otra parte, si tomamos el caso, sería mejor que estuvieras en la ciudad, a nuestra disposición, mientras trabajamos.

- Gracias, Ed. Te llamaré cuando regrese. ¡Adiós!

Al colgar, oí el chirrido del sillón giratorio del tío Am, y luego surgió, apoyándose en el marco de la puerta.

- Se le oye como una buena muchacha. ¿Bonita?

- Sí - convine con un ademán de cabeza -, y me parece recordar que tenía el traserito más precioso de la Historia Americana. Digo, de la clase de Historia Americana.

Me clavó un ojo con la ceja levantada.

- No, nunca traté de hacer más que mirar. Era la novia del zaguero de fútbol. Creo que estaban comprometidos. Me pregunto... ¡No!

- No, ¿qué?

- Iba a preguntarme si sería con el que se casó. Pero si lo fuera, tal vez me acordaría de su nombre, por lo menos tan bien como del de ella y lo hubiera mencionado. Así que tuvo que ser alguien a quien conoció después de los días en la secundaria.

Consulté mi reloj.

- Bueno, ya dejé los cheques listos para el correo; son muy cerca de las diez para comenzar una partida de gin; si vas a llamar a Dolan a las diez.

- Está bien, llamaré en punto, y tú puedes levantar tu bocina cuando me oigas que estoy marcando.

- Perfectamente. Tú hablas primero y rindes tu informe. Pero antes de colgar, dile que yo quiero preguntarle algo, y que me cederás el turno.

El tío Am no llamó a Dolan a las diez en punto, porque un minuto antes repicó nuestro teléfono. Tomé mi aparato y contesté «Hunter & Hunter». A veces contesto en esa forma y otras con mi propio nombre. Lo cual no significa mucha variedad, aunque sí alguna.

- ¿Ed Hunter? - preguntaron.

Mi yo creció un pie. Ángela me estaba llamando. ¡y ya!

- ¿Quién puso la pera madura en la canasta de verdura de la señora Murphy?

- ¿Qué?

Mi primera reacción fue pensar que bromeaba conmigo, repitiendo exactamente la de ella, cuando la primera frase de la señora Murphy, la noche anterior. Luego una horrible sospecha me invadió; las voces no se pueden identificar positivamente por sólo un par de palabras. Tal vez no fuera Ángela.

Así que repetí mi respuesta de la noche anterior al «¿Qué?»

- Lo siento, pensé que era una llamada que estaba esperando. Habla Ed Hunter.

- Soy la señora Vincent Dolan, señor Hunter. Ya sé lo del gran favor que nos hizo anoche, al traer a Michael a casa en lugar de llevarlo con la policía, como la mayor parte de personas lo hubiera hecho. Deseo darle las gracias.

Siempre resulta difícil pensar algo para decirlo cuando alguien agradece alguna cosa importante para él; no se pueden dar las gracias porque se la dieron a uno, y no hay de qué, o de nada, se oye bastante tonto. Peor sería; Fue un placer.

- ¿Cómo está Michael, señora Dolan?

- Muy bien. Se fue a la escuela como de costumbre. Señor Hunter, me pregunto si me pudiera hacer otro favor tremendo. Me agradecería hablar con usted, en persona, acerca... acerca de esta experiencia. ¿Podría venir aquí a alguna hora? Si puede, le pagaré con todo gusto por su tiempo.

Tomé una respiración profunda para pensar y luego contesté:

- No lo sé de seguro, señora Dolan. Hay... bueno, estoy esperando otra llamada que pudiera mandarme a otro trabajo que tendría que atenderse de inmediato. ¿La puedo llamar a usted en un lapso de media hora?

- Me parece bien, señor Hunter. Estaré aquí todo el día. Le voy a dar el número.

Lo anoté para evitarme buscarlo. El número que el tío Am tendría sería desde luego, diferente; el privado del estudio de Dolan. Ahora yo me dirigí a la puerta, y viendo al tío Am, le pedí:

- No llames todavía a Dolan. Necesito pensar un minuto.

- ¿Acerca de qué? Por la frase de la señora Murphy imaginé que tú pensaste que era la voz de Ángela, ¿o no?

- Sí, sí - murmuré sombríamente -, y es la última vez que lo hago a menos de estar seguro de con quién estoy hablando. No es de eso sobre lo que deseo reflexionar. Voy a tener que soltar esto a Dolan sobre las rodillas; decirle que ella me llamó y lo que quiere. No queda otra salida; no puedo ir allá sin que él esté enterado.

- No, si de todos modos él va a estar en la casa. Pero salir con la hija sin que él lo sepa, no pareció preocuparte mucho. ¿Es diferente con las esposas?

- No, pero la situación sí lo es. Dame unos segundos para estudiar cómo presentarle el caso a modo de que no me diga que no la vez. Si me lo dice, ¿cómo puedo explicarlo a ella cuando vuelva a llamarla? Claro, sí puedo explicarle por qué no la puedo ver hoy. Pero no por qué me estoy negando a verla.

- Nada más indícale eso a Dolan si te da una respuesta que no convenga. ¿No es sencillísimo?

- Supongo que sí lo es. Muy bien, llámalo.

Me dio tiempo par regresar a mi escritorio y prepararme, y entonces giró el número.

Capítulo 6

Alzaron la bocina después del primer repique.

- ¡Dolan! - contestó una voz. Nada más Dolan, no Vincent Dolan, pero eso era lógico. El único Dolan, Mike no estaría contestando el teléfono privado de su padre, en su estudio aunque no se encontrara en la escuela.

- Habla Ambrose Hunter, señor Dolan.

Que fue hasta donde llegó antes de que Dolan lo interrumpiese con toda celeridad.

- Lo siento... estoy muy ocupado en este momento, señor Armstrong. ¿Puedo llamarlo en diez o quince minutos?

- Seguro, comprendo, señor Dolan - le aseguró el tío Am.

Colgó, y lo mismo hice yo, y me regresé al vano de la puerta, entre las oficinas, y proseguí en la tarea de sostenerle un lado.

- Alguien estaba con él - le dije -, alguien ante quien no quería mencionar su nombre verdadero.

El tío Am se me quedó viendo.

- Chico, no gastes tu potencia mental deduciendo lo obvio.

- Expliqué lo obvio para hacerlo a un lado, de manera que pudiera empezar a preguntarme quién sería.

- Cualquiera que pudiera establecer una relación con el nombre de Hunter - me espetó encogiéndose de hombros -. Quien pudiera ser cualquiera de la casa, hasta George Steck o alguno de los sirvientes. Tal vez nos lo diga. Probablemente lo hará para explicar lo del señor Armstrong.

- Probablemente. Por supuesto, si alguien estaba con él, no desearía hablar contigo acerca de espiar a su esposa. Tal vez ni siquiera escuchar el informe respectivo.

Volví a mi escritorio, y el cartero llegó. Le cambié los dos sobres para el correo por otros dos. No eran cheques ni cuentas. Un anuncio y una carta de un amigo nuestro. Vi que el matasellos era de Indianápolis, lo que me hizo pensar de nuevo en Molly Czerwinski, sin otra razón que no fuera la coincidencia geográfica; allá era donde iba a visitar a sus padres.

El tío Am había sido empleado de feria durante algunos años, y estuve con él un par de temporadas antes de que nos convirtiéramos en detectives privados. Cuenta con muchos amigos antiguos que trabajan en esos carnavales, y también yo los tengo. Carey Stofft, el que escribió esa carta, era uno de ellos, y yo sabía que la carta era para los dos, aunque estaba dirigida al tío Am, con lo que se la llevé para que él la abriera.

- Buenas noticias, Ed - comentó cuando iba a la mitad de la página -. Su compañía va a trabajar en Gary toda la próxima semana. Quiere que los dos vayamos a verla una noche o todo el tiempo que queramos. Tiene un remolque ahora y dice que nos puede acomodar.

»Veremos cómo andan los negocios la próxima semana. Puede ser que nos sea posible ir de paseo, juntos, unos cuantos días.

Regresó a la lectura y me pasó la primera página cuando la terminó. Antes de que empezara yo, repicó el teléfono. La dejé y tuve que regresar al mío. Era Dolan.

- Dolan, señor Hunter - decía al tío Am -. Siento haberlo cortado; mi esposa acababa de entrar a decirme algo, y ni siquiera lo pude llamar por su nombre enfrente de ella.

- Me figuré, señor Dolan, que era alguien de la casa.

- Vino a avisarme que acababa de hablar con su sobrino, Ed, y le pidió que viniera a contarle lo que pasó anoche con Mike.

- Sí, Ed está aquí y desea hablar con usted cuando termine.

El tío Am tenía sus apuntes frente a él, y contó su versión a Dolan igual a lo que me había dicho la noche anterior, aunque con más detalles y descripciones. Cuando concluyó inquirió:

- ¿Debo seguir el indicio de la licencia del Chevrolet convertible, señor Dolan, para saber quién es el dueño?

- No, ya lo sé; es decir, reconocí a la mujer por su descripción: Faye Greenough. Amiga de Sylvia desde la época en que las dos trabajaban en el mismo sitio cuando conocí a mi esposa. Faye y yo no nos llevamos muy bien y por esa razón nunca viene aquí, pero yo no tengo la menor objeción a que Sylvia la vea de vez en cuando. Siempre que no sea para algo más serio que comer juntas e ir al cine.

- Bien, señor Dolan ¿terminamos de hablar sobre la vigilancia antes de poner a Ed al aparato? ¿Desea que continuemos?

- Por algún tiempo, creo que sí. Si todas las veces que sale son como está, entonces he estado imaginando algo de nada, y así lo espero. Sin embargo, ahora que ya principié, tal vez sería bueno conservar a usted en la tarea, al o menos por unas cuantas ocasiones.

- Muy bien; arreglaré utilizar a otro operador la siguiente vez. Pero dijo a Ed que hoy estaría en la casa todo el día. ¿Se referiría también al tiempo durante la noche?

- Probablemente. Nos saltaremos el día de hoy. Verá, por lo regular me avisa algo a la hora del desayuno, si ha decidido salir. A la siguiente ocasión que suceda eso, lo llamaré de inmediato. Si puede usted conseguir a un hombre que esté listo para seguirla en el momento en que salga, ¡magnífico! Si falla, bueno, pues falló, y mejor suerte a la siguiente ocasión.

- Estoy de acuerdo. ¿Con qué anticipación lo supo ayer?

- Con ninguna. No decidió salir sino hasta después del almuerzo. Cuando lo hizo, oí que se comunicaba con su peinadora y arreglaba la cita. Así fue como me fue posible informarle de cuándo y en dónde encontrarla, y fue una de las razones por las que resolví, de pronto, que sería buen momento para comenzar. Ordinariamente no me dice a dónde va y yo no se lo pregunto.

- Correcto. Si se nos presenta una nueva oportunidad, quizá yo pueda manejar el asunto de nuevo. Lo que no puedo hacer, ni tampoco Ed, específicamente, es rondar por el barrio esperando a que salga ella. Los dos somos demasiado conocidos en ese rumbo.

- Comprendo. Ahora, ¿me hace favor de comunicarme con su sobrino?

Esperé un número razonable de segundos y entonces hablé:

- Aquí Ed, señor Dolan.

- ¡Hola, Ed! Supongo que oyó bastante de la conversación de su tío para saber que yo sé que mi esposa le telefoneó.

- Así es. Y le manifesté que la llamaría otra vez en el curso de media hora, porque deseaba comprobar el asunto con usted. ¿Hay alguna razón para que no lo haga? De la manera como me lo presentó, sería sumamente difícil para mí decir que no.

- Pues... supongo que no existe ninguna razón. - Sonrióse con un graznido seco -. Imagino que usted no le contará lo de... lo de la vigilancia. ¿Le dijo que viniera a una hora especial de hoy?

- No, me dijo que estaría en la casa todo el día. Lo cual me lleva a esto, señor Dolan, ¿Pudiera tener una corta conversación con usted cuando esté allí, supuesto que voy de todos modos? Se la iba a solicitar aun cuando su esposa no me hubiese llamado.

- Ahora voy a salir; probablemente almorzaré fuera, pero regresaré a las dos. A cualquier hora después.

- Muy bien. Veré si las dos es hora conveniente para ella. Usted habrá vuelto para cuando ella y yo hayamos concluido de hablar. Pero, ¿qué si me quiere acompañar a la puerta?

- No es ningún problema. Dígale que le telefonee después de que ella lo hizo y que tiene una cita conmigo a las dos y media o a cualquier hora después de las dos, cuando ella haya terminado con usted. Ya le contaré algo respecto a por qué deseo verlo.

- Bueno. Otro punto insignificante. Me dijo que me pagaría por mi tiempo. ¿Cómo me manejo si insiste?

- Ed - contestó riendo - el dinero no es nunca un punto insignificante. Si trata de pagarle, dígale nada más que yo le estoy pagando, y sí le estoy. Añada su tiempo de hoy a la cuenta de la agencia por el otro trabajito. Hasta le diría que añadiera otro día por lo que hizo anoche, salvo que eso sería muy poco. Hay algunas cosas que no se pueden pagar con dinero. Bueno, ya seguiremos hablando más tarde. ¿Hay algo que desee preguntarme antes de que hable con Sylvia?

- Sólo... ¿tiene algunas sugerencias que hacerme respecto a cómo debe manejar la entrevista?

- Me alegro que me lo preguntara. Nada más esto, no la asuste más de lo que ya está. Apéguese a los hechos, pero améngüelos en vez de exagerarlos. Si tiene algunas dudas tocante a la cordura de Mike, o a que pudo en realidad haber escuchado una conversación en lugar de imaginársela o de soñarla, guárdese las para mí.

- Comprendo, señor Dolan. Ya nos veremos.

Quando colgamos, el tío Am entró y se dejó caer en una de las dos sillas que tenemos en la oficina exterior.

- Dolan se muestra muy parcial tuyo, chico - me aseguró el tío Am -. Debes haberle causado una impresión sólida anoche.

No era una pregunta, así que no contesté.

Tomó su tiempo para encender un cigarrillo.

- Acerca de Ángela, si te insinúas a Sylvia Dolan, te convertirías en un verdadero amigo de la familia ¿o no?

- ¿Por qué el alfilerazo, tío Am? ¿Puedo evitar el caer bien?

- Excepto, quizá, Mike. ¿Crees que él también te quiera?

Continuaba picándome, no obstante, decidí darle una contestación recta, hasta donde pudiese.

- Una vez que cedió, que se convenció de que lo llevaría con su padre de todos modos, se mostró bastante amigable. No tuve que llevarlo a rastras. No me conoce lo suficiente como para quererme, pero no creo que me tenga ningún resentimiento.

- Bueno, Ángela te llamó, Sylvia te llamó...

- Espera un momento - lo interrumpí -. Tengo todavía que llamar a la señora Dolan y fijar la cita para las dos. Conserva el alfiler esterilizado hasta que haga eso.

Tomé el teléfono y giré el número que me había dado. Ella misma contestó y convino en verme a las dos. Regresé al tío Am.

- Anoche decidimos - empezó - consultarlo con la almohada antes de cambiar impresiones entre nosotros. Por el hecho de que buscas hablar de nuevo con Dolan, supongo que tienes algunas ideas. ¿Qué preguntas deseas hacerle?

- No estoy seguro después de la primera - repuse -. La cual se refiere a qué aconteció en la conversación que tuvo con Mike esta mañana. Lo otro que le pregunte dependerá de lo que me responda a ésa.

- Imagino que el punto principal de lo extraño del caso, es el hecho de que el muchacho no fuera con su padre a advertirlo de esa conspiración, en lugar de intentar conseguir una pistola. Eso, añadido a que tú sabes por Ángela que ama y respeta a su padre.

- Más que por Ángela - corregí -. Podía sentir cercanía entre ellos. Yo estaba ahí... Oye...

- Oye, ¿qué?

- No es mi día para reflexionar, o ya hubiera pensado en esto desde antes. ¿Qué hago o digo si la señora Dolan me reconoce por el vistazo que tuvo de mí cuando llegó a la casa, mientras yo iba por Ángela a las diez y cuarenta? No me miró realmente, pero pasó muy cerca de mí. Y le prometí a Ángela...

- ¿Por qué no telefonar a Ángela y presentarle el caso?

- ¿Cómo pudiera estar seguro que solamente Ángela escucha? Ese teléfono de los Dolan puede tener media docena de extensiones.

- Yo puedo arreglar eso, Ed. Tú giras el número general de los Dolan y luego escuchas. Yo hablaré.

Se fue a la oficina interior y le di tiempo para que se acomodara; luego marqué el número. Una voz aguda, masculina, contestó después de algunas llamadas: «Residencia Dolan». Tenía un acento muy fuerte, hasta en esas dos palabras, que no trataré de reproducir. Supuse que fuera la voz de Robert, el filipino.

- ¿Está la señorita Ángela Dolan? - preguntó el tío Am.

- Sí, señor. La voy a llamar.

Hubo un tiempo de espera y después la voz de Ángela. Se oía como la de su madrastra, pero dijo:

- Habla Ángela Dolan.

- ¿Señorita Dolan? Por favor no mencione mi nombre. Pronto sabrá por qué. Yo...

- Pero si no conozco su nombre ni reconozco su voz.

- Usted conoció a mi sobrino anoche; desea hablar con usted acerca de un asunto personal, y tenemos entendido que hay varias extensiones en su casa. Así que haga favor de llamarlo de otro teléfono, ¿quiere? Cualquier aparato cercano, o el privado en el estudio de su padre, si ha salido.

- Muy bien. Papá se acaba de ir y no creo que echara llave al estudio. Voy a llamarlo en un momento, o dos, si tengo que salir.

Colgaron y el tío Am me llamó:

- No me molestaré en escuchar esto. Sigue tú ahora.

Capítulo 7

Cuando Ángela llamó, le conté de la llamada de su madrastra y del problema que me presentaba.

- Comprendo, Ed; no existe ningún problema. Si ella te reconoce, te recuerda y te dice: «¿No es usted el joven a quien vi venir por Ángela anoche?», dile que sí, y también la verdad, hasta cierto punto, si entiendes lo que te quiero decir. Que yo te hablé anoche por la misma razón que ella te llamó hoy. Que tomamos unas cuantas copas y hablamos un rato, la misma conversación que sostendrías con ella.

- Muy bien. ¿Sabe alguien a qué hora llegaste?

- No. Así que el elemento tiempo no tiene para qué mencionarse. Y si después se lo menciona a mi papá, no importa. Confesaré que te hablé y te vi.

- Bueno. Pero para el caso de que luego me trate él a mí el asunto, pongámonos de acuerdo en nuestras versiones. ¿A dónde fuimos a tomar las copas y cuándo te llevé a la casa?

- El mismo sitio a donde fuimos realmente. No te acuerdas con precisión a qué hora regresamos a la casa, excepto que era tarde. Así no habrá contracciones, si ninguno de los dos es específico acerca de la hora; no nos fijamos. ¿Esta alguien allí que pueda oír lo que dices?

- No. - le contesté.

- Entonces, te quiero expresar, Ed, que yo... ¡Oh, no sé cómo decirlo!

- ¿Es acerca de lo de anoche?

- Sí.

- Permíteme tratar de ayudarte. Tienes miedo de que, porque fuiste franca y directa, vaya a suponer que tus talones son redondos y se resbalan. Cuando, en circunstancias normales, no son más redondos que los de cualquier muchacha hermosa...

- ¡Ed! - casi hubo un temblorcillo en su voz -. ¿Cómo pudiste haber adivinado tan exactamente lo que deseaba decirte... y cómo pudiste haberlo dicho mucho mejor y más directamente que lo que a mí se me hubiese ocurrido?

- No necesitaba decirse - le contesté. Entonces pensé que ahora que había abordado el tema de mis relaciones, era el momento de hacerle la pregunta que no le hice anoche. Así que proseguí -: ¿Puedo volverte a ver muy pronto?

- Ed, yo... yo no sé cómo contestarte eso. ¿Me quieres conceder un poco de tiempo para pensarlo?

- Seguro - rezongué -: «No me llames, yo te llamaré»; ¿es eso lo que me quieres decir?

- Ed, por supuesto que no. Es falta de comprensión tuya ponerlo en esa forma. Lo que pasa... en estos momentos me siento un poco confusa respecto a muchas cosas. Dame un poco de tiempo para asentarme. Entonces, si todavía lo deseas, llámame, y te contestaré sí o no, con claridad, no «acaso»...

- Magnífico, pero cuando te llame, conserva en la cabeza que no estoy necesariamente sugiriendo una repetición de lo de anoche. Nada más solicitando una cita.

- Gracias, Ed. Te prometo una contestación definitiva si me llamas no antes de una semana.

- Cuando te hable, ¿debo utilizar el mismo sistema que en esta ocasión, hacer que alguien llame y te dé el recado de que tú telefonees de un aparato sin extensiones?

- No - respondió con énfasis - si nos vemos de nuevo, será abiertamente, Ed. Si alguien escucha, no importa.

- Perfecto. ¿Estarás allí cuando llegue, esta tarde?

- Temo que no. Estoy tomando un par de clases por las tardes, en la Universidad de Chicago, dos veces a la semana, de las dos a las cuatro, y hoy es uno de los días.

- Hasta dentro de una semana entonces, Ángela.

- Adiós, Ed - y ambos colgamos.

Oí el chirrido del sillón giratorio del tío Am, y luego unos cuantos pasos que se detuvieron en el vano de la puerta.

- No estaba escuchando - me dijo -, pero no pude dejar de distinguir partes de tu conversación. ¡Muchacho! ¿Estas seguro de que sabes lo que estás haciendo?

Yo sabía lo que me quería decir. No estaba criticando mi moralidad o tratando de mezclarse en mi vida. Conoce mi debilidad por las mujeres y me la consiente como yo le consiento su debilidad por el juego. Hasta sabe que algún día, si es que hallo la mujer que me vaya bien, me casaré; y está reconciliado con la idea.

No estaba preocupado por mis relaciones pasadas o futuras con Ángela, como Ángela. Se encontraba inquieto respecto a mis relaciones, futuras, con la hija única de Vincent Dolan, muy amada, y yo comprendí su punto.

Era algo que yo había estado tratando de no ver. Vincent Dolan era un hombre rico que estaría deseando el mejor partido posible para su hija, y un

pobre detective privado no era un candidato probable. Y todavía menos que desearme para yerno, aceptaría que yo tratara de seducir a su hija sin miras al matrimonio. Acaso todavía la creyera virgen.

Bueno, sí, todo eso me había cruzado por la mente, y ésta me había dado una contestación. A Vincent Dolan le simpatizaba yo personalmente. Si se percataba de que veía a menudo a su hija, podía hacerme alguna advertencia, pero no haría que me trabajaran. Y yo consideraría que estaba en su derecho de advertirme, a menos de que, para entonces, yo hubiese decidido que mis intenciones para con Ángela eran honorables.

Además, tal vez no le importara un comino. Pensaría que ya estaba grandecita y que era asunto de ella con quién salía. Una señal estimulante de ese sentido había sido...

- Hay una cosa - le dije - que no pudiste adivinar. Le pregunté si debía de utilizar el mismo sistema en mi siguiente telefonazo como en éste, y su respuesta definitiva fue que no. Si no volvemos a ver, será abiertamente. Resulta obvio que conoce la actitud de su padre hacia ella mejor que nosotros, y no cree que se oponga.

- Eso sí hace diferencia - asintió con el ademán -. Bueno, ahora que ya has hablado con todos los miembros de la familia Dolan, excepto Mike, ¿qué me dices de una partidita de gin rummy?

- Está bien - acepté. Dio media vuelta para ir a su oficina, y yo empezaba a enderezarme; en ese preciso instante repicó el teléfono. Así que me quedé en mi sitio esperando a que el tío Am contestara «Hunter & Hunter», pues era su turno.

- ¿Am? Harry Cogswell, de la Phoenix Indemnity. ¿Esta cualquiera de ustedes dos libre para un día de trabajo, inmediatamente?

- Yo lo estoy. Ed tiene una cita esta tarde.

- Muy bien. Escucha.

Se trataba de algo rutinario. Phoenix tenía una fuerte fianza a favor de un cajero de banco llamado Pritchard, en la dirección y tal descripción, etc. Era uno de los empleados que trabajaban los sábados, con el banco cerrado, en ciertas tareas que no se podían hacer en otros días, con la institución operando; tenía otro día libre entre semana, para compensarlo, y ése era hoy, miércoles.

Alguien les informó que lo habían visto en el hipódromo la semana anterior, en su día de salida. A las compañías de fianzas no les agrada la idea de que sus afianzados jueguen; el juego es la causa de la mayor parte de los desfalcos. Si se descubre que un afianzado está jugando fuertemente, le cancelan la fianza aunque sus cuentas estén en perfecto orden; más pronto o más tarde es posible que se le ocurra pedir dinero prestado para recuperar lo que haya perdido. Por supuesto, con la más sana intención de devolverlo cuando gane: si bien nunca gana.

Cogswell quería que Am fuera rumbo a la dirección que le dio, inmediatamente, en un coche, y siguiera a Pritchard cuando saliera de la casa, y se asegurara de si iba a las carreras otra vez. En ese caso, Am debería de indagar si visitaba las ventanillas de dos dólares o las de cien dólares. Si lo último, le cancelarían la fianza de inmediato.

- Será mejor que te pongas a ello desde luego Am - prosiguió Cogswell -. Será cerca del mediodía cuando llegues allá. Y pudiera salir a esa hora para almorzar en cualquier sitio y luego irse al hipódromo. Lo podría hacer con

facilidad porque es soltero y vive con su hermano y su esposa. ¿Alguna pregunta?

- ¿Hay alguna probabilidad de que la descripción de su hermano se le parezca y yo lo siga en lugar del otro si sale primero?

- No es probable, Am - rió Cogswell -. No tenemos la descripción del hermano, pero nuestros registros nos informan de su ocupación, que es ayudante de instructor de los Chicago Bears. Eso quiere decir que es un ex jugador de fútbol, y de dimensiones normales. Nuestro Joseph Pritchard es un gusanillo. Un metro y sesenta y cinco centímetros de altura, con peso de cincuenta y siete kilos. No los contratan de ese tamaño para que hagan practicar a los Bears.

- Correcto. Solamente, ¿cómo sucedió que esperaste tanto para llamarme, Harry? Será un día completo de todos modos, aunque empiece a esta hora y no a las nueve; ¿qué te hizo aguardar?

- Swenson iba a ocuparse del asunto, pero cuando se estaba preparando para salir, hace media hora, algo se presentó que me hizo cambiar mis planes, empecé a llamarlos. Tu teléfono ha estado ocupado todo el tiempo. Llamé cada cinco minutos durante media hora.

- Sí, estuvo ocupado mucho tiempo. Bueno, gracias por haber aguardado hasta que te comunicaste con nosotros. Ya voy en camino.

Así conseguimos nuestros negocios; empresas como la Phoenix Indemnity son lo bastante importantes para tener uno o dos investigadores, pero cuando se les amontonan los asuntos, pasan algunos de ellos a las agencias privadas. Nosotros tratamos de servirlos bien, y no siguen llamando. La Phoenix y unas cuantas otras compañías nos dan un promedio de un día de trabajo a la semana para cada uno, y eso es lo que da fuerza a nuestro negocio.

- Muchacho - me aconsejó el tío Am saliendo de su oficina y poniéndose su sombrero - ¿por qué no dejas todo así hasta la hora de ir a casa de los Dolan? Si se presenta otro trabajo, no lo puedes tomar.

- No si fuera algo urgente que se tuviera que hacer hoy. Pero ninguno de nosotros tiene nada para mañana, pasado mañana, ni pasado, ni pasado. Pudiera presentarse alguna tarea que no fuese para inmediatamente.

- Bueno, trabajo como el castor diligente. Hasta la noche.

Se fue y yo tomé una novelilla de algunas que guardo en un cajón del escritorio, decidido a ponerme a leer hasta que repicara el teléfono. No sonó par nada, y a las doce y media decidí que sería mejor ir a almorzar. Todo se calculó muy bien. Eran las dos, casi en punto, cuando subí los tres peldaños y toqué el timbre de la casa de los Dolan. Después de un minuto una sirvienta negra me abrió la puerta; sería la Elsie que Ángela me había mencionado. Le di mi nombre y le manifesté que la señora Dolan me esperaba. Me condujo a una entrada de doble hoja, después de la cual me encontré en un cuarto de descanso bellamente amueblado.

- Miz Dolan, aquí está el señor Hunter.

La señora Dolan dejó una revista y me miró desde donde estaba sentada, en un sofá, como a medio cuarto. Llevaba puesto un traje de casa, morado oscuro, y se veía fresca y todavía más joven de lo que yo sabía que era. Había una copa completa sobre una mesilla enfrente de ella, pero podría haber sido la primera del día.

- Gracias, Elsie - dijo a la sirvienta para despedirla -. Antes de que se siente, señor Hunter, hay una cantinita en la esquina, detrás de usted. Espero que se sirva y me acompañe con una copa.

Iba a decirle, gracias, no; luego cambié de frase a únicamente, gracias, y me dirigí a la cantinita. No sentía deseos de una copa, pero no me podría hacer daño después de un gran almuerzo, y de repente me había acordado de algo. Un alcohólico, o cualquiera que beba aunque sea moderadamente, se muestra más amigable y con deseos de hablar más libremente con quien lo acompaña a tomar, que con quien se niega, especialmente si se siente culpable porque bebe; entonces se amosca con el que no lo acompaña o con el que no toma.

Le di las gracias y me encaminé a la cantinita del rincón a prepararme un jaibol. Coloqué el vaso de modo que no se viera el poco whisky que me servía, y lo mezclé con ginger-ale en lugar de agua de soda, para hacerlo aparecer fuerte, truco que me había enseñado el tío Am. Regresé con la copa y me hizo seña de que sentara frente a ella, mesita de por medio.

- Gracias por haber venido, señor Hunter, así como por lo que hizo anoche por los Dolan.

- No vale la pena hablar de ello, señora Dolan. Y si no tiene objeción, llámeme, por favor, Ed. Me hace sentir ridículo el que me llamen señor Hunter.

- Muy bien, Ed. ¿No lo he visto en alguna parte? Oh, por supuesto, vive a una cuadra de aquí. Debo haberlo encontrado por lo menos una docena de veces. Bien... - Hizo una pausa y en ella perdí mi oportunidad de decirle que me había visto con Ángela la noche anterior -. ¿Me quiere contar lo que sucedió anoche, con sus propias palabras, exactamente?

Así que le expliqué lo que aconteció; cité todos los hechos y no me salté ninguno, aunque traté de disminuirlos quitándoles lo alarmante en cuanto pude.

Me escuchó con atención, pero con una especie de... bueno... expresión enmascarada. No podía decir lo que estaba pensando, si bien no me interrumpió ni una vez ni probó el vaso mientras yo intentaba hacer que aquello se oyera como la travesura ordinaria de un jovencito; nada que unos consejos o algunas nalgadas no remediaran, y de dar la impresión de que no había nada por qué preocuparse. Pareció que surtió efecto porque cuando terminé no hubo ninguna pregunta.

- Gracias, Ed. Mi marido y Ángela, mi hija...

- La conocí anoche - la interrumpí con rapidez. Lo que por supuesto así fue, cuando Dolan envió por ella para que se llevara a Mike a su cama. Ella asintió con el ademán y prosiguió:

- Pensé que quizá me estuviera ocultando algo. Me parecía una cosa tan extraña para que Mike la hubiese hecho. Nunca ha hecho nada malo antes...

- Y probablemente no lo volverá a hacer - le aseguré.

- Espero que no. Sin embargo, hay una razón por la que deseaba hablar con usted personalmente... Vincent nos pidió a Ángela y a mí que no removiéramos el asunto con Mike. Nos dijo que deseaba hablar con Mike y que sería mejor que únicamente una persona lo hiciera, que si los tres comenzábamos a picotearlo se sentiría agredido y adoptaría una actitud defensiva.

- Me parece muy lógico - repuse.

- Las dos prometimos no mencionarle nada. Por ese deseaba conversar con usted acerca de ello. Probablemente no lo hubiese molestado si hubiera podido hablar directamente con Mike.

- No ha sido ninguna molestia - contesté -. Fue un placer.

Dirigí una mirada a mi reloj y ella se percató.

- Tiene todavía quince minutos, Ed. Vincent me avisó, antes de salir esta mañana, que había arreglado hablar con usted a las dos y media. Me pidió que le hiciera compañía hasta que él regresara a la casa, entreteniéndolo. ¿Cómo puedo entretenerlo, Ed?

Pudo haber sido una pequeña broma, mas no lo era.

- Mike me pareció un chicuelo interesante, señora Dolan. ¿Por qué no me habla de él?

Dolan llegó diez minutos retrasado, lo cual no importó. Ya había oprimido el botón correcto. Con una sola interrupción, cuando me pidió que le preparara otra copa y refrescara la mía, no necesitó que la estimulara para hablar. Como yo estaba interesado, la escuché cuidadosamente, y el único dato que adquirí, fue que Mike Dolan era, a su edad, el candidato menos probable de todo Chicago para iniciar de repente una ola criminal juvenil.

Eso era algo que yo había estado sospechando todo el tiempo.

Capítulo 8

Dolan, cuando llegó, me sorprendió un poco al no llevarme inmediatamente a su estudio. Tomó el vaso de su esposa y el mío, sin pedir permiso a ninguno de los dos, y preparó otras copas además de la suya. Sentóse junto a ella en el sofá, y la señora retomó el hilo:

- Vincent, estaba contando precisamente a Ed acerca de lo que en aquella vez hizo Mike... - Y casi durante una hora, hablando ella todo el tiempo, y Dolan interpelando alguna observación ocasional, no tuve que abrir la boca más que para tomar algún pequeño trago de mi jaibol. Ningún dato nuevo. Sin embargo, tuve la sensación de haber conocido a Mike desde que nació, hasta la noche anterior.

Dolan la interrumpió de pronto, tras consultar su reloj. Mike regresaría de la escuela en cualquier momento, explicó, y prefería que no supiera que yo estaba aquí; si me encontraba, pensaría que no se había creído su versión y continuábamos investigándola. Hasta que decidiera cómo habían de manejarse las cosas con Mike y hubiera sostenido la conversación con él, no quería que Mike imaginara eso.

Así que él y yo nos excusamos, nos dirigimos a su estudio y cerró la puerta. No le echó llave, explicando que nadie, ni siquiera un miembro de su familia, cruzaba la puerta sin llamar. Nos pusimos cómodos; me ofreció llamar a Robert para que me trajera otra copa; no la acepté, lo que me pareció que le agradaba y tampoco ordenó una para él.

- Bueno, Ed - principió -, entendí por nuestra charla por teléfono, de está mañana, que todavía tiene algunas preguntas que desearía hacerme. ¿Quiere proceder? ¿O prefiere que yo lo ponga la tango?

- Continúe usted - repuse -; lo que tenga que decirme puede contestar algunas preguntas, o hasta todas, antes de presentarlas.

- Muy bien. Primero, en el caso de que usted se pregunte lo que Sylvia piense que estamos hablando en privado, no sé trata de Mike. Si yo intentara hablar más con usted acerca del muchacho, y no enfrente de ella, nos echaría a perder nuestra pequeña conspiración para tranquilizarla y evitarle

preocupaciones. Usted debe haber hecho un magnífico trabajito, supuesto que ella ni siquiera mencionó lo de anoche después de que yo llegué.

- Así es - aprobé -, pero, ¿de qué estamos hablando? Probablemente su esposa nunca vuelva a estar en comunicación conmigo, pero si lo estuviera, yo debo saber.

- Otro caso o casos que se supone le estoy consultando. Cuando Sylvia y yo hablamos esta mañana, después de que cada uno conversó con usted por teléfono, me informó que le había ofrecido pagarle por su tiempo al venir, y también me sugirió que le diera una especie de gratificación por lo de anoche.

»Le contesté que se olvidara de eso, que yo me ocuparía de todo. Que usted probablemente no aceptaría ninguna recompensa, y que yo lo resarciría dándole más negocios a su agencia. Le expliqué que de vez en cuando sospechábamos de alguno de los corredores que se embolsaran apuestas o fueran morosos, y utilizábamos entonces a determinados detectives privados para que investigaran. Por supuesto, eso no es verdad. Tenemos nuestros propios métodos para comprobar esos casos; sin embargo, no lo sabe, y se figura que le estoy dando en este momento algún trabajito.

Asentí con la cabeza y Dolan continuó:

- Ahora, volvamos a Mike. He estado pensando en ello desde anoche, y me siento más preocupado que antes. Tanto, que he decidido que no soy competente para encargarme del caso. Tomé la decisión de llevarlo con un sicólogo de niños.

»Así, en lugar de sostener una larga conversación con él, antes del desayuno esta mañana, como lo había planeado, me limité a una cortísima. Y me desvié un poco; ni siquiera mencioné lo de la pistola. Pretendí preocuparme más por si realmente había escuchado la conversación o la había soñado. Le indiqué que me gustaría le contara su historia a un experto en tales cosas. Me figuré que sería más efectivo hablar libremente con uno, si lo dejaba suponer que ése era el punto en cuestión.

- Creo que usted mismo es un sicólogo, señor Dolan.

- He leído bastante acerca de ello. Pero no sobre psicología infantil; y los actos de Mike, de anoche, me han dejado confuso. Sea como fuere, después del desayuno traje a Ángela y le pedí que utilizara mi teléfono para buscarme al mejor sicólogo de niños, de Chicago. Está siguiendo algunos cursos en la Universidad de Chicago, y pensé que podría conseguirme lo que buscaba por medio de alguna relación. Hizo algunas llamadas y obtuvo el nombre que yo deseaba.

»Un doctor Walter Werther. Es de renombre mundial. Reconocí el nombre desde luego; no sabía que viviera en Chicago, así que por eso no pensé buscarlo en el directorio telefónico. Le pedí a Ángela que saliera y lo llamé, teniendo la suerte de comunicarme en cuanto llegó allí, antes de su primer paciente, por lo que no tuve que discutir con una secretaria para hablar con él personalmente.

»Y todavía una suerte mejor, en cierto sentido: reconoció mi nombre - lanzó un graznido a modo de sonrisa -. Pudiera ser un aficionado a las carreras o un reformador que estudiara las condiciones que aquí prevalecen con la mira de acabar con ese negocio. No importa qué, puesto que hablé con él.

»Le expliqué bastante como para despertar un poco su curiosidad, y después le aseguré que el precio no era ningún inconveniente si podía verme o escucharme durante media hora el día de hoy, y hablar con Mike mañana. Lo

arreglamos, pues aunque no tenía un momento libre hoy, convinimos en una cita para el almuerzo. Verá a Mike mañana a las ocho y media, antes de su hora de consulta.

- ¿Los dos van a hablar con él? - inquirí.

Encogióse de hombros.

- Él lo decidirá. Me dijo que empezaría reuniéndose con Mike y conmigo, aunque luego me diera algún encargo para conversar solo con Mike. Y que si considera que Mike necesita atención continua, me lo avisará y arreglaremos las cosas después de que hable con Mike. - Se interrumpió, contemplándome, prosiguió -: Así están las cosas. Ahora, Ed, ¿qué deseaba preguntarme? ¿Sabe usted algo que yo no sepa?

- No, no sé. Sólo me he estado preguntando. Todos, empezando con usted cuando traje a Mike anoche, a la casa, suponen simplemente que soñó la conversación o que dio libertad a la imaginación. Pero, ¿Ha considerado la posibilidad de que haya escuchado esa conversación? O, pongámoslo en esta forma, ¿algún fragmento de conversación que pudiera haber entendido o interpretado mal para pensar que se refería a su muerte?

- Sí - afirmando también con la cabeza -, sí la he considerado. No cuando hablaba con Mike anoche, pues mi pensamiento principal era tranquilizarlo, sino después. Ed, simplemente no hay ningún modo de que haya sucedido. No hubo ayer, en ningún momento, ningunos dos hombres en esta casa, aparte de mí... quienes pudieran haber...

- ¿No hubo dos hombres que pudieran?

Soltó una risita como ladrido.

- George Steck, a quien usted conoció anoche, estuvo aquí quizá desde las dos hasta las dos y media. Llámelo una posibilidad si lo desea. Las otras dos únicas posibilidades seríamos yo y Robert Sideco. ¿Y ha oído usted la voz de Robert?

- Unas cuantas palabras, en una ocasión.

- El tono agudísimo, más que las voces de cualesquiera mujeres. Con un acento que se puede cortar con machete. Es una voz tan característica, que Mike hubiese podido reconocerla con una sola frase.

- ¿La voz de George Steck? Lo único que pude oírle decir anoche fueron unas cuantas palabras. Y no me fijé en la entonación.

- Una voz como cualquiera - comentó Dolan -. Un poco más baja de tono que la de usted o la mía; no sé si Mike la reconocería o no. Pero la de Robert, sí. Si pudiese equivocarme con la voz de Robert, a cualquier distancia, lo pondrían en una escuela para niños retardados.

- ¿Y está usted seguro que nadie, ningún hombre, estaba en la casa con excepción de usted, de Steck y de Robert?

- Hablé con todos los sirvientes esta mañana, con los tres y por separado. Sí, Ed, pensé en la posibilidad de que hubiese pescado una conversación, como entre dos individuos mandaderos que hubieran traído un mueble nuevo, o un plomero y su ayudante, que vinieran a arreglar algo. Nones. Nadie, ni la familia ni los sirvientes, recibió visita alguna ayer en la tarde, ni hubo empleados de servicio de ninguna categoría. Nadie más que nosotros.

- ¿Nadie tiene llaves? Gente de fuera, quiero decir.

- Nadie. Ni siquiera George puede entrar. Ed, créame bajo mi palabra, he meditado en todo: Hasta en la posibilidad de que Mike oyera un trozo, en tono elevado momentáneamente, de alguna conversación en la radio o en la

televisión. Hay varios aparatos, por supuesto. Ninguno suficientemente cerca del cuarto de Mike, excepto uno en el suyo, para que lograra oírlo. No crea que no he estado tratando de pensar en diversos ángulos, Ed. No hay siquiera una extensión de teléfono cerca del cuarto de Mike. Hay tres teléfonos en este piso, y uno en el tercero para uso de la servidumbre. Nada.

- Creo que le debo una excusa, señor Dolan - le indiqué meneando la cabeza -, por no haber apreciado la cantidad de reflexiones que se haya hecho acerca de este asunto.

- Si lo asaltan nuevas ideas, no titubee en traérmelas. Le llamaré mañana y le diré lo que el doctor Werther me dice después de que hable con Mike, si lo desea.

- Gracias, le iba a pedir que lo hiciera. Ah, otra pregunta. ¿Hizo que le repitiera literalmente lo que había oído... si fue una conversación corta, parte de ella, o si fue larga?

- Presenté el punto pero no recibí ninguna respuesta definitiva a la primera vez, y no insistí. Estará dispuesto a hablar con mayor libertad con el doctor si antes no se le ha hostigado mucho.

- Gracias, señor Dolan - poniéndome en pie -. Llámenos en cualquier momento si... Oh, no me explico nada de la opinión preliminar del doctor Werther basada en lo que usted le dijo. ¿Tomó el asunto en serio?

- Sí, Ed. Hasta el grado de sugerir que, si no queda convencido de que lo que le cuente Mike es la verdad (la verdad para Mike, por supuesto), o que se esté reservando algo, ensayará el hipnotismo. Si el muchacho se resiste a ser hipnotizado, llegará hasta interrogarlo bajo narcosis. Desde luego, si yo doy la autorización.

- ¿La dará usted?

- Consideraré el punto si él lo recomienda.

Dolan se puso también en pie y se dirigió a la puerta conmigo; entonces me indicó:

- Un momento, Ed. Permítame ver primero. Preferiría que Mike no lo viese aquí hoy.

Así que esperé hasta que llegó a la puerta, la abrió y salió. Un momento después me llamó por encima del hombro.

- No hay moros en la costa.

Me acompañó hasta la entrada y me despidió.

Capítulo 9

Enderecé rumbo al Este, en la calle Hurón, con una cuadra para decidir si me dirigía a casa, me quedaba allí, o si regresaba a la oficina. Eran como las cuatro de la tarde y dispondría de menos de una hora para estar en la oficina, si iba para allá, con lo cual resolví que no valía la pena volverla a abrir.

Dos individuos estaban arreglando la alfombra de la escalera.

Arriba el teléfono de nuestro cuarto estaba repicando, y yo me apresuré a entrar, con lo que alcancé a tiempo.

La voz del tío Am sonó en mi oído:

- ¿Quién puso el piso de estaño en el piso del cuarto de baño de la señora Murphy?

- ¿Quién colocó la sabrosa trucha en el tubo de la ducha de la señora Murphy? - respondí. Los dos convinimos que ninguna de las dos frases era algo espectacular y las declaramos empate.

- ¿En dónde estás? ¿Qué sucede?

- En la oficina. Acabo de llegar. Pensé que tendría tiempo para escribir mi informe esta tarde y no preocuparme por él mañana. ¿Qué pasa contigo?

- Acabo de llegar aquí. Salí de la casa de Dolan hace apenas unos cuantos minutos y no me pareció que valiera la pena ir allá únicamente por menos de una hora. ¿Se te perdió el tipo que andabas siguiendo o qué? Me figuré que te tomaría más tiempo.

- Te lo contaré cuando te vea. Escucha, me siento de humor para un largo paseo. ¿Se opondría eso con cualquiera de tus planes?

- No tengo ningunos planes que se opongan. ¿Cómo nos encontramos? ¿Debo ir allá mientras trabajas?

- Un cuerno, no. Yo tengo el coche. Me tomará una media hora poco más o menos el informe. Te recogeré entre las cuatro y media y las cinco.

- Bien. Estaré fuera.

- Magnífico. Nos veremos.

Bajé a la media y unos cuantos minutos después el Buick gris llegó y se paró en doble fila para que yo subiera.

- ¿Qué sucedió, tío Am? - le pregunté.

- Algo asqueroso muchacho. Me apetecería tomar una copa mientras platicamos. ¿Qué te parece el bar Tom, Dick & Harry? - me pareció estupendo, pues es nuestro favorito. Lugar tranquilo, sin sinfonola, televisión, ni ruidos aparte de murmullos de conversación.

Estacionamos el coche y entramos. A las cinco había lugar en donde escoger, tomamos nuestro preferido. Pedimos copas.

- ¿No lo perdiste? - comenté -. Si eso fuera, no estarías así.

- No lo perdí - contestó moviendo la cabeza -, pero está perdido. Ya lo conocía; tú también lo viste una o dos veces. Nunca supe su nombre completo, lo llamábamos Pritch, y a veces Little Joe. Joseph Pritchard no me dijo nada cuando lo oí por teléfono. Y no sabía que era cajero de banco, así que la descripción no me informó.

- Creo que lo recuerdo. ¿Solía tomar parte en alguno de los juegos de póquer en la trastienda de Rabinov?

- Sí. Partidas pequeñas. Nunca grandes. La clase de juego en el que se pierden o ganan diez o doce dólares en una noche. Y sabía que apostaba en las carreras: había un corredor que iba a recoger allí las apuestas. Pritch jugaba por diversión; uno o dos dólares promedio. Como yo juego. Pero esta tarde... - Se interrumpió cuando llegaron las copas -. Esta tarde perdió algo así como entre mil y mil quinientos. En apuestas de quinientos dólares en cada golpe. Y tuve que proceder, ¡maldito sea todo! De vez en cuando odio este trabajito, y ésta es una de las veces.

- ¿Proceder, cómo? Oh, informarle todo a la Phoenix Indemnity. Mira, tío Am, ¿por qué no lo tomamos desde arriba y te lo quitas de la cabeza? No cumpliste más que con tu tarea.

- Seguro, no obstante, en ocasiones eso duele. Un ejecutor público hace su trabajo cuando abre la trampa, mas le resulta algo terrible cuando conoce al individuo que está ejecutando. Aunque sepa que el hombre es culpable.

- Desde arriba - repetí.

- Muy bien. Me situé bien; como a la una salió de la casa, lo reconocí de inmediato, y subió a un Pontiac viejo estacionado junto a la acera. Sabía que me conocía de vista, aunque no supiera que era un detective, y lo seguí a cierta distancia.

»A la primera vuelta que dio me demostró que no iba en dirección del Parque Arlington; se dirigió hacia el Sur, en Clark, luego al Oeste, por División; poco después de Halsted disminuyó la velocidad, y consideré que andaba buscando un sitio para estacionarse. Halló uno y lo pasé cuando se encontraba ocupado retrocediendo; no me vio, pues.

»Tuve que avanzar otra media cuadra para hallar lugar para mí, y cuando me bajé del coche y miré para atrás, no logré verlo y creí que lo había perdido. Regresé lentamente, y cuando me encontraba enfrente de su coche, salió de una droguería quitando la cubierta a un puro y se alejó.

»Conservé esa distancia otros cincuenta metros, hasta la mitad de la siguiente cuadra y entró en una puerta al nivel de la acera. Cuando llegué allí me encontré con que era la entrada a algunos apartamentos en el segundo piso de una ferretería. Había cuatro buzones. Los nombres en tarjetas no me decían nada.

»Tenía que adivinar en qué dirección se iría cuando saliera, y calculé que las probabilidades eran de que regresara a su coche, así que me fui a dos puertas de la ferretería y comencé a ver los aparadores, vigilando de reojo la puerta. En los siguientes quince minutos entraron cinco hombres, y ninguno salió. Por la apariencia de los individuos empecé a tener el pálpito de que algo se efectuaba arriba, en uno de aquellos apartamentos. No iba a saber nada quedándome afuera. Por tanto...»

- Pero - lo interrumpí -, subiendo y mostrándote ya no podrías seguirlo después.

- Eso no era tan importante como saber lo que estaba haciendo allí. De todos modos, me acerqué un poco y comencé a estudiar a las personas que venían en ambos sentidos. Si veía a alguna que conociera, dirigiéndose a la entrada y podía detenerla antes de que entrar, lo conseguiría.

- Quince minutos y otros cinco tipos, y luego acerté. Gus Mowson. No sé si lo conoces; anda siempre en una u otra de las timbas en las que he jugado. Lo saludé con cordialidad y le expliqué que alguien me había informado que había alguna acción exacta y, si él la sabía...

»Por supuesto que sí sabía, el «despacho de carreras»; él iba para allá, y me llevaría, lo cual hizo.

»Tú conoces el escenario; has visto oficinas de carreras de caballos. Ésa era como cualquiera otra, aunque un poco más elegante que la mayoría que hubiera visto. Todavía no se juntaba mucha gente; unos cuantos más, además de los que había visto entrar. Era temprano; Arlington todavía no entraba. Era una hora más tarde en el Este, y una pista de Nueva York y otra en Florida estaban operando. Tenían línea telegráfica abierta y anunciaban los resultados en un pizarrón, para cada uno de los hipódromos.

»El cuarto, que fuera la cocina del apartamento, contaba con un pequeño mostrador; a él me encaminé y me encontré con Pritch estudiando un esqueleto de carreras y tomándose una copa. Nos saludamos, pedí una copa, y mientras el cantinero me la preparaba, le pregunté si había otros esqueletos; me contestó que en el cuarto del frente; allá fui a tomar uno, regresé a disfrutar

mi bebida y me puse a estudiar las carreras a un lado de Pritch. Para terminar...

- ¿Cómo te fue? - le pregunté -. Personalmente, digo.

- Perdí cincuenta. Pondré la mitad en la cuenta de gastos; eso es lo que hubiese podido haber perdido.

Hice seña a la mesera y ordené repeticiones. Cuando se retiró, pedí a mi tío que continuara.

- Así que Pritch estaba jugando grandes cantidades, ¡maldita sea! Realmente cantidades fuertes para un cajero de banco que probablemente gana menos de doscientos a la semana. Nunca lo vi hacer una apuesta de menos de cincuenta, y la mayoría de ellas fluctuaban entre cien y quinientos; ésta fue la mayor que lo vi hacer.

El tío Am golpeó la mesa, suavemente, con el puño.

- Está enganchado, ¡por Dios, está enganchado! No era su dinero el que estaba jugando; no podía haber sido. Está desfalcado quién sabe por cuanto, y se clava más para recuperarse. No pude seguir bien las cantidades, pero perdió por lo menos mil dólares. Tal vez el doble de eso.

- Entonces, ¿qué sucedió?

- Supongo que se quedó sin un céntimo. Sea como fuere, salió repentinamente. Nada más dijo: «Esto ya es bastante para mí, Am», y se marchó. Yo me quedé lo bastante como para que no pareciera que me iba porque él se había retirado. Hablé a la Phoenix Indemnity desde la droguería, e informé a Cogswell sobre el asunto. Regresé a la oficina pensando que tú hubieras podido terminar temprano en casa de los Dolan, e irte para allá. No fue así y aquí estamos.

- Se oye como que hiciste un magnífico trabajo.

- Sí, y me endilgaron una multa mientras me encontraba arriba. Era un medidor de una hora y estuve arriba como dos. ¿Tienes algo que hacer en la mañana?

- Nada. Si quieres iré a pagar para que podamos saber lo que le cargaremos a Phoenix.

- Lo haré yo. Abriré la oficina, te dejaré y me seguiré en el coche.

- ¿Comiste algo, tío Am?

- Nada más algo de las raciones de emergencia.

Éstas eran las que guardábamos en el compartimento de los guantes, para algo imprevisto. Comida concentrada; paquetes de nueces y pasas, chocolates y otros dulces. Cuando se va siguiendo a alguien, a veces pasan horas sin oportunidad de beber ni de comer nada, y no hay para qué padecer más de lo necesario. Cuando se ha tenido algo de experiencia, se piensa en posibles emergencias.

- Tendrás hambre probablemente - añadí -. ¿Por qué no pedimos un par de emparedados de bistec ya que estamos aquí? - Tom, Dick and Harry no es un restaurante completo, sin embargo, sus emparedados son de los mejores.

Estuvo de acuerdo y pedimos, además, otra copa, en tanto aguardábamos.

- Ed - me explicó el tío Am -, hay una maldita línea muy delgada entre que le guste a uno jugar y convertirse en jugador obligatorio, empedernido. Si alguna vez llego a cruzar esa línea, prométeme que me darás un balazo.

- Seguro - respondí.

- Hablo en serio, muchacho. El juego es casi tan malo como los narcóticos y peor que el alcoholismo. Aunque no es exactamente como ninguna de estas

cosas: resulta menos un deseo que una coacción. Y tiene todavía menos sentido que cualquiera de las otras, porque no tiene ningún significado. Un drogadicto por lo menos recibe placer físico de lo que hace, sin importarle cómo se sienta después.

»Espera un momento. Estoy pensando esto. Quizá el paralelo sea más exacto de lo que creía. Mira, Ed, un jugador empedernido no juega para ganar. No le importa un pito, si gana o pierde, excepto por lo que toca a que, ganando, puede seguir jugando. Juega puramente por la excitación de jugar, y nunca para detenerse cuando gana. No es el dinero sino la excitación de seguir jugando. Puede suspender temporalmente, si está ganando, cuando se termina la carrera o el juego; pero ese dinero no es para gastarse sino para arriesgarlo de nuevo en la siguiente oportunidad. Y si obtuvo una ganancia fuerte buscará apuestas mayores, o las doblará, hasta que pierde.

- Como la ruleta rusa, sólo que el tipo sigue apretando el disparador hasta llegar al cartucho.

- Y gana. Exactamente. Nadie juega a la ruleta rusa a menos que desee morir, y no tiene los riñones para matarse sin recurrir al juego.

- Una cosa acerca de la ruleta rusa - proseguí - es que cuando se llega al cartucho no tiene uno tiempo de darse cuenta.

- ¿La recomiendas, pues, como aventura o sólo pasatiempo?

Llegaron los bisteques y eso me salvó de tener que contestarle. El tío Am abalanzó con mucha hambre y yo supuse que se había olvidado de Joseph Pritchard; a la mitad de su acometida se detuvo y murmuró:

- Maldita sea, Ed. En cierto modo espero que esa auditoría muestre un desfalco.

No comprendí su punto de vista y se lo pregunté.

- Si ha estado robando recibirá el castigo que merece. Pero ¿qué si es honrado, si ha estado jugando su propio dinero y apostaba fuerte porque ha tenido una racha de suerte? Digamos que la última vez que estuvo allí acertó a cinco ganadores y salió con un par de miles de dólares. Entonces, lo que hizo hoy, se ajustaría al dechado de jugador empedernido.

- Y ¿qué, tío Am? A ti te contrataron para averiguar si estaba jugando fuerte. Tú lo averiguaste. Lo que la Phoenix Indemnity haga con tus informes no te incumbe a ti.

- No, pero si le cancelan la fianza, perderá su trabajo.

- Seguro, pero tú tienes que ver ese punto de vista. No pueden tomar el riesgo de dar fianza por ningún individuo que sea jugador en fuerte, empedernido o no. Y Pritchard sabe eso. Aunque haya estado jugando con su propio dinero, sabe que también ha estado jugando con su empleo.

- Sí, ¡maldita sea! Desearía haber sabido, cuando la Phoenix me ofreció el trabajito, que se trataba de alguien a quien yo conocía. Lo pude haber rechazado no por razones morales, sino por la razón válida de que es arriesgado vigilar a un conocido.

- Así que Harry Cogswell hubiera llamado a Starlock y la misma cosa hubiese ocurrido ¿no?

El tío Am no contestó; regresó a su emparedado.

Cuando vi que terminó le propuse.

- Bueno, ahora una última copa y el gran paseo.

- Ya no me siento tan deseoso de dar ninguna vuelta. Ed - murmuró tras pensarlo un momento -. ¿Por qué no regresamos a casa y jugamos una

partidita de gin rummy? Podemos comprarnos una botella, de pasada, y echarnos nuestros tragos mientras jugamos.

Capítulo 10

El gin rummy, a la manera como el tío Am y yo lo jugamos, a un dólar el punto, puede ser un juego muy enconado. Lo jugamos bastante durante los periodos de calma en la oficina, cuando ninguno tiene nada que hacer, y a veces en la casa para pasar la noche. A dólar el punto, no es inusitado que en una sola partida se ganen y pierdan mil dólares. Por supuesto, ninguno de nosotros puede permitirse el lujo de apostar tan elevadas, así que nada más llevamos la cuenta. Y cuando uno de los dos ha ganado al otro diez mil, cancelamos la deuda y comenzamos de nuevo, mas el perdedor tiene que pagar una cena para los dos en alguno de los mejores restaurantes de Chicago, y luego el teatro, si hay algo que valga la pena de verse, o un club nocturno con buena variedad. Es un buen sistema: una vez al mes, poco más o menos, nos proporciona una buena cena y una noche de diversión que, de otro modo, nos parecería que no podemos darnos el gusto de disfrutar.

El juego se estaba poniendo como si fuera a haber un largo intervalo para salir. Habíamos tenido el último dos meses antes, y desde entonces ninguno llegaba a los diez mil de ganancia. Yo había llegado a ganar al tío Am algo más de ocho mil; luego las cosas cambiaron de su lado y me ganó aquello y otros seis mil; pero mi suerte regresó y por el momento estábamos casi a mano.

El tío Am llegó con las copas y se sentó enfrente de mí, extendió la mano para cortar y ver quién daba, y la retiró.

- Ed, ¿cómo van las cuentas?

- Me vas ganando ochenta y dos dólares - le contesté.

- Eso nos pone casi al parejo. ¿Por qué no jugamos a diez dólares el punto el resto de esta serie? De otro modo se nos olvidará qué es una noche de diversión, tal como van las ganancias.

- Eso es ya de jugador empedernido, tío Am. ¿Te doy ahora el balazo o después?

Soltó una especie de estornudo grosero, y el teléfono repicó. Yo estaba más cerca y lo contesté.

- Habla Ed Hunter.

- Señor Hunter, soy Mike Dolan. Deseo darle las gracias por lo que hizo por mí anoche y por traerme a casa en lugar de llamar a la policía. Y quiero pedirle excusa por haberme metido en su cuarto.

- Está bien, Mike - respondí -. Acepto tus excusas y las gracias también, aunque no eran necesarias. Me limité a hacer lo que consideraba era lo mejor. Gracias por haberme llamado, Mike.

- Adiós, señor Hunter.

- Espera, Mike. En cualquier momento en que gustes visitarnos para conocer a mi tío, hazlo con toda libertad, ¿eh? Con tal de que recuerdes tocar. Adiós, Mike. - Y colgué sin esperar a que me contestar, porque sabía que necesitaría tiempo para pensar.

- ¿Quién de los otros Dolan te imaginas que el haya dado la idea de que te llamara? - inquirió el tío Am.

- ¿Por qué habría de importar eso? Creo que su madre.

- ¿Por qué?

- Ella es la que considera que el episodio está cerrado. Para Vincent Dolan todavía sigue abierto, hasta que haya llevado a Mike con el sicólogo; Ángela también lo cree porque fue la que averiguó lo del especialista. Pero supuesto que desea quitar importancia al incidente, por lo que respecta a su esposa, no le dice nada.

- Te me estás adelantando, Ed. Te he estado soltando mis propios infortunios y no te he preguntado nada acerca de los Dolan. ¿Qué hay de eso de un sicólogo? Esperemos que me lo cuentes antes de principiar a jugar.

Acerqué mi copa para darle un traguito y comencé a hablar. Condensé la conversación con Sylvia Dolan, por carecer de mucha importancia, excepto en lo relativo a que Mike era casi normal, hasta la aventura de la noche anterior, pero le detallé mi conversación con Vincent Dolan hasta donde la pude recordar. Cuanto terminé, asintió lentamente y murmuró.

- ¡Más y más curioso! - Extendió otra vez la mano para cortar, y luego la retiró -. Muchacho, sin bromas, ¿no crees que hace mucho tiempo que no salimos? Si las cosas siguen en esta forma tal vez no salgamos sino hasta el año próximo. ¿Por qué no subimos la apuesta en esta sola ocasión? Vamos haciendo una excepción.

- Nunca - me negué -. A dólar el punto ya es un juego muy enconado, no nos podemos permitir el lujo de diez. Te diré lo que haremos por esta única ocasión. Haremos las series por mil dólares, en lugar de diez mil. ¿De acuerdo?

El tío Am se me quedó mirando y se bajó un par de anteojos imaginarios para verme por encima de ellos.

- Muchacho, equivocaste tu vocación - me aseguró -. Debiste haber sido bautizado católico para que pudieras llegar a ser jesuita. Muy bien; cancelamos los ochenta y dos dólares que me debes, y empezamos de nuevo una partida hasta los mil dólares.

- Se echó para adelante y cortó un dos. Me empujó las cartas -. No te molestes en cortar, baraja y da. Necesito prepararme otra copa. ¿Quieres que te refresque la tuya?

Le contesté que no; mi vaso estaba a medias. Repartí cartas y jugamos tres juegos; me ganó los tres, aunque ninguno haya sido grande, y ya le debía quinientos cincuenta y cinco dólares. Después le gané doble el cuarto, y regresamos casi al principio, resultando obvio que ninguno iba a llegar a los mil en esa sesión, a menos de que jugáramos toda la noche.

El tío Am debe haberse sentido como yo, porque cuando repartí para el quinto juego me dijo:

- Un momento, Ed. Ninguno de los dos se está divirtiendo con esto. Tenemos demasiado en la cabeza. - Consultó el reloj -. Todavía no son las nueve. ¿Qué me dices de que siempre vayamos a dar el paseo? ¿Tienes ganas y te sientes bien?

Le contesté que sí; fuimos por el coche y la emprendimos hacia el Norte, a lo largo del lago, hasta Waukegan. Igual que la anterior, era una hermosa noche tibia. No hablamos mucho. Decidimos detenernos en el primer sitio en donde pudiéramos tomar un emparedado y una copa. Me detuve en el siguiente restaurante que tenía un letrero en neón: cócteles. Unas cuantas personas estaban de pie junto a coches estacionados, mirando hacia arriba y al Norte. Hicimos lo mismo; había una aurora boreal en el cielo. Ningún espectáculo muy

brillante, aunque sí bastante bello; una cortina delgada y grande de luz temblorosa. Parecía un cortinaje real, con pliegues de verdad en la tela. No era la primera aurora boreal que veía, pero sí la mejor, y algo inusitado por ser tan al Sur, y por la época del año. La contemplamos un rato, sin hablar, antes de entrar.

Tomamos un cubículo y pedimos; entonces el tío Am empezó:

- Deberías verlas en Alaska alguna vez, Ed. - Sabía que estaba hablando de la aurora boreal, pero lo miré con sorpresa porque no sabía que hubiese estado en Alaska. Seguramente hay muchas cosas del tío Am que no conozco, anteriores al momento en que nos asociamos tras la muerte de mi padre, cuando yo tenía dieciocho años.

- ¿Cuándo estuviste en Alaska? - le pregunté.

- ¿Muchacho, has oído hablar del Gold Rush?

- Ponte serio, ¿estuviste alguna vez allá?

- Seguro, muchacho. Con una feria. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, en 1946. Después de la escasez, los barcos se podían conseguir por una bagatela, y, en la primavera, el dueño de un carnaval de feria tuvo una idea brillante: compró una goleta y empezó a recorrer la costa desde Frisco hasta Alaska. Yo tenía una de las concesiones. Nunca llegué al interior de Alaska, nada más a la costa meridional, pero hasta allí, en el otoño se contemplan estupendas auroras. Bueno, aquí viene nuestro pedido.

Cuando salimos, las luces del cielo habían desaparecido.

Regresamos a casa como a la medianoche, y era la una cuando puse el despertador, para las ocho. Al apagar la luz y meterme en la cama, mi último pensamiento estaba fijo en el tema del tiempo, y cuando el tío Am murmuró: «Buenas noches», le contesté:

- ¡Por Dios, apenas veintiocho horas!

- Veintiocho horas ¿de qué?

- Hace veintiocho horas que oí sonar el apagador de la luz del corredor y vi desaparecer la rendija de la puerta. Hasta entonces nunca había oído hablar de los Dolan, excepto para conocer el nombre de Vincent Dolan. Veintiocho horas hace, y parece como un año. Bien, ¡buenas noches!

Si me contestó debe haber sido más de un segundo después, porque no lo oí. Me dormí como cuando se apaga la luz de golpe.

Dormí casi durante una hora.

Desperté un segundo o dos antes de que golpearan la puerta. Los sonidos anteriores no fueron fuertes, aunque sí bastante inusitados como para despertarme de inmediato. Era una carrerita por el corredor, hacia nuestra puerta; algo inusitado porque el ruido era de pantuflas de suela suave y no de zapatos. Y una respiración que era casi acezante. Luego la llamada, con los nudillos.

Salí de la cama, o los pies estaban fuera, cuando se oyó el golpeteo, y tenía abierta la puerta antes de la segunda llamada. Tras de mí, el tío Am había encendido la lamparilla, y había luz dentro y fuera cuando entreabrí la hoja.

Era Robert Sideco, el mocito filipino de los Dolan, con una bata llamativa sobre un pijama todavía más llamativo, y pantuflas, según había adivinado por las pisadas; con los ojos muy abiertos y el cabello alborotado. Su voz en falsete, casi histérica, tenía un tono más elevado que cuando la había oído una vez antes.

- Missa Dolan lo necesita. ¡Vengan aprisa, favor, los dos!

Volvióse para irse, pero le dije:

- ¿Qué sucedió? - con tanta energía, que me contestó por sobre le hombro.
- La señorita Ángela, lastimada. Ladrones.

Luego ya no quedó más que su espalda que se retiraba y los pasos empantufados en el corredor y escaleras abajo; para ese momento yo ya había cerrado la puerta y encendido la luz de arriba y me estaba vistiendo con la rapidez de un bombero y el tío Am estaba haciendo lo mismo.

Nos echamos encima lo primero que encontramos a mano, y no nos preocupamos de corbatas. Me maldecía por haberme llevado el revólver a la oficina par guardarlo con nuestras otras armas. No porque los ladrones en casa de los Dolan nos estuvieran esperando para entablar un combate a balazos, pero no sabía qué demontres sería en lo que nos estábamos metiendo, y me hubiese sentido mejor si cualquiera de nosotros hubiese estado armado. También maldecía en voz alta a Robert por haber dicho «la señorita Ángela, lastimada», y corres antes de que le preguntara qué tanto estaba lastimada; qué diablos era todo aquello y si Dolan había llamado a la policía y otras cosas más.

En la calle no corrimos - lo que pasó, pasó, y unos cuantos segundos no iban a significar ninguna diferencia -; pero sí caminamos bastante aprisa. Observé que el cabello del tío Am estaba casi tan alborotado como el de Robert; recordé que tenía un peine en el bolsillo, lo utilicé y luego se lo pasé.

Subimos los peldaños juntos y extendí un dedo en busca del timbre; el tío Am me detuvo:

- No llames, Ed. Mira, la puerta está entornada.

Empujó la hoja y entramos. Nadie estaba a la vista ni en el vestibulillo ni en las escaleras. La puerta de la oficina de Dolan, estudio, biblioteca, o lo que deseen llamarlo, sí estaba abierta y decidí que allí debería estar él y para allá me dirigí. Sí estaba y oyó nuestros pasos, porque nos llamó:

- ¿Ed? ¿Am? ¡Aquí! - antes de que llegáramos al vano.

Se encontraba sentado tras de su escritorio y vi que en él estaba una pistola, una automática treinta y dos, sobre la carpeta con secante, enfrente de él. Llevaba puesta una estupenda bata de brocado. El rostro parecía como de granito.

Le pregunté la cosa más importante primero:

- ¿Cómo está Ángela? ¿Está seriamente lastimada?

- No seriamente - contestó meneando la cabeza -. Le dieron un par de puñetazos. El doctor estará aquí en unos momentos.

- ¿En dónde está?

- En su habitación. El ama de llaves está con ella. ¿Vienen armados?

Le expliqué que nuestra artillería estaba en la oficina.

Utilizó una llave, y abrió un cajón inferior del escritorio y sacó otra pistola igual a la que había sobre el secante.

- Tome una cada uno de ustedes - nos pidió -. Con ustedes armados yo no necesitaré ninguna. George Steck estará aquí en diez o quince minutos y entonces habrá otra.

- ¿Cree usted que el ladrón esté aquí todavía?

- Ladrones, plural, si es que era eso. Son dos. No, no creo que anden todavía por aquí, no obstante vamos a registrar la casa desde el sótano hasta las buhardillas para asegurarnos. Am, usted...

- ¿Viene la policía? - lo interrumpí -. ¿La llamó?

- No. Nosotros podemos manejar este asunto. No vamos a comenzar el registro sino hasta que el doctor esté aquí y llegue George, para que seamos cuatro. Am, vaya usted a la puerta posterior y quédese allí. No se fueron por ahí, porque tiene cerrojo por adentro; lo comprobé. Vea que nadie salga.

El tío Am asintió con la cabeza y tomó una de las dos pistolas. Comprobó que tenía cartucho en la cámara y después examinó el seguro. Hice lo mismo con la otra y la guardé en el bolsillo.

- ¿Hago lo mismo con la puerta de enfrente?

- Si se queda en el vano puede vigilar la puerta y conversar. La tuve un poco entreabierta para que ustedes pudieran entrar sin llamar. ¿La dejaron del mismo modo?

- Sí, ¿Por qué?, ¿Mike? - él asintió.

- Probablemente no despertaría, pero pudiera. Sería mejor que la abriera un poco más, para estar seguros de que ni el doctor ni George tocan el timbre.

Lo hice y regresé al vano de la puerta. Cuando llegaba, Robert apareció a mi vista en lo alto de las escaleras, y Elsie, la sirvienta, con una bata de franela y frotándose los ojos, soñolienta, lo acompañaba. Bajaron, pasaron junto a mí, y oí a Dolan que le preguntaba:

- ¿Elsie, oyó usted o vio algo extraño esta noche?

- No, señor.

- ¿A qué hora se acostó?

- Como a las once, señor Dolan, calculo.

- ¿Durmió hasta que Robert tocó a su puerta hace poco?

- Sí, señor.

- Bien, Elsie, puede volver a la cama. Mucho me temo que la tendremos que volver a despertar una vez más muy pronto; sin embargo, no hay nada por qué preocuparse. Vamos a registrar la casa a conciencia hasta las habitaciones en donde esté durmiendo gente. ¿Me entiende?

- Sí, señor Dolan. Robert me contó lo que sucedió, después de despertarme, ¿Está bien la señorita Ángela?

- Gracias, Elsie. Sí está bien. Robert, acompaña a su cuarto y luego anda la de la señorita Ángela y pregunta a la señora Anderson si puedes ayudarla en algo. Si no hay nada, puedes irte a tu propio cuarto y esperar allí. Ya te llamaré si te necesito.

Pasaron junto a mí, al regreso, y yo pregunté a Dolan:

- ¿Cree que habrá tiempo ahora para que usted me diga lo que sucedió, desde el principio?

- Probablemente. No hay mucho qué contar. - Consultó su reloj -. Cinco minutos después de las dos, ahora. Debe haber sido como a los diez para las dos. Estaba profundamente dormido cuando Ángela entró de golpe en mi cuarto, llorando y...

- Un momento - interrumpí -. Se acaba de detener un coche en la puerta.

Capítulo 11

Me dirigí a la entrada y abrí. Un hombrecillo, con un maletín bajaba de un coche. De seguro había estado aquí antes, porque se encaminó directamente a la puerta y pasó junto a mí haciendo un simple movimiento de cabeza, sin preocuparse aparentemente por quién fuera yo o qué estuviese haciendo ahí.

Para entonces Dolan ya había salido del estudio.

- Por aquí, doctor - y enderezó rumbo a las escaleras.

Salí y me quedé un momento en el peldaño superior viendo si venía el coche de Steck por alguna parte, pero ninguno aparecía a la vista. La noche se sentía agradable, y allí me quedé unos cuantos minutos hasta que percibí un ruido tras de mí y me volví. Dolan bajaba las escaleras. Regresé y entrecerré la hoja.

Entró en su estudio de nuevo, pero en esta vez no se sentó tras el escritorio, sino en una de sus esquinas, y yo ocupé mi puesto en el vano. Entonces empezó:

- Creo que tendré tiempo de acabar de hablar antes de que George llegue aquí. Vive a una buena media hora de distancia, aunque sea con el poco tránsito de pasada la medianoche. ¿En dónde estaba? Oh, sí, como a los diez para las dos. Estaba dormido...

- Un instante, señor Dolan - le pedí. -. ¿Quisiera comenzar un poco antes de eso, digamos como a la hora en que se retiró? Para que yo sepa quiénes estaban en la casa, todavía levantados, y otras cosas por el estilo.

- Muy bien. Me retiré un poco más temprano que por lo regular, como a las once. Todo mundo se encontraba en casa, a excepción de Ángela. Está metida con un grupo teatral de aficionados de la universidad, no como actriz, sino ayudante del director, y ensayaron hoy en la noche. Nos había dicho que probablemente no regresaría sino a la medianoche o un poco después.

»No, sé si yo fui el último que estaba despierto, pero sí el último que andaba todavía en pie. Mike dormía; lo fui a ver antes de retirarme. Sylvia se había llevado una botella a su habitación inmediatamente después de que acostaron a Mike. Entonces es cuando bebe fuerte, ya bastante tarde. Dice que no puede dormir y que se quedaría despierta toda la noche si... Bueno, de todos modos, estaba en su cuarto. Examiné las dos puertas para asegurarme de que estaban con llave, antes de subir.

- ¿Y la posterior con cerrojo?

- No. La llamada puerta posterior no conduce a ninguna parte del exterior; da para un garaje, de dos coches, que hice construir atrás del edificio. Angie y yo guardamos nuestros coches allí. Ella llevaba el suyo, por supuesto, lo guardaría en el garaje y luego entraría por esa puerta posterior. Cuando lo hace le pone cerrojo, a menos que mi coche no esté allí y sepa que yo estoy fuera con él.

- ¿Le puso cerrojo esta noche?

- Tiene cerrojo. Debe haberlo corrido cuando entró. ¿En dónde estaba yo? ¡Oh!, en que me iba a meter a la cama. Los tres sirvientes se encontraban en sus cuartos; dormidos o no, lo ignoro. Sus habitaciones están situadas en el tercer piso; todos nosotros tenemos una alcoba, por separado, en el segundo.

»Así está el cuadro cuando me fui a dormir. Angie dice que regresó a casa alrededor de la medianoche, se acostó y se durmió. Su cuarto está contiguo al mío.

»Es ligera de sueño y un ruido la despertó. Se sentó en la cama cuando vio que la puerta de su habitación se estaba abriendo. Dice que no se asustó al principio; su primer pensamiento fue que yo estaba viendo si había regresado bien y entonces charlar un momento. Sacó los pies de la cama, se levantó, extendió la mano en busca de la bata que colgaba en el poste... y dos hombres entraron en el cuarto. Ellos...

- ¿Qué tanta luz había?

- Insignificante. No estaba por completo a oscuras, sin embargo, apenas los podía distinguir como sombras. No le será posible identificarlos. Lo más que le es posible hacer, por lo que toca a una descripción, es que uno de ellos era de tamaño regular y el otro un poco más alto. Cree que usaban ropas oscuras; el que la golpeó traía puesta una camisa blanca; pescó un reflejo blanco cuando se volvió para encarársele. Cree que los dos usaban sombrero, aunque ni siquiera de eso está segura.

»Así que uno de ellos giró y la vio parada junto a su cama (el pijama blanco habría facilitado verla en la oscuridad), dio un paso y le lanzó dos puñetazos. El primero, probablemente con la izquierda, le dio en el ojo derecho; tendrá un buen moretón para mañana. Y el segundo la alcanzó en la mandíbula del lado izquierdo.

»Si hubiese sido un rechazazo directo, probablemente la hubiera hecho perder el sentido, pero como fue, la arrojó a través de la cama que acababa de abandonar. Viendo estrellitas, más consciente todavía. Sólo que ella hizo lo más inteligente que pudo haber hecho: se quedó quieta como si estuviera inconsciente. Me contó que su mente trabajaba velozmente y se figuró que probablemente habían ido a matarme, lo cual resulta lógico. No es que yo tenga enemigos que yo sepa, Ed, pero, ¡maldita sea!, se compagina con lo que Mike oyó y... ¡infierno, no es lógico que vinieran en pos de ella!

- A menos que vinieran a secuestrarla - sugerí.

- No pensó en esa posibilidad, supongo. Imaginó que me andaban buscando a mí y habían entrado en su cuarto por equivocación. Su plan era esperar hasta que hubieran salido, y luego llegar a la puerta y echarle llave. Una vez que estuviera a salvo tras una puerta cerrada, iba a comenzar a dar gritos para advertirme antes de que pudieran llegar a mi habitación.

- ¡Muy inteligente! - comenté -. Lo mejor que pudo hacer, pero...

- Pero no lo hizo, no. Los individuos no cerraron su puerta después de salir, sino que la dejaron un poco entreabierta. Así que cuando llegó a ella los pudo oír, y lo que oyó fueron sus pisadas que bajaban las escaleras; no en dirección de mi cuarto. Esperó un minuto hasta que estuvo segura de que no la podían ver; entonces se dirigió a mi habitación y me despertó.

»Ya estaba deshecha para entonces, y lloraba, y me tomó quizá un minuto saber lo bastante para que me permitiera reflexionar en lo que debía de hacerse. Luego tomé una pistola y corrí escaleras abajo. Cuando llegué abajo la puerta de enfrente estaba entornada y tal vez se habían marchado.

- ¿Quiera registrar la casa de todos modos?

- Seguro, en cuanto George llegue y seamos cuatro. Le dije que trajera una pistola más.

- Usted guarda (guardaba) una pistola encerrada en un cajón de su escritorio, aquí, y la otra arriba, en su cuarto. ¿Sabe algo Mike acerca de ellas?

- No, no sabe que haya ninguna pistola en casa. La que tengo en mi alcoba no está bajo llave, mas la guardo en un sitio en donde nunca pensará en buscar, aun cuando supiera que tengo en mi poder un arma.

Me figuré que oía un ruido atrás de mí, y me di vuelta para ver. El doctorcito venía bajando las escaleras. Hice un ademán a Dolan y me aparté para dejar que pasara el doctor, quedándome más allá de vano por si quería cerrar la puerta y hablar en privado. No lo hizo.

- Nada serio, señor Dolan - informó con agrado -. Además de lo que me dijo usted. Un moretón en un ojo y un pequeño dolor en la mandíbula.

- ¿Está seguro de que no hay nada roto?

- Completamente. Si desea asegurarse más, puede hacer una cita con un dentista, en el curso de los siguientes días, para que le examine los dientes de ese lado. Pero ninguno parece suelto.

- ¿Ninguna razón para que vaya a su consultorio par un examen más minucioso?

- Ninguna razón. Le di un sedante y se dormirá antes de que pase una hora. No se le ve trastornada mentalmente, no obstante, probablemente sería buena idea hacer que alguien se quedara con ella hasta que durmiera. Su ama de llaves parece bastante competente en ese sentido.

- Muy bien - asintió Dolan -. Sus clases de mañana. ¿Cree usted que deba asistir a ella o quedarse en casa?

El doctor se encogió de hombros.

- Si ella lo desea, no hay razón para que no asista. Tal vez tendrá que ponerse gafas oscuras a causa de ese moretón. O le puedo recomendar un cosmetólogo que se lo pintará muy bien. No traigo su número conmigo; si lo desea, me puede llamar a mi consultorio mañana.

Me encaminé hasta la puerta con el doctor, para ver que no la cerrara, y al estar allí eché otro vistazo al exterior, cuando subía al coche. Todavía ningún signo de George Steck.

Regresé al vano de la puerta.

- Este tipo Steck - le pregunté - ¿confía usted en él, señor Dolan?

- Hasta cierto punto. ¿Por qué?

- Nada más me estaba preguntando si deseaba usted realmente que viniera para acá, o si lo llamó por teléfono para asegurarse, en parte, de que se encontraba en realidad en su casa, a media hora de distancia, cuando ocurrió el ataque.

- No daña estar seguro de una cosa, ¿verdad? No hay, que sepa, ninguna razón por la cual hubiera él estado aquí o deseara atacar a Angie.

- Sin embargo, la posibilidad le entró en la cabeza - proseguí -. ¿Y qué respecto a los Hunter? ¿Envió a Robert en lugar de telefonar, para que viera si estábamos en cama y no todavía levantados y vestidos?

Soltó una risita que casi semejava un ladrido.

- Vamos, eso no se me ocurrió. No, envié a Robert porque tenía que llamar al doctor y a George, y calculé que llegaría más aprisa que una tercera llamada. Además, me desembarazaba de Robert en tanto hacía las otras llamadas.

- Fue muy aprisa, en verdad - comenté -. ¿Va a cambiar sus proyectos todo este incidente, señor Dolan?

- ¿Proyectos acerca de qué?

- De llevar a Mike con un sicólogo mañana. Seguro ahora ya no parece que hubiera estado soñando o imaginando cosas ayer en la tarde.

- ¡Por Dios que no! Ángela de seguro tampoco estaba soñando o fantaseando esta noche. Si le hubiera visto la cara...

Seguro que me hubiera agradado hacer precisamente eso y oír su versión de primera mano. Mas no había ninguna excusa razonable par que yo solicitara hablar con ella, especialmente si le habían dado un sedante.

- Sí - suspiró Dolan -, esto cambia las cosas acerca de la versión de Mike. No, no lo llevaré mañana, o, por lo menos, hasta que averigüe lo que hay

detrás de esto... ¡Maldita sea! Quisiera que George llegara para que pudiéramos empezar... - y consultó el reloj.

- Escuche, señor Dolan - le manifesté -, eso de registrar la casa está bien, sin embargo, ¿no cree que andamos medio descaminados?, ¿no sería mejor que discutiéramos este asunto y viéramos si alguien tiene la menor idea de quiénes eran esos hombres y qué demontres quieren o querían aquí? Probablemente ya se hayan marchado y no hay ninguna prisa. Si no se han ido, si permanecen ocultos en algún sitio, tampoco hay prisa; y no sé por qué imagina usted que puedan estar. Pero... un momento. Un coche se detiene.

Me dirigí a la puerta de entrada. Un «Caddi» se encontraba junto a la acera, en donde el coche del doctor se había estacionado y dos individuos bajaban. Uno era George Steck, el guapo, el grande, a quien viera yo brevemente la noche anterior; el otro hombre era un poco mayor, corto (por lo menos comparado con Steck), y con la extraña combinación de un cuerpo delgado y un rostro de luna llena. Me parecía vagamente familiar, como alguien a quien hubiese visto antes, pero a quien no podía situar. Me lanzó una mirada fría, como si él también me hubiese visto antes, y esperó hasta que Steck se le acercó, dando vuelta desde el asiento del conductor.

Steck se detuvo al pie de los tres escalones y me contempló sin placer ni animosidad.

- Usted es, déjeme ver, ¿Ed Hunter? ¿Qué está haciendo aquí?

- Lo mismo que usted - repuse -. El señor Dolan me mandó llamar. Está esperando en el estudio.

Me hice a un lado para dejarlos pasar, luego cerré la puerta y fui tras ellos hasta mi puesto en el vano.

Dolan se encontraba de nuevo sentado tras su escritorio.

- ¡Hola, George! - a Steck y después -: ¡Hola, Ernie! - al otro individuo, regresando a Steck -: Me agrada que lo hayas traído, ¿cómo sucedió? ¿estaba contigo cuando llamé?

Steck meneó la cabeza.

- Me dijo que trajera una pistola extra. Vince, pero me colgó antes de que pudiera preguntarle si quería decir una pistola o una con alguien que la empuñara. Ernie vive apenas a unas cuantas cuadras de mí, y en el mismo camino, así que jugué a la segura en ambos casos. Traje esto - sacando una automática cuarenta y cinco del bolsillo lateral de la americana y entregándola a Dolan por la culata - y recogí a Ernie también. Trae su propia arma.

- Muy bien - asintió Dolan -, entonces sumamos cinco armados y eso será suficiente.

Steck me miró sobre el hombro y luego regresó a Dolan la vista; su expresión debe haber interrogado quién era el quinto, porque Dolan contestó la pregunta.

- El tío y socio de Ed. Está vigilando la puerta posterior y...

Yo fui quien interrumpió en esa ocasión. Había percibido un sonido que provenía de las escaleras, al extremo del vestíbulo, y me hice atrás para ver qué era. Dos mujeres venían bajando la escalera.

Ángela traía puesta una bata azul pálido sobre sus pijamas blancas; una venda de gasa diagonal rodeando la cabeza, que le cubría el ojo derecho, contrastaba fuerte y hermosamente con el color negro, casi azulado, de su cabello. El rostro se le veía un poco pálido, lo cual hacía resaltar lo rojo algo hinchado del lado izquierdo de la mandíbula. El ojo visible refulgía bien

despierto, y se había tomado la molestia de aplicarse lápiz de labios antes de bajar. ¿Por mí?, me preguntaba. Su padre debía haberle dicho que nos había mandado llamar, antes, o después de hacerlo.

Siguiéndola, y con apariencia de desaprobación, venía una mujer gruesa, con cabello gris. Sin duda el ama de llaves, la señora Anderson.

Me asomé al estudio el tiempo suficiente para decir:

- Aquí viene su hija, señor Dolan.

Se levantó y empezó a dar la vuelta al escritorio en el momento en que yo retrocedía un poco para dejarla pasar. Me sonrió murmurando un saludo:

- ¡Hola, Ed Hunter! - Muy buen detalle, pensé.

- ¡Hola, señorita Dolan! - contesté.

Llegó al vano al mismo tiempo que Dolan, y por el momento le cerró el paso.

- Ángela - le dijo -, debías haberte quedado arriba tratando de dormir. El doctor Agnew te dio un sedante y...

- Vamos, papá - protestó -, después de lo que aconteció tengo derecho a saber qué está pasando. - La voz se oía débil, aunque firme -. Estoy absolutamente despierta y me siento muy bien. Ese sedante no me va a hacer ningún efecto inmediato, si es que me hace alguno. Por otra parte, una de las razones por las que bajé es a tomarme una copa, y bien fuerte. Eso me ayudará muchísimo más a dormir que seis sedantes.

- Pudiste haber enviado a la señora Anderson por una - gruñó.

- Si no le hubieras pedido que no me dejara sola bajo ninguna circunstancia, lo pude haber hecho. Además, deseo saber qué es lo que está pasando. Soy libre, y de edad, y estoy mezclada en esto, así que agrada saber.

El señor Dolan se dio por convencido y retrocedió.

- Hola, George, hola Ernie - murmuró con una ojeada en torno -. Pensé que habías enviado a buscar a los dos Hunter, papá. ¿No estaba disponible el tío de Ed?

Yo contesté en lugar suyo, con una ligera broma.

- Lo han desterrado a Siberia, señorita Dolan. Está cuidando la puerta de atrás.

Inició un movimiento hacia la silla de junto al escritorio pero se detuvo y se volvió.

- Entonces voy allá a presentarme. Me prepararé la copa mientras estoy allá, ¿eh, papá?

- Muy bien - le contestó Dolan -: pero regresa cuanto antes. Quiero que se registre esta casa. Ed, vaya usted con ella y vea que no se quede allí más de un minuto. George, tú toma el sitio de Ed en el vano de la puerta. Nada más asegúrate de que nadie pasa ni sale por la puerta de enfrente.

Capítulo 12

Ángela pasó junto A MÍ y la seguí por el vestíbulo. Tras de mí escuché a Dolan que indicaba al ama de llaves:

- Ya puede regresar a su cama ahora, señora Anderson. Gracias por habernos ayudado. Y, ¡ah!, en camino, ¿quiere ver a Mike y asegurarse de que está bien dormido?

Ángela se encaminó al cuarto de estar y yo la seguí. Creí que se detendría en el gabinetito de los licores; no lo hizo, debe haber adivinado que lo pensé, pues me explicó:

- Hay licor en la cocina, Ed. No vale la pena perder el tiempo aquí.

Atravesó el cuarto; una entrada sin puertas nos condujo a un comedor grande y continuamos a lo largo de la mesa hacia otra puerta en el extremo contrario. No había luz, pero nos llegaba bastante del recibidor para ver por dónde íbamos.

Caminaba a dos pasos tras Ángela, cuando, como a medio camino, se detuvo de pronto y se volvió, estaba en mis brazos sin que yo pensara siquiera en ello, y los de ella me ceñían el cuello.

- Oh, Ed - susurró -, abrázame un momento. Tengo miedo. He estado fingiendo que no, pero sí tengo.

- No me llama la atención, encanto - le contesté -. ¿No tienes la menor idea de quiénes hayan podido ser esos hombres, y para qué vinieron?

- Ojalá y lo supiera. Es tan... falto de sentido. Deben haber tenido alguna razón para venir, no obstante, cuando me golpearon y fingí que estaba inconsciente, ¿por qué no me amarraron, me amordazaron y continuaron con... con lo que intentaban hacer?

Yo me había estado preguntando eso, mas no tenía ninguna respuesta para ella. Ninguna en absoluto. Dolan debe de haber pensado acerca de ello, y ser ésa la razón por la cual lo asaltó la idea de que posiblemente los hombres continuaban todavía aquí ocultos en alguna parte, aguardando. Y aquella abierta de puerta de entrada, ¿no hubiera sido natural y fácil tirar de ella y cerrarla tras quienesquiera para detener cualquier persecución durante un segundo o dos, y hacer menos sencillo el camino que hubieran seguido?

Hubiese sido muy fácil para ellos abrirla, hacer aparecer como si por allí se hubieran marchado, y luego regresar a ocultarse en la casa. Tuvieron bastante tiempo. Ángela estaría en el cuarto de su padre para cuando ellos llegaran al pie de las escaleras, y a Dolan le habría tomado por lo menos un minuto sacarle algo de la historia, especialmente si había estado llorando, y luego decidir cómo obrar, tomar la pistola del sitio en que la guardara en su alcoba y bajar con ella.

Sin embargo, en estos instantes, lo que había que hacer era tranquilizar a Ángela, así que le dije:

- Sea lo que fuere, Ángela, no creo que debas ya tener miedo por nada. Tuvieron oportunidad de lastimarte seriamente, y no lo hicieron. Además, ahora tu padre está con ojo avizor; no correrá ningún riesgo. Quizá lo de hoy no hubiese acontecido si hubieran creído lo que Mike contó que sucedió ayer en la tarde.

Asintió con la cabeza, lentamente, como si la hubiese tranquilizado por lo menos un poco.

- Bésame una vez, Ed, y luego seguiremos.

La besé. Un beso bastante largo y muy dulce. Ternura en lugar de pasión. Me contestó en la misma forma. Después se encaminó a la puerta del otro extremo del comedor. Conducía a una despensa la cual se abría a una cocina moderna y bien equipada. El tío Am se puso en pie cuando entramos; había estado sentado en una silla apoyada contra la entrada posterior que vigilaba.

- ¿Am Hunter? Soy Ángela. Ed me ha contado muchas cosas acerca de usted y me parece exactamente igual a como me lo describió.

Cruzó rápidamente hacia él y le tendió la mano. El tío Am esbozó una sonrisita al tomársela.

- ¿Así de malo me veo? - preguntó.

- Así de bueno - contestó -. Soy yo la que debo excusarme por el modo como me veo en este momento. Sin embargo, no lo hice.

- Ángela - interpose para impedir lo que pudiera decir el tío Am como cumplido -, dime en dónde está el licor y te prepararé la copa.

- Los vasos, allí - empezó señalando con la mano -, el whisky allá y el hielo y la soda aquí, y prepara tres, si quieren beber ustedes conmigo.

Empezaba a decir que sería mejor que no, pero el tío Am se me adelantó.

- Chica, creo que podría utilizar un trago de whisky puro. Estoy todavía medio dormido y eso me despertaría, espero.

Por tanto, si él iba a tomar una copa, también yo la tomaría, decidí. Hallé una botella de «Jack Daniel» y serví un buen medio vaso para Ángela, y dos copas pequeñas para nosotros. Llevé el suyo a Ángela y el tío Am fue a recoger el suyo.

- Por nuestro conocimiento - y brindó con ella.

Bebimos, nosotros de un golpe y Ángela a sorbos.

- Acabo de darme cuenta de lo que dije - echóse a reír el tío Am -. No había sabido nada de su existencia hasta apenas hace un poco más de veinticuatro horas. Parece imposible. - Dejó la copita y se volvió hacia mí -. Muchacho, ¿qué ha estado sucediendo? ¿cuánto voy a estar metido aquí, lejos de todos?

Lo puse al corriente con brevedad, y añadí:

- Probablemente deseará que permanezcamos en guardia en las puertas. Veré que entre usted en los acontecimientos en cuanto haya terminado el registro.

- Me alegro de haberlo conocido - manifestó Ángela al tío Am -, aunque haya sido por un minuto. Mi papá probablemente me habrá enviado a la cama para cuando salga usted de Siberia, como dijo Ed.

- Gracias, Ángela. Confío en que nos veremos de nuevo. - Se volvió hacia mí -. Muchacho, antes de que llegues a ese lugar será mejor que te limpies los labios.

Murmuré gracias, saqué el pañuelo y me froté con fuerza. Pero no apareció ningún color rojo y Ángela se rió. Si no fuera un lugar tan común, diría que su risa se oyó como el tintinear de unas campanillas de plata. ¡Un cuerno!, lo diré de todos modos porque así fue como sonó, sea o no lugar común.

- Ed, tu tío Am te ha hecho tonto y obligó a descubrirnos. No tienes lápiz de labios; esta clase no se desprende.

Puede ser que no hubiera ninguna mancha en mi pañuelo, pero por la temperatura de mi cara, sabía que estaba muy roja. Rezongué al tío Am, que sonreía como un gato de porcelana, y me fui tras Ángela que se encontraba casi en la puerta.

Se volvió antes de salir.

- ¡Am! ¿Puedo hacerle una pregunta?

- Seguro - asintió con la cabeza.

- ¿Quién echó el costal de arenita, dentro de la pianola chiquita de la señora Murphy?

- ¿Quién puso el pájaro volador dentro del reloj despertador de la señora Murphy?

- Usted gana este punto - concedió con un ligero mohín -. Ya buscaré uno mejor la siguiente vez. Estoy pescando la idea.

Entró en la despensa y la seguí. Tras de nosotros podía oír al tío Am graznando una sonrisita, y supe que le había gustado.

No se detuvo hasta regresar al estudio. Dolan estaba sentado de nuevo ante el escritorio. Steck en le vano, pero entró para dejar pasar a Ángela y yo tomé el puesto de vigilancia. El cara de luna llamado Ernie se encontraba sentado cómodamente en un sillón, pero se levantó rápidamente para dejarlo a Ángela.

Dolan gruñó algo acerca de haberse tardado mucho; luego se calmó y le palmeó el hombro al ponerse en pie.

- Estuvo bien, encanto. Me dio tiempo para explicar a George y a Ernie los detalles de lo que ocurrió. - Volvióse hacia mí -. Ed, usted se queda en donde está y dejaremos a Am en su sitio. Comenzaremos con la parte superior y después iremos bajando.

- ¿Por qué no primero el sótano? - indagó Steck -. Si están ocultos, ése es el lugar en que más probablemente estén. No tomarían el riesgo de regresar por las escaleras después de que Ángela los oyó.

- Mucha verdad, pero si están allí, nos esperarán. Prefiero empezar por arriba, porque probablemente ninguno de los sirvientes se ha vuelto a dormir todavía, y puedo revisar sus cuartos sin tenerlos que despertar otra vez. ¿Alguna otra sugerción?

- Una - murmuró Steck -. Si ese detective de la cocina está cuidando la puerta posterior, puede abrir la que da la cubo de la escalera hacia los peldaños de atrás. Si se estaciona allí puede ver la puerta que cuida, y también que nadie suba o baje por esos peldaños. No queremos revisar arriba y que luego alguien suba allá desde el sótano mientras registramos este piso.

- Magnífica idea, George. Iremos allá a explicarle eso primero, luego subimos por la escalera posterior y empezamos arriba.

Me hice a un lado para dejarlos pasar; Dolan venía al último y se detuvo en el vano para una palabra final a Ángela.

- Encanto, ahora que estás aquí, prefiero te quedes hasta que terminemos los pisos superiores. Después, cuando subas para acostarte, sabremos que está segura, para ti, la parte de allá. ¿No tienes sueño todavía, verdad?

- Me siento muy bien, papá - contestó -. No te preocupes por mí.

- Muy bien, hija mía; no nos tomará mucho. - Volvióse, se reunió con los otros dos, y oí que les decía -; Déjenme ir primero. Am no conoce a ninguno de ustedes dos, y no queremos tiroteos por equivocación. - Luego se perdieron las voces.

Me apoyé contra la chambrana y pregunté a Ángela si le dolía mucho la cara.

- No mucho, Ed. El ojo me palpita un poco, pero no tan fuerte como antes. El doctor me puso una especie de compresa. - Tocóse un lado del rostro con las yemas de los dedos -. La mandíbula está un poco lastimada al tacto; no más. Supongo que tendré que comer comida blanda un día o dos.

- Ángela - le pregunté - ¿cuál es tu opinión de cómo estos individuos pudieron entrar?

- Con una llave, por supuesto. No hay otro modo, Ed. Esta casa tiene acondicionamiento de aire, y las pocas ventanas del frente y de atrás se encuentran selladas.

»Probablemente entraron por la puerta de la calle. Yo eché cerrojo a la posterior cuando entré a medianoche, así que, salvo que se metieran antes y se ocultaran por lo menos dos horas, tuvo que ser por enfrente.

- No veo por qué hubieran tenido que esperar dos horas. O, en todo caso, por qué estarían ocultos ahora.

- Probablemente no lo están; no obstante, puedo comprender el punto de papá que desea estar seguro ciento por ciento. Yo misma me sentiré mejor cuando sepamos que ya se marcharon.

- ¿Cómo pudieron haber conseguido una llave? No me imagino que tu papá las reparta con descuido.

- Desde luego que no. Mas con siete juegos de llaves rodando por ahí, no sería difícil para alguien apoderarse de una, tiempo para obtener un duplicado, o tomar por lo menos una impresión de la que se pudiera hacer.

- Podría ser - comenté -, e imagino que tu padre hará que cambien las cerraduras mañana mismo.

- Si a él no se le ocurre, se lo voy a sugerir. También que no dé las nuevas llaves a todos nosotros. Será molesto tener que abrir la puerta a todo el que llame, pero lo podremos soportar algún tiempo. Voy a hacerle otra sugerión; un cerrojo para la puerta principal. Entonces el último lo corre y nosotros haremos lo mismo el de atrás. Si hubiese habido uno ahora, papá pudo haberlo echado cuando se fue a la cama anoche, supuesto que sabía que yo iba a entrar por el garaje, y probablemente no hubiéramos tenido visitas.

Le contesté que también eso me parecía lógico; entonces oímos un ruido y nos volvimos. Dolan comenzaba a bajar las escaleras con George Steck y Ernie tras él. Cuando llegó al pie dio media vuelta y escuché que les decía:

- Bien, ocúpense ustedes de este piso; deseo hablar con Ángela unos momentos.

- Muy bien - contestó Steck -. ¿Después seguimos para abajo o esperamos por usted en los escalones del sótano?

- Espérenme. Llegaré allí en unos cuantos minutos. Dolan se me acercó y yo entré para dejarlo pasar.

- Bueno, ya está todo registrado arriba.

- ¿Está Sylvia sin novedad? - le preguntó Ángela.

Asintió con un movimiento de cabeza.

- Debe haberse tomado un trago o dos más de lo acostumbrado porque ha dormido profundamente durante todo esto. Ni siquiera despertó cuando revisé su habitación.

- Pobre Sylvia. Eso me recuerda, papito, ¿puedo tomar otra copa ahora? - Tendió su vaso -. Ed me la puede preparar mientras tú estás aquí.

- Seguro, con mucho gusto - le aseguré, acercándome y recibiendo su vaso -. Mientras yo la preparo, éste sería un buen instante para presentar a tu padre las sugeriones acerca de las cerraduras y las llaves.

Me hizo señas de que sí, y ya estaba haciéndoselas explicándole su punto de vista cuando salí. Dolan se fue en cuanto yo regresé con la bebida.

Ocupé ese rato en pedir a Ángela que me diera su versión, de primera mano, de lo que había acontecido en su cuarto; no varió en ninguna forma de la que ya había oído a Dolan.

Como diez minutos más tarde regresaron de su registro del sótano. Ya el tío Am los acompañaba; por fin lo habían liberado de su destierro en Siberia.

Capítulo 13

Eran las tres y treinta, como una hora y media después de que toda la excitación comenzara, y ahora concluyera, excepto por la conversación que nosotros tres, Dolan, el tío Am y yo, sosteníamos en el estudio.

La casa se encontraba libre de intrusos, y así iba a permanecer, por lo menos el resto de la noche, porque ya había un cerrojo en la puerta de entrada, igual que en la posterior. Mientras registraba el sótano, Dolan había encontrado uno extra en un cuartito de herramientas, y lo subió. El hombre de cara de luna llena, llamado Ernie, se había ofrecido para ponerlo. Steck y él también ofrecieron quedarse todo el tiempo que Dolan los necesitara, pero él les manifestó que no había nada más que hacer esa noche y se despidió, con sus agradecimientos. Y corrió el cerrojo tras ellos.

Ángela decidió que finalmente ya estaba bastante soñolienta como para irse a la cama, y Dolan la acompañó. Yo aproveché los pocos minutos que estuvo ausente para poner al tanto al tío Am de las pocas cosas que había sabido. No fue mucho.

Ahora Dolan estaba de regreso con nosotros, y nos dijo que le agradecería escuchar cualesquiera ideas o sugerencias que le pudiéramos dar. Dirigí la vista al tío Am para que él principiara.

- Primero que todo, señor Dolan...

- Será mejor que me diga Vince - lo interrumpió -. Yo los he llamado Am y Ed.

- Está bien, Vince. Primero, tenemos la cuestión de si podremos o no hacer algo más por usted. Legalmente, quiero decir. Esta noche fue una emergencia, o parecía serlo, así que no titubeamos, ni titubearemos, acerca del hecho de que usted nos llamó en lugar de a la policía. En lo que respecta a continuar en el caso, puede haber alguna diferencia.

- ¿Por qué, Am? No hay ninguna ley que exija que un propietario presente una denuncia si no lo desea. Ni siquiera si hubiesen robado algo, y hasta donde sabemos, nada se llevaron. Un asesinato o un crimen más serio, sí. O si a Ángela la hubiesen maltratado muchísimo más... pero no es así.

- No, no fue más grave. Un balazo sí hubiera tenido que denunciarlo, y también el doctor que la curara, no así un moretón. Sin embargo, no es eso lo que estoy tratando de decir. ¿Qué si su pálpito hubiese sido correcto y esos individuos se encontrasen todavía aquí? ¿Qué hubiese usted hecho con ellos?

- ¡Maldita sea, Am, cómo puedo contestar eso? Hubiese dependido de ellos. Si hubieran estado armados e iniciado un tiroteo, ¿qué alternativa habría tenido? En ese caso, hubiera tenido que llamar a la policía. Y entregarle lo que hubiese quedado de ellos. Hubiera estado justificado, así como los que me hubiesen estado ayudando. Sería defensa propia, además del hecho de que los habíamos pescado in fraganti.

- ¿Y si no hubiesen estado armados? O, armados o no, ¿se hubieran entregado pacíficamente?

- ¿Cómo demontres sé lo que hubiera hecho con ellos, sin saber lo que tuviesen que decir acerca del motivo por el que se encontraban aquí? Probablemente los habría denunciado, pero, ¿cómo lo podría decir de seguro? Quizá les hubiese dado un buen susto, causándoles cuatro moretones en los

ojos, por lo de Ángela. Insisto, no hay ninguna ley que diga que yo los debiera entregar a la policía.

»Pero sí le puedo decir que hay una cosa que no hubiera hecho, y ésa es matarlos o hacer que los mataran a sangre fría, o que los llevaran a dar un paseíto de noche o... ¡Caramba, Am, la época de eso ha pasado ya! Soy un hombre de negocios, no un gángster. Lo único que pasa es que mi negocio es ilegal y, por esa misma razón, cuanto menos tenga que meterme con los polizontes, mucho mejor para mí. Tenemos una administración reformadora en estos momentos, y un fiscal a quien nada le gustaría más que una excusa para hacerme unas cuantas preguntas a las que me sería embarazoso contestar.

El tío Am aprobó con la cabeza.

- Puedo ver todo eso, Vince. Aquí está nuestro problema. El mío y el de Ed, quiero decir. Ayudarlo a pescar algunos criminales in fraganti, esta anoche, hubiera sido una cosa. Acepto su palabra de que no los hubiese mandado matar a sangre fría. Porque de hacerlo, hubiera tenido que matarnos a Ed y a mí también... y eso habría sido una carnicería. Supongamos que seguimos trabajando en el caso y conseguimos la identidad de esos hombres y sus razones para haber estado aquí; lo que pretendían llevar a cabo y que aparentemente no lograron. Sólo Dios sabe cómo obtendríamos esos informes para usted; no obstante, digamos que sí lo hacemos. ¿Llevaría usted esos datos a la policía? ¿O se ocuparía usted del asunto personalmente, lo cual nos convertiría a nosotros en cómplices?

- Déjeme reflexionar en esto, Am. Espere, lo pondré en esta forma. No puedo prometer que entregaré ningunos informes a la policía hasta que sepa qué son. Y si ustedes desean seguir trabajando para mí, les puedo prometer lo siguiente. Nada de ataques o de venganzas personales. Por lo menos nada peor que una paliza, y me tiene que conceder que a eso sí tengo derecho por lo que hicieron a Ángela. Y eso únicamente si averiguo que carecen de importancia que no merecen que se les entregue a la policía. ¿Está bien?

El tío Am se volvió a mí y levantó una ceja.

- ¿Qué crees tú, Ed?

¡Gracias a Dios!, fue mi primer pensamiento. Había estado deteniendo la respiración con el temor de que el tío Am rechazara el caso de golpe. Si lo hubiese hecho, habría estado completamente justificado y yo hubiera estado con él. Y hubiese sobrevivido, porque uno no se muere de curiosidad, del mismo modo que no se muere de amor o de penas. Pero no hubiera sido fácil.

- El señor Dolan tiene razón en una cosa, tío Am - repuse -. Ningún crimen grave se ha cometido.

- Muchacho, ningún crimen grave se ha cometido todavía. Y todavía es una palabra muy importante en esa frase. Si se comete, será preciso que se dé parte a la policía, y van a tomar muy a mal hasta lo que se ha hecho ya. Sea lo que fuere de lo que se trate, imposible dejar de llamar a ésta una situación potencialmente explosiva. ¿Estás dispuesto a tomar el riesgo?

- Sí lo estoy, pero...

Dolan me interrumpió.

- Un momento, amigos. Entiendo que no están hablando de riesgos en el sentido ordinario, sino que se preocupan por la posibilidad de perder su licencia. ¿Correcto?

- Correcto - contestó el tío Am.

- Entonces, dejen de preocuparse. La razón por la que no llamé a la policía esta noche fue que quise que esto se manejara a la manera de la demarcación, con la casa de policías y policías y probablemente reporteros. Los periódicos se darían gusto con lo que aconteció esta noche, si lo supieran. Ya saben el sesgo que le darían: batallas de pandillas que regresan; esa clase de publicidad. Sería lo peor que pudiera ocurrir al sindicato, y no estoy en una posición suficientemente elevada como para que no se me presentaran dificultades por provocar esa clase de propaganda. Ustedes pueden muy bien entender eso. Eso no significa que no vaya a tener una conversación discreta con un buen policía, por lo menos, alguien que me escuche y quizá me dé un buen consejo y guarde silencio sobre el asunto. ¿Conoce usted al capitán Brandt?

El tío Am asintió con un ademán.

- Bueno. Un recordatorio para mañana, para hoy, digo, será una charla con él. ¿Conoce él los nombres de ustedes?

El tío Am repitió su movimiento, diciendo:

- Por lo menos creo que se acuerde de nosotros. Nos hemos encontrado por casualidad en ciertos lugares varias veces.

- Bueno. Le diré que, debido a que no quiero que se maneje como asunto de policía rutinario, los contraté para que investiguen unos cuantos ángulos. ¿Los soltaría eso del gancho?

- Desde luego que sí - contestó el tío Am sonriéndose -. Así que procedamos con nuestra sesión de autopsia del asunto. ¿No le molesta que la inicie con unas cuantas preguntas?

- Dispárelas - y Dolan se recargó en su sillón.

- Sólo para eliminarla, la posibilidad de que fueran más o menos ladrones ordinarios que buscaban dinero. ¿Hay mucho en la casa?

- No lo que yo llamaría mucho. No hay dinero del sindicato. No se guarda aquí. Oh, de vez en cuando me encuentro cargado con unos cuantos miles que debo guardar por la noche hasta que los deposite en el banco o los pase a un corredor que tuvo alguna apuesta fuerte y debe pagarla; no ahora, ni en el curso de una semana.

Señaló hacia un cofrecito al otro extremo del cuarto.

- Allí es en donde estaría si hubiese algún dinero. En este momento habrá unos cuatrocientos dólares. Dinero personal, porque pago muchas cuentas en efectivo, y algunos documentos privados. No hay ningún registro del sindicato.

- Entonces, ¿ésta no es su oficina de negocios?

- No, tengo mis oficinas, un apartamento, en el Loop. Y antes de que me lo pregunte, sí, el dinero que había en la caja fuerte, allí está todavía. La abrí y lo comprobé después de que hice mis llamadas telefónicas mientras ustedes venían para acá.

- ¿Ha comprobado usted si falta algo que sea valioso? Pudiera ser que no supieran cómo habérselas con un cofre.

- Sylvia y Ángela tienen pieles y algunas alhajas. No pueden haberse llevado nada de Ángela porque despertó cuando entraron a su habitación. Eché una mirada al armario de Sylvia y a su alhajero, cuando andaba registrando allá arriba. Todo está bien. Si hubiesen entrado en su cuarto en lugar del de Ángela, se podían haber aprovechado. No despertó ni cuando encendí la luz.

Se rió con un graznidito falto de gracia.

- Si eran, como usted lo dice, ladrones en el sentido ordinario, debieron ser un par de estúpidos. No me convencen.

- ¿Lo convencería la posibilidad de que fueran secuestradores en busca de Mike? Sé que eso no encaja con la conversación que escuchó, pero déjela a un lado por un minuto. Todo el dinero y las alhajas en la casa habrían sido cacahuates comparado con lo que habría usted pagado por recuperarlo.

- Hubiera pagado lo mismo por Ángela. Y seguramente hubiesen sabido esto. Nadie planea un plagio sin estudiar el terreno lo bastante como para saber quién era ella. Me puede contestar que venían preparados para llevarse a un niño, no a una persona adulta, pero eso sería especioso y usted lo sabe. Y pensaron que la dejaron inconsciente. ¿Por qué no continuaron la tarea amarrándola y amordazándola? No, no me parece que hayan venido en busca de ninguno de mis hijos. - Lanzó un suspiro -. Voy a hacer que Mike se vaya de aquí de todos modos. No deseo que tenga otras experiencias semejantes. Su escuela termina en otros diez días y le había prometido enviarlo a un campo de veraneo en Wisconsin. No perderá el año sólo por diez días. Telefonaré al campamento y lo enviaré mañana con un par de mis muchachones en quienes confío.

- Muy buena idea - aprobé -. ¿Y no considera que Ángela siga estando en peligro?

- No, no lo creo. Anoche tuvieron la oportunidad si hubieran deseado hacerle algo. Ya tiene bastante edad para decidir lo que le parezca y hablaré con ella sobre el asunto. Si desea salir por algún tiempo, lo puede hacer. De cualquier manera, le había prometido un viaje a Europa. Si quiere, lo puede emprender en cuanto se sienta dispuesta a ello.

- Así que el robo y el plagio resultan improbables - comentó el tío Am -. ¿Sabe usted lo que eso nos deja?

- Seguro. Quedo yo. Probablemente un par de truhanes contratados, juzgando por lo pésimos que fueron.

- Considérese afortunado con que hayan sido pésimos. ¿Pero no conoce a nadie que desee verlo a usted eliminado?

- ¡Verdad de Dios, Am, no! Meditaré algo más sobre ello; sin embargo hagámoslo a un lado hasta que tenga tiempo. Procuremos olvidar posibles motivos y apeguémonos a los hechos.

- ¿Algún hecho en particular? - inquirió el tío Am.

- El hecho de que esos hombres hayan entrado aquí anoche. No entraron con violencia ni forzaron una cerradura. Estas cerraduras son buenas, no de la clase que se pueden abrir con una tirita de celuloide o con una ganzúa. Por otra parte, no había señales en ninguna de ellas; las examiné. Así, pues, tenían una llave. O alguien, ya dentro, les franqueó la entrada. Cualquiera de las dos equivale a la misma cosa. No estoy diciendo que fue trabajo de adentro, pero podría tener un ángulo interior, como que se cohechó a alguno de los sirvientes para que prestara una llave y sacar un duplicado. Tampoco estoy diciendo que imagino que eso es lo que aconteció, aunque deseo se compruebe la posibilidad. Ésa es su primer tarea, Am, de usted y de Ed. Otra cosa en mis apuntes es sostener una conversación con la señora Anderson y averiguar cómo contrató a la sirvienta, si por medio de una agencia o cómo. Y qué sabe de ella, pues yo ni siquiera conozco su apellido. Eso les proporcionará algo sobre qué trabajar. Y... ¿habrá visto a alguno de los dos?

El tío Am negó con la cabeza. Yo contesté:

- A mí me abrió la puerta cuando vine a la cita con su esposa en la tarde, y la vi anoche.

- Eso lo elimina a usted para la vigilancia, Ed. Pero usted, Am, puede ver qué hace en su siguiente día libre. Ni siquiera sé qué día sea.

»Y Robert Sideco. Ha estado conmigo cuatro años. Yo lo contraté personalmente y sé que no lo pusieron aquí como espía. Ha sido mocito para un amigo mío que ya murió, ese amigo no estaba metido en las trapacerías, y Robert había trabajado con él por lo menos cinco años. No obstante, eso no significa que no pudieran haberlo comprado recientemente. Su día libre es el viernes, pasado mañana, o mañana si ya llamamos a hoy jueves. Los ha visto a los dos, así que ninguno de ustedes puede dedicarse a la tarea de seguirlo: si desean pasarla a Starlock, por mí está bien. Desearía saber a dónde va, con quién se ve y cuánto dinero gasta. Ignoro lo que se pueda hacer para llevar a cabo otras investigaciones.

- Algo en su cuarto - sugerí - pudiera darnos algún indicio: libretas de banco, cartas, lo que encontremos. Lo pudiera usted enviar fuera con un encargo y darnos a cualquiera de nosotros la oportunidad de registrar.

- Buena idea, Ed. Será usted, sin embargo, y no su tío. Am, usted se me va de aquí después de esta noche. Mientras ninguna lo conozca de vista, excepto Ángela y Robert, todo irá bien y así seguiremos, por sí o por no. Especialmente, no quiero que Elsie llegue a conocerlo.

- Y a la señora Anderson, ¿la investigamos?

- Yo... ¡diantre! no lo creo - respondió Dolan tras un ligero titubeo -. No, por ahora. Ha estado con nosotros tanto tiempo y tan cerca de ser un miembro de la familia, que casi sería como sospechar de Mike o de Ángela. O de Sylvia. Se me resiste realmente figurarme a alguien tratando de comprarla, ya no digo lográndolo.

»De todos modos, nos ocuparemos primero de los otros dos. Confío en que antes de que nos pongamos bastante desesperados para pensar en probabilidades lejanísimas como la señora Anderson, se habrán presentado otras posibilidades de investigación. - Y, después de consultar el reloj, interrogó - bueno, ¿damos por concluida la noche y pescamos unas cuantas horas de sueño?

- Perfectamente bien - repuso el tío Am -. ¿Alguna hora especial en que nos necesite mañana?

- Ya que pensamos en ello, el mediodía será suficientemente temprano para ustedes dos. Yo tengo algunas cosas que hacer antes, pero no son en las que me pudieran ayudar. No estaré listo para hablar con ninguno antes del mediodía.

- Estoy de acuerdo - asintió el tío Am -. Estaremos en la oficina para el mediodía y aguardaremos una llamada de usted.

- ¿Por qué la oficina? Quédense en su cuarto hasta que reciban noticias mías. Será más práctico. Hablaré entre las doce y la una. Durante los días siguientes, por lo menos, digamos el resto de esta semana, desearía que se consideraran trabajando para mí aun cuando sólo estén esperando una llamada. De esa manera no estaremos en peligro de que acepten otro trabajo y no estén disponibles en caso de que los necesite con urgencia y con pronto aviso.

Al levantarnos, Dolan bajó la vista a las tres pistolas que estaban en su escritorio, las dos automáticas treinta y dos que nos había prestado al tío Am y a mí, y la cuarenta y cinco que Steck había traído y no se llevó consigo.

- ¿Quieren que les preste dos de éstas? - preguntó.

El tío Am me vio de soslayo para que no contestara.

- Preferimos tener las nuestras. Mañana, antes del mediodía, iré por ellas al despacho.

- Como les parezca - asintió -. Voy a franquearles la salida.

Caminó con nosotros hasta la puerta y oímos el cerrojo que se corría cuando íbamos bajando los tres peldaños hasta la acera. La fortaleza Dolan estaba cerrada por esa noche.

Enderezamos rumbo al Este por la calle desierta.

- ¿Y bien? - inquirió el tío Am.

- Ningún comentario - respondí -. Me siento demasiado cansado para pensar más esta noche.

A la mitad del camino cambié de opinión.

- Tío Am - le dije -, me parece que mejor voy a la oficina esta noche y me traigo las pistolas sin esperar a mañana. Aunque no crea que las necesitamos pronto, prefiero terminar con esto y dormir media hora más una vez que me acueste.

- Bien, chico - y bostezó. Iré contigo si quieres.

- No tiene objeto que vayamos los dos. Vete a dormir.

Asintió con la cabeza sin contestarme, y cuando llegamos a casa no dijimos buenas noches al entrar él y seguir yo a sacar el Buick del garaje. A esa hora de la noche, sin tránsito y con todas las luces en ámbar, apenas me tomó cinco minutos estacionarme enfrente del edificio en donde está nuestra oficina. Subí por las escaleras puesto que el elevador no funcionaba.

A nosotros dos nos gustan los revólveres y odiamos las automáticas, siendo ésa una de las razones por las que no aceptamos las pistolas de Dolan. Con una automática es preciso recordar si tiene o no cartucho en la recámara, comprobar si está puesto el seguro, y nunca se puede asegurar si se va a embalar después del primer disparo. Existen tres probabilidades en las automáticas, y por eso no las aceptamos. Los nuestros son revólveres de cañón corto, treinta y ocho, el mío un Colt Especial y el de él un S&W. Nuestra única diferencia sería de opinión son las fundas: yo la prefiero de axila y él usa una en su cinturón.

Cuando llegué a casa, pensando que el tío Am pudiera estar dormido ya, entré sin hacer el menor ruido. Los resortes de la cama crujieron, al volverse él, y me soltó.

- Hola, muchacho. Me he estado preguntando algo.

- ¿Qué?

- ¿Quién puso l'anguila lectrica, en el desvencijada cestica de la señora Murphy?

- No lo sé - respondí -, pero, ¿quién puso la vaselina en el bote de gasolina de la señora Murphy.

- Vaya que me gusta más tu frase. Especialmente porque tuve que pronunciar a la diabla eléctrica, para lograrla. ¿Todavía te sientes como para no hacer comentarios sobre el tema de Dolan?

- Caray, me parece sería mejor que durmiéramos ahora, no obstante, si tienes algún pensamiento brillante, me gustaría oírlo.

- Lo contrario de un pensamiento brillante, Ed. Todo lo que tengo es la sensación, muy poco brillante, de que hay algo acerca de eso que no me gusta; mas no puedo precisarlo.

- Sé lo que me quieres decir. Consultémoslo con la almohada.

Estaba ya en calzoncillos y me disponía a meterme a la cama y apagar la lamparilla que el tío Am había dejado encendida, cuando me habló una vez más:

- Todavía un momento, Ed.

- ¿Si?

- Tal vez estoy muy cansado para dormir. ¿Cómo te sientes para la última? Si me acuerdo bien, hay algo de whisky en la botella.

- Hay bastante - repuse -. Y, ¡bueno!, también yo la tomaré. - Encendí la luz de arriba y comencé a preparar dos copas -. ¿Y qué me dices de una partidita de gin rummy mientras las bebemos?

Se sentó en la cama como movido por un resorte.

- Si no estás bromeando, ¡magnífico! ¿Qué hora es?

- No estoy bromeando. Saca las cartas y arréglalas mientras yo termino de preparar las copas. La hora será las cuatro y treinta cuando oigas el ruidito del whisky que voy a servir.

- Bueno. Podemos jugar hasta las cinco, poner el despertador a las once y disfrutar de seis horas de sueño. Además de la hora de que dispongamos antes de la excitación. - Salió de la cama y terminó de arreglar la mesita de juego cuando dejó de hablar.

Llevé las copas y cortamos para saber quién daba. Gané, y mientras barajaba, el tío Am continuó:

- Una cosa más acerca del caso Dolan.

- ¿No puede esperar?

- Puede, pero es una idea feliz y no quiero que aguarde. Se trata de dinero. Mencioné a Dolan nuestra tarifa máxima de cien dólares por cabeza. Hasta el sábado, y nos ha contratado hasta entonces, tendremos cuatro días cada uno y eso nos significan ochocientos dolarillos.

- Además de una parte en el operador de Starlock si utilizamos alguno. Con el descuento profesional, Ben Starlock nos dará un buen sabueso por cincuenta, y no lo podemos cobrar por menos de la tarifa de nosotros.

- Hasta sin eso será una estupenda semana de trabajo.

Terminé de repartir las cartas, pero no las recogí.

- Hay una cosa más de la que debemos ocuparnos.

- ¿Cuál?

- Tenemos que firmar con un servicio de respuestas telefónicas. Fíjate en todas las llamadas que pudiéramos perder en estos tres días, puesto que estaremos operando desde aquí y no desde allá.

- Aceptado - murmuró el tío Am -. Haremos los arreglos necesarios el primer día libre. Leo Kahn, en la oficina contigua a la nuestra, tiene servicio de respuestas. Le pediremos que nos informe sobre el asunto. Y, ahora, ¡reparte!

Repartí. Estaba pensando en que esperaba que Molly Czerwinski, o cualquier otro nombre que tuviese de casada, nos llamaría y siguiera llamándonos hasta que lo dejara por la paz. No que el trabajo que nos ofreciera, buscando a un ex marido que le debía un par de miles de dólares, fuese como para causar ninguna excitación; sin embargo, sería muy agradable volverla a ver de nuevo.

Terminamos dos juegos a las cinco, y los gané los dos por un poco más de cuatrocientos dólares. Decidimos dar la noche por terminada; puse el despertador a las once y me metí en la cama. Me dormí en el mismo momento en que apoyé la cabeza en la almohada.

Capítulo 14

Estaba soñando una especie de sueño loco en el que Mike Dolan no era Mike Dolan en absoluto, sino un enano disfrazado como hijo de Dolan, que tenía a Robert Sideco en su nómina de sueldos y conspiraba para robarse la provisión de licores de Sylvia Dolan. Yo los había descubierto, y Robert, vestido con una llamativa bata de seda sobre pijamas todavía más llamativos, me perseguía con un machete; yo corría como un demonio, porque estaba desarmado, por una desierta calle Hurón, pero la costilla rota me dolía y él ganaba terreno y yo podía percibir el ruidito del machete cuando me pasaba como a una pulgada de la espalda y del cuello... Antes de que me tirara otro machetazo, me salvó el repique del despertador.

La costilla me dolía cuanto me senté para impedir que siguiera sonando; quién sabe cómo había estado durmiendo de lado, con la mano bajo las costillas, exacto en el sitio lastimado.

Pregunté al tío Am si estaba despierto, bostezó y me dijo que sí. Con el sueño fresco en la memoria le dije que tenía la solución del caso Dolan y cuál era. Echóse a reír, ya con los pies fuera de la cama, diciéndome:

Ed, vamos a vestiros aprisa, sin afeitarnos, y a conseguir un par de grandes desayunos. Cuando sepamos algo de Dolan pudiéramos tener que salir de inmediato, sin oportunidad de comer hasta la noche.

Le contesté que me parecía buena idea, y la pusimos en práctica. Regresamos antes de las doce y nos turnamos para que uno se quedara al teléfono y el otro fuera al cuarto de baño, en el corredor, a lavarse y afeitarse. La llamada telefónica no llegó sino hasta las doce y media y ambos estábamos listos para ella.

El tío Am contestó; no teníamos ninguna extensión en el cuarto, por supuesto, así que yo no podía escuchar. El tío Am no dijo más que sí unas cuantas veces y colgó.

- Quiere hablar con los dos y no desea que yo vaya para allá, porque si la sirvienta me ve, quedo imposibilitado para vigilarla. Así que él viene y estará aquí en unos diez minutos.

- ¡Por Dios, vamos a apresurarnos a medio arreglar esto! Yo tiendo las camas y tú haz lo demás.

Fue asunto de diez minutos dejar el cuarto presentable, y entonces recordé que, si bien Dolan tenía nuestra dirección, no sabía cuál cuarto era el nuestro, así que me dispuse a esperarlo abajo.

No tuve que andar todo el camino; entró al ir yo llegando al pie de las escaleras, en el sitio desde donde me eché el clavado la noche del lunes. Lo conduje a nuestro cuarto y lo pusimos en el sillón más cómodo, el del tío Am. Se le veía y se le oía cansado; probablemente no había dormido mucho.

- Tomaré las cosas una por una - comenzó -. Mike. Llamé al sicólogo temprano para deshacer la cita que teníamos con él. Luego llamé al campamento de muchachos en Wisconsin y me aseguré de que estaría bien

que llegara un poco antes. Ya va en camino para allá, con dos de mis muchachos en quienes confío completamente. No he hablado a su escuela todavía; lo haré mañana. Luego...

- ¿En su coche? - lo interrumpí.

- No, hice que uno de los muchachos rentar uno. ¿Por qué?

- Un pensamiento que me vino. Si alguien está tratando de eliminarlo a usted y no puede llegarle de otro modo, una bomba en el coche resulta siempre una posibilidad.

- Buena idea, y no había pensado en ello. Muy bien, entonces no utilizaré mi automóvil durante unos cuarenta días, por lo menos, y lo examinaré antes de pisar el arranque la primera vez. Todavía mejor, pediré al capitán Brandt que alguien del equipo de bombas lo revise. Él sabrá todos los sitios en dónde buscar y cómo hacerlo para que no estalle. Gracias, Ed.

»Mientras, estamos con Brandt. Le hablé por teléfono y le di una idea aproximada de cómo están las cosas; tengo una cita con él esta misma tarde, para entrar en detalles. Incidentalmente, los mencioné a ustedes dos; no sólo se acuerda, sino que habló elogiosamente de ustedes. Y ahí quedó.

»Ahora a la sirvienta. Elsie Aykers. Hablé con la señora Anderson de ella, y le hice también algunas preguntas acerca de Robert. Decidí que sospechar de la señora Anderson era llevar las cosas demasiado lejos, así que en parte la tomé por confidente mía, lo bastante par que pudiera hacerle preguntas libremente.

Sacó del bolsillo una libreta de apuntes, rasgó una página y me la entregó.

- La primera línea es la dirección que le dio, pero no sé si signifique algo ahora. Quiero decir que pudiera haber sido un cuarto que dejó cuando consiguió este trabajo. O puede ser una dirección permanente, de su familia, si es que tiene.

»El nombre y la dirección de la agencia en donde la consiguió la señora Anderson, en el Loop. Dice que ya había tomado a otras de ahí. Quizá le muestren su solicitud. Si no están dispuestos a cooperar, llamen al capitán Brandt y dejen que él les hable, entonces con seguridad los de la agencia se mostrarán anuentes. La señora Anderson dice que no comprobó las referencias; aceptó las seguridades de la agencia de empleos. Si ustedes pueden obtenerlas de su solicitud, comprueben si son locales; aun cuando la agencia les diga que ellos las investigaron, acaso no lo hayan hecho. ¿Esta claro? - Asentí con la cabeza y continuó -: bien, Ed, ésa es su tarea para esta tarde. Puede comenzar en cuanto nos separemos.

»Am, su trabajo consiste en seguirla y vigilarla. No en su día libre; la voy a despedir hoy mismo, ya tarde. Una de las cosas que hice esta mañana fue juntar los siete juegos de llaves, y ella no tenía el suyo. Por tanto, no estoy deseando correr ningún riesgo.

»Cuando la mandé a buscar las llaves en su bolso, para enseñármelas, regresó y me dijo que habían desaparecido. Dice que las tenía todavía el lunes, la última vez que salió, y no tiene la menor idea de cómo las pudo haber perdido.

»Puede ser que sí, pero no voy a correr el riesgo de conservarla después de hoy. Ni siquiera esta noche. Si dio o prestó esas llaves a alguien, también es capaz de dejar que alguien entre del exterior y los cerrojos no significarán nada. Para el caso de que la esté despidiendo injustamente, la resarciré

pagándole dos semanas adelantadas, y eso es equitativo, puesto que no trabajó para nosotros más que dos semanas y media.

- Sí lo es - aprobé -, pero ¿por qué no la despide inmediatamente? ¿Para qué esperar?

- Para dar a usted la oportunidad, Ed, de comprobar en la dirección sin encontrársela allá, puesto que lo conoce. Y la agencia de empleos también; podría dirigirse allí de nuevo para registrarse. Digo, pudiera, si la dejara que se fuera temprano esta tarde, cuando estuviese abierta la agencia todavía.

Volvióse ahora al tío Am.

- Le diré lo que voy a hacer, Am. Lo dejaré para después de la cena; cenamos temprano y habremos terminado para las siete. La llamaré a mi estudio entonces y arreglaré el asunto. Le daré alguna razón para esto (no sé cuál; ya pensaré en alguna); pondré como condición de las dos semanas de sueldo el que se vaya inmediatamente. Tendrá que empacar, por supuesto; sin embargo, eso no le tomará mucho tiempo; la señora Anderson dice que llegó con una sola maleta. Así que usted puede contar con que salga por la puerta del frente como unos diez minutos después de las siete y media; nadie sale por el callejón de atrás después de anochecer.

»No puedo garantizar que se vaya a pie hasta la calle Clark a tomar un autobús o que llame por teléfono un coche de alquiler. ¿Podrá usted estar listo para cualquier caso?

El tío Am asintió con un ademán.

- Esto en lo relativo a Elsie. Ahora, vamos a Robert Sideco. Como se lo avisé ya, mañana es su día libre. La señora Anderson me informa que sus costumbres del día libre son regulares y podemos contar con ellas. Duerme un poco más tarde que de costumbre y baja a la cocina a desayunarse como a las nueve. Después del desayuno sale, por la puerta del frente, y regresa ya bastante tarde.

»¿Puede arreglar para que un operador de Starlock aguarde para seguirlo como a las nueve y media, mañana en la mañana?

El tío Am hizo otro movimiento de cabeza.

- ¿Estoy libre desde ahora hasta las siete? O, ¿cree usted que debo de quedarme aquí, en espera?

- Umm... supongo que no hay necesidad de eso.

- Bien, si algo llegare a presentarse, probablemente me encontraré en la oficina. Prefiero pasarme la tarde allá en lugar de aquí; hay algunas cosas que puedo hacer.

- Muy bien - concluyó Dolan levantándose -. Si alguno de ustedes dos se encuentra con algo importante o sospechoso, llámenme en cuanto puedan comunicarse conmigo. De otro modo... bueno, les hablaré mañana por la mañana para recibir sus informes. Probablemente después de las diez; seguiré adelante hoy y esta tarde, pero tal vez desee dormir hasta tarde, mañana.

- Entendido - convino el tío Am -; y este trabajito con la sirvienta, ¿se trata de esta noche tan sólo, o he de continuarlo de nuevo mañana? Es posible que ahora se vaya directamente a su casa y allá se quede; si hace eso, no averiguaré mucho.

- Buena idea. Sí, continúe mañana, especialmente si no averigua mucho esta noche.

- Si logra eso - interpose -, tendré su informe sobre esta noche, listo para dárselo cuando nos llame. ¿Desea que espere aquí cuando nos hable mañana, o en la oficina?

- Supongo que no importa, Ed. Como quiera. Si no me comunico en un número, lo haré en el otro. Bien, ¡buena suerte!

Se retiró, lo acompañé hasta la escalera y luego volví.

- Resulta muy bien, Ed. Podré hasta pagar la multa del estacionamiento y enviar el informe de la Phoenix; me figuré que tendría que dejar ambas cosas hasta el lunes por lo menos. Llamaré a Starlock y arreglaré la vigilancia de Sideco para mañana. Y por lo menos iniciaré las gestiones para un servicio de respuestas.

- ¡Vámonos!

- Espera un minuto, tomemos las pistolas.

- ¿Por qué? No las necesitaremos hoy con las tareas que hemos de hacer.

- Chico, de aquí para adelante, mientras estemos en este caso será mejor que las portemos. De otro modo, si nos encontramos en la oficina y las necesitamos, estarán aquí en casa, y si las necesitamos aquí (como aconteció anoche) estarán en la oficina. Algún día, cuando nos sintamos suficientemente ricos, tendremos dos en cada sitio; por ahora vamos a llevarlas para que no nos pesquen desprevenidos otra vez.

Se había estado poniendo el cinturón y la funda mientras hablaba, y yo me quité la chaqueta para hacer lo mismo con la mía, de axila. Entonces salimos.

Caminamos hacia el garaje le sugerí:

- Tú no necesitarás el coche por lo menos hasta las siete. Así que...

- Yo no lo necesitaré ni entonces, Ed - me interrumpió -. Para un trabajo de seguir a alguien como el de esta noche, prefiero utilizar a Harry Main u a otro chofer.

Harry Main es un chofer a quien conocemos, y siempre utilizamos, si está libre y lo podemos conseguir par la clase de tareas de vigilancia en donde un coche de alquiler sirve mucho mejor que uno propio. Si va uno siguiendo a alguien que se baja de un automóvil de alquiler, en medio del Loop, tendría una probabilidad en cien de conseguir sitio en donde estacionarse a tiempo de no perderlo. Por supuesto que puede uno abandonar el coche en mitad de la calle, pero eso no le agrada a la policía. No hay problema si se le va siguiendo en auto alquilado.

- Tú te llevas el coche, me dejas en el palacio municipal y continúas tu camino. Yo me ocuparé de la infracción y volveré a la oficina.

Así lo hicimos. Eso me acercó a la agencia de empleos. Di vuelta a la manzana tres veces, buscando un lugar para estacionarme, hasta que renuncié a ello y lo metí en un sitio de paga. Mi tiempo valía cien dólares diarios del dinero de Dolan, y no era justo que perdiera media hora por economizar cincuenta centavos.

La dificultad en la agencia fue que el gerente se había ido a almorzar y nadie quería tomar la responsabilidad de enseñarme la solicitud, con lo que tuve que aguardar cuarenta minutos. Cuando por fin regresé estuvo muy amable y envió a buscar la solicitud de Elsie Aykers, a mediados de mayo, tres semanas antes.

La tarjeta en el expediente no mostraba nada, excepto el hecho de que la habían enviado a la casa de Dolan y cuánto le habían cobrado por el servicio. La solicitud sí mostraba más, y copié de allí los hechos que no conocía aún. Había tenido otros tres trabajos como doncella de servicio, en los dos años

anteriores, y daba las referencias. Era más joven de lo que yo había calculado; tenía solamente veinte años y se graduó en una escuela superior. Una inicial en la tarjeta indicó al gerente cuál de las mujeres la había entrevistado, y la llamó; no se acordaba de Elsie personalmente, Así que eso no nos llevó a ninguna parte. Le pregunté si comprobó las referencias y me contestó que sí, que siempre llamaban al que las había ocupado más recientemente, y luego escogían a cualquier otro, porque algunas daban una lista de nombres de casi una página.

El gerente deseó saber si había algo en contra de Elsie, en caso de que regresara a registrarse, le contesté que no, que se trataba de un asunto de rutina.

Le di las gracias y me retiré, recogí mi coche del sitio de estacionamiento, mediante setenta y cinco centavos, y me dirigí al Sur, a la dirección que Elsie daba en su solicitud. Me dio gusto por el tío Am, que fuera un vecindario mezclado. Es muy duro para un operador blanco tener que vigilar en un vecindario en donde todos son negros, durante algún tiempo, porque atrae tanta atención que hace más daño que provecho.

La dirección resultó ser un pequeño bungalow bastante limpio, aunque con una mano de pintura hubiese estado mejor. Tenía un medio pórtico con cuatro peldaños, y en él estaba un negro de edad mediana, en mangas de camisa, sentado en una mecedora leyendo un periódico. Subí dos de los cuatro escalones y él bajó el periódico y me miró. Le pregunté si la señorita Elsie Aykers vivía allí.

Me contestó que sí y que no; que era la casa de su familia; que habitaba en el sitio en que trabajaba, y sólo iba a su casa una vez a la semana, en su día libre. Me informó que era el papá de Elsie y preguntó si podía saber para qué la quería.

Le pude haber soltado algún cuento que me hubiera permitido hacerle más preguntas, pero decidí que no valía la pena, pues si había algo malo acerca de Elsie, no lo iba a saber por su papá, y era mejor efectuar una retirada sin despertar sospechas que pudieran dificultar la tarea del tío Am. De modo que le dije que representaba a una escuela de secretarias, que una de las antiguas profesoras de Elsie me había dado su nombre, entre otros, como el de una joven que era bastante inteligente para trabajar en una oficina; que la maestra había oído que Elsie estaba trabajando como sirvienta y pensé que podía conseguir algo mejor que eso. Me cohibió un poco cuando se mostró interesado, pidiéndome detalles sobre tiempo y costo. Esquivé respuestas categóricas respondiendo que dependía de cuántos cursos deseara ella seguir, y cuántas horas fuera a estudiar, y que si me informaba cuál era el día libre de Elsie, regresaría para poderle explicar directamente todos los detalles. Me dijo que su siguiente salida era el lunes y le aseguré que volvería entonces, por la tarde; y me escabullí.

Comenzaba a parecerme que Elsie era precisamente lo que aparentaba, a menos que el tío Am descubriera algo siguiéndola a una cueva de malhechores o a un tugurio de opio, no obstante, todavía tenía sus tres referencias para ser comprobadas por teléfono.

Eran como las tres y media cuando volví a la oficina. El tío Am quería saber lo que hubiese, pero convino en esperar hasta que yo pudiera llamar y ratificar las referencias. Tuve la suerte de hallar a la señora de la casa, al primer intento, en los tres telefonazos.

El expediente de empleo de Elsie se ajustaba a su solicitud. Hasta en las fechas, hasta donde sus patronas lo podían recordar, y ésa es la cosa más importante que se debe examinar al comprobar unas referencias. Si en la solicitud se dice que la solicitante trabajó la mitad de tal año para una persona y la segunda mitad para otra, y uno descubre que solamente trabajó cuatro meses para cada una, entonces quedan otros cuatro sin comprobar, y durante ese tiempo pudo haber tenido uno o dos otros trabajos de donde la corrieran por robar o por haber sido sorprendida en la cama con el hijo del ama, de diez años de edad, o lo que gusten ustedes. Elsie no había estado desocupada más de una semana o dos en cada ocasión.

Por tanto, eso era todo lo que yo podía hacer acerca de Elsie; con lo que contaba para trabajar. Así que informe al tío Am cómo estaban las cosas, y él me explicó lo que había hecho. Había pagado la multa, puesto en el correo el informe de la Phoenix y terminado las negociaciones para que desde el lunes comenzara el servicio de respuestas. Llamó también a Starlock y arregló que uno de los operadores de Ben siguiera a Robert Sideco desde las nueve de la mañana hasta que regresara a la casa. También había localizado a Harry Main en su casa, conviniendo en que Harry lo recogiera frente del restaurante irlandés, en la calle Clark, a las seis cuarenta y cinco. Desde que lo dejé en el palacio municipal, el tío Am había estado tan ocupado como yo mismo.

- Me he emparejado con todo lo que tengo qué hacer hasta ahora, Ed; me voy a quedar aquí otro par de horas, hasta después de las cinco y media, y luego iré al «Irlandés» a comer una langosta Thermidor. Quedas libre para hacer lo que gustes el resto del día, o te puedes quedar aquí para una partidita de gin y después ir a comer conmigo.

Le contesté que me quedaría para comer con él; que había pensado en una llamada que me agradaría hacer. Probablemente no conduciría a nada, pero no perjudicaba intentarla.

Llamé al capitán Brandt a la inspección general de policía. Le dije quién era, y le rogué que se consultaran dos nombres en los archivos para ver si tenía algún expediente cualquiera de ellos. Le manifesté que era en relación con el caso Dolan, razón por la cual no deseaba solicitar informes en la forma acostumbrada.

- ¡Seguro! - me contestó -. ¿Trabajan para Dolan?

- Sí, como sirvientes. Los estamos investigando. Elsie Aykers y Robert Sideco. Doncella de servicio y mocito.

Le di el número de nuestro teléfono y me dijo que llamaría en cuanto tuviera algún informe.

El tío Am tenía ya las cartas en la mano y la parte superior del escritorio desocupada cuando entré en su despacho. Siempre lo usábamos para nuestras partidas, de modo que, si un cliente entraba, no nos sorprendiera jugando.

Terminamos apenas una mano, cuando el teléfono repicó. Era Brandt y había hecho que se consultaran los nombres. No había ningún expediente acerca de Elsie Aykers, lo cual no me sorprendió, pero sí una acusación en contra de Sideco.

Hacía diez años, época en que había dado su edad como diecinueve, lo había aprehendido por portar armas ocultas, después de una zacapela en el South Side. El escándalo había sido entre una pandilla de jóvenes negros y otra de muchachos puertorriqueños, mexicanos y filipinos, la mayor parte

quinceaños. El pleito había terminado cuando llegó la policía, pero se llevaron a unos lastimados y a otros que vagaban por el contorno. Sideco se encontró en la redada y llevaba una navaja dos pulgadas más larga de lo que la ley permite. Por ser primera ofensa, se le dio una sentencia, suspendida, de tres meses. Después de eso, no lo habían arrestado nunca.

- Dolan va a venir a verme a las cuatro - concluyó - y le pasaré datos a él, por lo que le valgan, aunque no parezcan mucho. ¿Quiere que lo llame a usted?

- No, a menos que él lo desee por alguna razón - repuse -. Le puede decir que Am y yo estamos en la oficina, por si acaso nos necesitare.

Dolan no nos llamó, lo cual significaba que no había nuevos acontecimientos. En el gin conservé mi ventaja, y por un momento pareció como si fuéramos a disfrutar de una noche de paseo por cuenta del tío Am; una vez llegué hasta novecientos veintitantos dólares, y otro juego me habría hecho pasar la línea. Pero perdí los otros dos siguientes antes de ganar otro, y cuando dejamos de jugar a las cinco y media, para irnos al «Irlandés», le llevaba ganados setecientos dólares. Se trata de un restaurante viejo y de un vecindario pésimo, o sea el nuestro, aunque uno de los mejores en el Medio Oeste para toda clase de mariscos.

Resultaba más fácil dejar el Buick en el garaje y caminar unas cuantas cuadras hasta el restaurante, que buscar sitio en donde estacionarlo en la calle Clark, así que eso hicimos. Tomamos una buena cena, y unos cuantos minutos antes de las seis y cuarenta y cinco, pagamos la cuenta y salimos a esperar a Harry Main. Llegó al minuto, el tío Am subió en el auto y yo me dirigí a la casa deteniéndome en una droguería para comprar alguna novelilla.

Al llegar decidí llamar a Dolan para que supiera que estaría en mi cuarto toda la noche, por si se le ocurría algo; luego me percaté de que eran las siete, y, de acuerdo con el programa, estaría despidiendo a Elsie Aykers en ese preciso instante. Esperé, por tanto, hasta las siete y media para llamarlo, pero no recibí ninguna respuesta. Llamé entonces por el número de la lista. Robert me contestó y me comunicó con Dolan.

Le dije que deseaba decirle una o dos cosas, nada de importancia, aunque hablaríamos con mayor libertad si se iba a su estudio y me llamaba de ahí.

- Si está en su casa, Ed, ¿por qué no viene para acá?

Dolan me estaba esperando en la puerta y me franqueó la entrada; advertí que tuvo que quitarle el cerrojo, y después de que entré lo volvió a echar.

- Nueva regla de la casa - me informó -, hasta que cambie las cerraduras, lo que no he tenido tiempo de hacer todavía. Hasta tras de mí se corre el cerrojo cuando salgo. Nadie sale sin que alguien lo acompañe para cerrar bien la puerta.

Fuimos a su estudio y me preguntó si deseaba una copa; no la acepté. Le pregunté si se había ido Elsie y asintió.

- Hablé con ella y se fue a las siete. Era la primera vez que hablaba realmente con ella y pareció ser una buena muchacha; tomó todo con ecuanimidad y me dijo que comprendía; me dio las gracias por las dos semanas de aviso. Me apenó un poco hacerlo, pero haber «perdido» sus llaves en ese tiempo precisamente, no justificaba correr el riesgo de que siguiera con nosotros.

- Mi creencia - le contesté -, por lo que valga, es a favor de su honradez; o perdió esas llaves o se las robaron de la bolsa sin que lo supiera, ¿Podrían habérselas quitado fuera de la casa?

- De acuerdo con su versión, sí. Parece que la última vez que está segura de que las tenía fue el sábado último. La señora Anderson la envió a un mandado entonces, y usó su llave para entrar cuando volvió. La única vez que salió después fue el lunes, todo el día. Cuando regresaba esa noche, Mike venía delante de ella, de ver una película en el barrio, y utilizó su llave, con lo que no tuvo que buscar la suya. Entonces, si está diciendo la verdad, sus llaves se le pudieron perder o le fueron robadas cualquier día después del sábado, y fuera de la casa, el lunes.

- ¿Pidió por teléfono un coche cuando se fue?

- No. Imagino que caminó hasta la calle Clark y tomó allí el autobús.

Eso es lo que el tío Am se debe haber figurado, sabía yo, y habría conservado su auto usándolo para seguir al autobús que tomara. Lo cual es mucho mejor técnica que despedir a Harry y subir al mismo autobús.

Le conté lo que había hecho esa tarde, mi visita a la agencia de empleos, mi breve conversación con el padre de Elsie y cuán exactamente se comprobaban sus referencia. Le pregunté entonces si Brandt le había informado de mi llamada y del expediente de Robert.

- Lo cual no me preocupa - me contestó asintiendo -. Cuerno, también yo andaba con una navajota en mis quince. En el barrio en que crecí había que hacerlo porque todos los demás andaban armados.

- Yo diría que ese expediente es un factor positivo para limpiarlo de culpa.

- ¿Cómo, Ed?

- Si le dieron una sentencia, suspendida, quiere decir que le tomaron las huellas dactilares. Lo cual a su vez denota que no puede tener ningún expediente bajo ningún otro nombre, o sus huellas se hubieran comparado.

- Buen razonamiento; a mí no se me hubiese ocurrido. Bueno... ¿todavía alguna pregunta mientras estamos hablando? No hay prisa, pero tengo que salir durante unas horas.

- Hay algo que nunca hemos tomado en cuenta. El punto del cui bono, es decir, ¿quién se beneficiaría directamente con su muerte? Supongo que tiene hecho testamento. Fuera de su familia, ¿no hay a quien se mencione con alguna suma importante?

- Importante, no. La señora Anderson se beneficia con cinco mil, no más de lo que le correspondería por diez años de servicios. A Robert lo tengo apuntado con mil. Ninguno de ellos lo sabe. Fuera de eso... será mejor que se lo diga. Firmé un nuevo testamento hace apenas seis meses, Ed, y es muy complicado. Tenía que serlo porque deseaba proteger a Mike en contra de la posibilidad de que Sylvia se hundiera en el alcoholismo, en cuyo caso no desearía que ella continuara con su custodia.

»Mi abogado y yo, y él es el ejecutor testamentario, redactamos el documento en esta forma. Se estableció un fondo que dará a Sylvia doscientos a la semana durante toda su vida, pase lo que pase. El resto se divide por partes iguales entre Ángela y Mike. Ángela recibirá la suya en una suma total. La porción de Mike está constituida por un fondo que le pagará una renta hasta que cumpla veintiún años, y entonces se le entregará. Mientras Sylvia conserve la custodia de él, tendrá el control de la renta; si se hunde en la bebida o por alguna otra razón resulta inadecuada como madre, el abogado entablará juicio

en nombre de Ángela para que se quite la custodia a Sylvia y se le entregue a Ángela.

»Confío en que eso no suceda nunca; eso perjudicaría a Mike muchísimo; aunque más lo perjudicaría que lo eduque una madre alcohólica.

»Incidentalmente, tanto Sylvia como Ángela saben de esto y están conformes con ello. Tuve que ponerlo en su conocimiento para estar seguro de que Ángela consentiría en entablar un juicio por la custodia de Mike, si fuera necesario, y deseaba que Sylvia comprendiera lo que acontecería si se hacía necesario.

»Bueno, Ed, tengo que marcharme. Pediré un auto por teléfono: estoy siguiendo su consejo de no utilizar mi coche hasta que alguien del equipo de bombas lo examine. El capitán Brandt me enviará a uno de los muchachos mañana.

»Lo acompañaré a la puerta antes de telefonar.

Así lo hizo y me franqueó la salida. Oí que corrió el cerrojo. Hasta para el corto intervalo entre mi ida y la llegada del automóvil, en respuesta a su llamada, estaba echando cerrojo, sin correr riesgo alguno. Y andaba armado hasta dentro de su propia casa. Una vez que se sentó ante su escritorio, la americana descubrió bastante como para permitirme ver que llevaba una funda de axila.

Capítulo 15

Al llegar a casa, leí un rato, luego me acordé de algo y telefonee al número de Dolan. De nuevo contestó Robert, y en esta ocasión pregunté por Ángela. Llegó al teléfono a los dos minutos.

- Habla Ed Hunter, Ángela - le dije -. Estuve allí y hablé con tu papá hará una hora aproximadamente; se me olvidó completamente preguntarle cómo te sentías. Así que te lo preguntaré a ti.

- Me siento muy bien, Ed. Me quedé en casa hoy y probablemente me quedaré mañana; nada más por el aspecto. Tengo la mandíbula inflamada todavía, si bien empieza a bajárseme, y ya no se verá pasado mañana. Para entonces el moretón deberá disminuir hasta el punto que con unos anteojos oscuros quede cubierto.

- ¡Qué bueno! - contesté.

- Probablemente sea para mi bien. Ya están cerca los exámenes en la universidad y eso me da una oportunidad de estudiar. Es muy probable que pase con banderas desplegadas en lugar de con calificaciones ordinarias. Gracias por haberme llamado.

Nos despedimos y regresé a la lectura.

Me entró el sueño y me acosté. No apagué la luz de la lamparilla; deseaba encontrarme despierto cuando el tío Am llegara a casa. Llegó antes de que me durmiera; apenas diez minutos más tarde. Me senté y encendí la otra lámpara.

Me soltó una frase sobre la trementina y el vino de Jerez de la señora Murphy, y le contesté con otra acerca del bote de goma y del guisado irlandés; como ninguna de las dos era muy brillante, las declaramos empatadas.

- ¿Aconteció algo? - indagué.

- Una gran nada. Se fue a su casa y se quedó en su casa. Nadie llegó y nadie salió. Las luces se apagaron como a las diez y quince. Aguardé otros quince minutos y me vine. Y acá, ¿hay alguna novedad?

- No mucha. Tuve otra conversación con Dolan. Le hablé para decirle que estaría aquí toda la noche y me contestó que fuera. Le presenté el ángulo de cui bono, y me informó sobre su testamento.

El tío Am estaba colgando su chaqueta.

- Bien, cuéntamelo mientras me desvisto.

Le dije lo del testamento de Dolan y entonces le pregunté cuánto se figuraba que pudiera valer Dolan.

Encogióse de hombros.

- Una adivinanza es todo lo que sería, Ed. Pero no serán cacahuates. Puede ser que un cuarto de millón o medio, quizá. No se establecen fondos con una fortuna inferior a eso.

Sonó el teléfono y yo lo contesté porque era quien estaba más cerca. Era Dolan.

- Acabo de llegar a casa - me dijo -, y cuando pasé en el coche enfrente de la de ustedes divisé que había luz todavía en su cuarto. ¿Llegó ya Am?

- También él acaba de llegar. ¡Nada, nada! - le anuncié -. Se fue a su casa y allí se quedó. ¿Quiere hablar con él?

- No, si eso es todo lo que me va a decir. Que siga con el asunto, pídale de mi parte. Esas llaves perdidas es todo lo que tenemos para basar nuestro trabajo. Necesito averiguar qué es lo que hace la muchacha; si se registra con una agencia de empleos y consigue otro puesto o si descansa unos cuantos días y se va de la ciudad. Puede continuar con la tarea semanas enteras si es necesario. Si le parece mucho tiempo, puede disfrutar de un día libre y utilizar a un operador de Starlock para que lo sustituya.

- Perfecto - repuse -. Y... se lo debí haber preguntado cuando estuvimos hablando, ¿qué respecto a mí, mañana? ¿quisiera que estuviera de guardia aunque ninguno de nosotros piense en algo que se me pudiera encomendar?

- Sí, mañana y el sábado. Y tal vez más tiempo. Todavía no lo sé, Ed, me doy cuenta de que se oye tonto pagarle cien dólares diarios por no hacer nada, quizá; pero hasta que no sepa qué es esa amenaza y me pueda cuidar de ella, el dinero no es ningún obstáculo.

- Correcto - asentí -. Y ese precio incluye que además esté disponible en las noches. Pero ¿estaría bien que pasara los días en la oficina y las noches en mi cuarto?

- Seguro, con tal de que lo pueda conseguir en un sitio o en otro. Excepto, por supuesto a la hora de las comidas. Buenas noches.

Informé al tío Am todo lo que Dolan había dicho y meneó la cabeza con tristeza.

- ¡Maldita sea, muchacho, confío en que podamos averiguar algo para él! Siento como si le estuviéramos robando el dinero hasta estos momentos.

- Hemos hechos todo lo que nos ha pedido que hagamos, y lo mejor que pudimos hacerlo. ¿A qué horas calculas que comenzarás tu vigilancia el día de mañana?

- Creo que será suficiente a las nueve. Dudo que salga antes de esa hora. Ahora que conozco el barrio me voy a llevar el Buick. Avisé a Harry Main que no lo necesitaría más, cuando le pagué. Lo cual me recuerda, después de

pagarle me quedé un poco escaso. ¿Sabes cuánto hay en la caja chica de la oficina?

- Cien dólares exactos.

- Los tomaré en la mañana. Cuando te vayas a almorzar, puedes pasar por el banco a hacer efectivo un cheque. Otros cien, o más si tú deseas un poco de dinero.

Fue nuestra primera noche de sueño normal desde el lunes, y Am me dejó en la oficina a la siguiente mañana. Quité la cubierta a la máquina de escribir y me puse a trabajar. Había decidido que no me quedaría sentado sin hacer nada hoy y mañana, no todo el tiempo por lo menos, aunque me pagaran por ello.

Dolan no había dicho que deseara un informe por escrito, pero pensé que, supuesto que dispondría de tiempo, podía utilizarlo escribiéndolo. Comencé con la llegada de Mike a nuestro cuarto el martes en la noche. Puse todo, excepto, desde luego, mi paseíto con Ángela. Describí mis conversaciones telefónicas y en persona con Dolan, no porque le interesaran, sino porque esperaba que repasándolas una vez más pudiera esclarecer mis pensamientos, permitiéndome descubrir algo que hubiese podido pasar por alto. No obtuve nada; seguía todavía tan a oscuras cuando terminé como cuando había empezado. No obstante, me hizo pasar la mañana; era mediodía cuando acabé.

Sonó el teléfono al estarlo releendo; era Dick Barth de la Great Lakes Finance Company, con un trabajito. Debería hacerse no más tarde que mañana y tuve que rehusar. Le di una explicación que lo satisfizo, y le informé que para el lunes tendríamos un servicio de respuestas.

Concluí de leer lo que había escrito; para entonces faltaban unos cuantos minutos para las doce. Bajé a tomar mi almuerzo y a recoger dinero del banco.

Al regresar principié a escribir los informes del tío Am, en su lugar. Eso fue más fácil porque no había ningún objeto en hacer versiones repetidas cuando los dos habíamos estado haciendo la misma cosa. Yo había detallado mis propios gastos; no podía hacer lo mismo con los suyos porque no le había preguntado cuánto gastara en seguir a Sylvia Dolan o cuánto le había cobrado Harry Main por la noche anterior. Fuera de eso nuestros informes resultaban al corriente hasta ese momento.

El teléfono repicó como a las dos. Era Ben Starlock.

- Déjame hablar aprisa, Ed, y dame una contestación rápida. Acaba de telefonarnos el empleado que sigue a Sideco. Se encuentra en el exterior de unos billares en Halsted, a los que Sideco llegó hace unos diez minutos. Entró cinco minutos después; sólo compró una cajetilla de cigarrillos y salió de nuevo cuando se dio cuenta de que era estrictamente un sitio en los que únicamente se habla español; hubiera resaltado allí como un dedo vendado si se quedaba dentro. Nada más mexicanos y filipinos. Sin embargo, vio que Sideco había colgado su americana y su sombrero y estaba jugando billar. Lo cual significa que bien pudiera quedarse allí toda la tarde.

»Pete García esta aquí en la oficina sin hacer nada. Puede ir para allá en un auto, en diez minutos; quizá hasta pueda ponerse a jugar con Sideco y darle un poco de cuerda. ¿Qué me dices?

- ¿Le será posible identificar a Sideco de los otros filipinos que se encuentras ahí?

- Healy dice - contestó Starlock riendo -, que trae puesta una camisa de seda morada, tirantes azules y una corbata de moño amarilla. Dudo de que nadie más tenga esa misma combinación.

No titubee nada, sabiendo cuál era la actitud de Dolan respecto a gastos:

- Mándalo aprisa para allá. Luego vuelve a llamarme.

El teléfono repicó una vez más en pocos minutos y era el mismo Starlock quien me llamaba.

- Pete está ya en camino. ¿Qué más querías decirme, Ed?

- Am se encuentra en un trabajito suyo y olvidé preguntarle esto. ¿Hizo algún arreglo para recibir el informe de su operador esta noche, después que regrese con Sideco a la casa?

- No, no hizo. ¿Debo de decírselo cuando llame de nuevo?

- No es asunto de vida o muerte, pero sería mejor. A menos de que algo surja, estaré en casa toda la noche, y Healy sabe en dónde vivo. Es a una cuadra de donde dejará a Sideco, así que dile que se detenga en nuestro cuarto si ve la luz encendida.

- Está bien.

Hubo otras dos llamadas esa tarde, ambas en la media hora anterior a las cinco. La primera fue de Ben Starlock: Pete García acababa de regresar y no tenía nada importante que informar, excepto que Sideco era un magnífico jugador de pool. Había jugado con los mismos compañeros toda la tarde, así que Pete no había podido jugar con él ni hablarle. Sí pudo advertir que no jugaban fuerte.

Sideco se había marchado a las cuatro y quince, y García, dejando que Healy lo remplazara, había hablado de los billares para informarse si habría nuevas instrucciones. Ben le contestó que diera a Healy mi recado, si lo alcanzaba, lo cual sí hizo.

La otra llamada, poco antes de las cinco, fue de Dolan. Primero me preguntó si tenía informes intermediarios, de Am o del operador que seguía a Sideco. Le contesté que no había nada de Am, pero le pasé lo que me había llegado acerca de Sideco.

Me informé que había hecho una cosa: registró el cuarto de Robert. Lo que había encontrado allí no había sido sospechoso, pero lo había sorprendido. Sideco era muy solvente para sus circunstancias, y su solvencia parecía justificada. Encontró una cajita de hojalata (que pudo abrir y cerrar con un ganchito), en la que estaban todos los apuntes de Robert, inclusive copia de sus datos sobre impuesto de la renta, durante ocho años. Las libretas de depósito por ese tiempo mostraban que había estado guardando exactamente veinte dólares a la semana, lo cual le daba ocho mil al cabo de ocho años. Había bastante más que eso, porque de vez en cuando había sacado dinero, alrededor de mil dólares cada vez, invirtiéndolos en acciones... y en buenas acciones. Su operación de 1959, por ejemplo, mostraba una ganancia de capital de seis mil dólares sólo en acciones de American Motors. Había comprado mil dólares en 1958 a diez, y las vendió en la cúspide, en 1959, a setenta. Tuvo unas cuantas pérdidas, aunque no muchas. En ese momento, además de pocos miles en el banco, calculaba que la cartera de acciones de Robert llegaría a la cantidad de treinta mil dólares.

- ¡Hijo de tal por cual! - exclamó riéndose -. La siguiente vez que desee un cañuto sobre el mercado, ya sé en dónde pedirlo.

Ambos convinimos en que, aunque el grado sorprendente de solvencia de Robert, considerando su empleo, no lo eliminaba como sospechoso, sí disminuía ciertamente la posibilidad de que estuviera mezclado en algo chueco; y si lo estuviera, con dificultad hubiera sido por algún pequeño soborno del exterior.

Dejé la oficina a las cinco, me fui a comer y luego a casa a pasarme otra noche leyendo. Me estaba aburriendo un poco de no hacer nada y hubiese preferido asistir a algún espectáculo, emborracharme, hacer algo, cualquier cosa, hasta sustituir al tío Am en la vigilancia de Elsie, si no fuera porque el hecho de que me conocía me eliminaba de ello; empero, mientras Dolan me estuviese pagando cien dólares al día nada más por estar a la expectativa, estarme sin hacer nada era lo mejor para ganar dinero.

John Healy se presentó como a las diez, con un informe bastante soso sobre Robert Sideco. Se había pasado la mayor parte de la mañana admirando los aparadores en el Loop; se estuvo una hora en la oficina de un comisionista contemplando el pizarrón - algo que me hubiese asombrado excepto por lo que había sabido por Dolan acerca de sus actividades en la Bolsa -; disfrutó de un almuerzo descansado, sin copas, y luego se fue a los billares. Después, caminó un poco con un amigo que lo acompañaba y posteriormente, solo. Por fin se había decidido y se echó un trago en una taberna, más tarde comió en una cafetería. Acabando de comer hizo una llamada telefónica, en seguida fue a un juego de bolos en donde, tras unos minutos, se le reunió un amigo con quien estuvo jugando un par de horas. Al final Robert se había ido a la casa en un autobús.

Healy estaba cansado después de tanto caminar, y deseaba marcharse a su casa en cuanto pudiera, especialmente porque yo no tenía ni siquiera una copa qué ofrecerle. Lo dejé que se fuera antes de telefonar a Dolan pasándole el informe.

Cuando le pregunté si deseaba que Am lo llamara cuando volviera a casa, me contestó que no, si el informe sobre Elsie era tan poco excitante como el de Robert. Pero que Am debía seguir espíandola hasta que Elsie consiguiera otro trabajo o hiciera algo.

El tío Am regresó a casa un poco después de las once; aparentemente la familia Aykers se acostaba todas las noches como a las diez y media. Había tenido un día más aburrido aún que el de Healy. Elsie había salido de la casa únicamente dos veces, ya tarde, en la mañana, con una mujer, al supermercado y luego a media tarde a efectuar algunas compras en una tienda cercana. Había tenido gente a cenar, una pareja joven con dos niños; el tío Am pensaba que la mujer fuese probablemente una hermana mayor de Elsie. Se fueron temprano, a las nueve, y las luces se apagaron a la misma hora que la noche anterior. El tío Am sintió alivio al saber que no tendría que telefonar a Dolan; declaró que aquello se oía como un trabajo muy insignificante por cien dólares, y que quizá deberíamos empezar a fijar a Dolan una tarifa rebajada. Le contesté que comenzaríamos a pensarlo seriamente si Elsie no buscaba un nuevo empleo para el lunes, y pareciera como si la tarea de seguirla se retardara.

El siguiente día, sábado, el tío Am me dejó en la oficina otra vez y me pasé un día todavía más muerto que el anterior, cuando contaba con poner los informes al día. Pasé el tiempo escribiendo algunas cartas a ciertas compañías financieras y de préstamos, ofreciéndoles nuestros servicios. Ni las feché ni las

puse en el correo, pues no quería enviarlas hasta que supiera que habíamos concluido con el affaire Dolan y podíamos encargarnos de otro asunto si alguien nos llamaba por teléfono.

No tenía ninguna razón para llamar a Dolan, pero él me habló como a las siete y media a casa y, ¡gracias a Dios!, fue para soltarme del gancho por un poco de tiempo. Algo se había presentado, un asunto de negocios que no tenía nada que ver con el caso que nos ocupaba, y que lo alejaba de la ciudad durante veinticuatro horas; se marchaba inmediatamente para Milwaukee y me podía considerar fuera de la nómina y libre hasta la misma hora del día siguiente, supuesto que no tendría ninguna razón para hablarme de Milwaukee. El tío Am debía seguir con lo que estaba haciendo.

Yo estaba libre. Me detuve apenas tiempo suficiente para escribir un recado al tío Am, y luego me fui sin aguardar a decidir a dónde iba. No resultó nada espectacular, especialmente en razón de que no llevaba coche. Enderecé rumbo a Loop, a pie, luego me percaté de lo temprano que era, y alcancé una orquesta muy buena y una variedad aceptable en El Gallo Loco. No estaba acostumbrado a la vida nocturna, me entró el sueño y me fui a casa, llegando allí unos cuantos minutos antes del tío Am.

Él había tenido otro día tan soso como ayer, con la variante de que un joven había llegado para llevar a Elsie a un cine. La regresó a la casa a las diez y las luces se apagaron a las diez y media, como de costumbre.

Traté de convencerlo de que llamara a Starlock y consiguiera que uno de los operadores de Ben se encargara de mañana, domingo, para que los dos pudiéramos tener un día franco. No quiso; contestó que figuraba que Elsie comenzaría a buscar otro trabajo el lunes, y hasta entonces, y a menos de que no sucediera así, no iba a compartir su dinero con Starlock.

De todos modos me fue posible dormir hasta bien tarde la mañana del domingo. Fui a un teatro en la tarde y disfruté una buena comida después; regresé a casa a las seis, a modo de estar ahí en caso de que Dolan llegara a su casa un poco antes de lo que había predicho y me necesitara para algo.

Así, llegó la noche del domingo.

Entonces fue cuando saltó la tapa.

Capítulo 16

Dolan me telefoneó un poco después de las seis, nada más para decirme que todo estaba tranquilo y no había ninguna razón para que yo estuviera alerta si tenía alguna otra cosa que deseara hacer, pero supuesto que él me había pedido que allí permaneciera, le podíamos cargar el día en la cuenta. Le contesté que no: había esperado únicamente quince minutos su llamada, y le estábamos cobrando mucho por otros conceptos.

Con lo que quedaba libre para esa noche, pero como había estado fuera toda la tarde y no había nada que deseara hacer, decidí que mejor me quedaba en casa y leía.

Estaba metido en el segundo capítulo de una novela de espionaje, de Ian Fleming, cuando sonó el teléfono otra vez. Lo contesté con mi nombre y una voz que no reconocí repitió:

- Ed Hunter, ¿dijo? ¿Está Am Hunter?

- No - repliqué -, y no regresará sino hasta ya tarde. ¿Algún recado que desee le dé?

- ¿No hay manera en que me pueda comunicar con él?

- Mucho me temo que no. Está trabajando.

- Oh - lamentóse la voz -. Bueno, acaso usted me pueda ayudar. ¿Usted es el sobrino de quien me habló, el otro de Hunter & Hunter?

Le respondí que sí.

- Mi nombre es Silver, Arnold Silver. Algo se ha presentado necesito en que me ayuden; pensé en su tío porque es el único detective privado que conozco. Si está trabajando, quizá usted me pudiera atender.

- ¿Es algo de urgencia? - indagué -. Por lo menos uno se nosotros, tal vez los dos, estemos en nuestra oficina mañana.

- Mucho me temo que será preciso empezar esta noche. Mire, vivo un poco lejos fuera de la ciudad, al oeste de Winnetka, como a una hora de camino de donde usted se encuentra. ¿Qué probabilidades hay de que pueda venir desde luego?

- Tendré que rentar un coche o tomar uno de alquiler. ¿Me pudiera dar alguna idea de la clase de trabajo que es? Hay algunas clases que no manejamos. Una de ellas, los asuntos maritales.

- Lo sé; Am me lo dijo. No deseo hablar del asunto en el teléfono, no obstante, puedo asegurarle que se trata de algo legal. Mire, rente un automóvil y venga. Si por alguna razón rehúsa el trabajo, le pagaré sus gastos y su tiempo.

- Me parece justo - murmuré -, pero para el viaje de una hora, ¿está seguro de que un auto de alquiler no sería más barato? - Se me ocurrió algo mejor -. Pudiera tomar el North Shore a Winnetka y un coche desde la estación de allí.

- No, rente un automóvil. Lo necesitará más tarde si acepta el trabajo que le ofreceré.

Me explicó en dónde virar en Winnetka para la Carretera 42, que es precisamente al norte de Evanston y cómo seguir desde allí. No era muy complicado.

Cuando colgué, llamé un auto de sitio y luego me preparé; escribí un recado rápido al tío Am para decirle lo que sucedía y bajé a esperar el coche.

Llegó en un par de minutos y lo tomé para que me llevara a la avenida Michigan, a la agencia que siempre utilizábamos cuando era preciso tener dos coches al mismo tiempo. Conseguí un Pontiac y rodé hacia el Norte, a lo largo del lago, al través de Evanston y a Winnetka en la 42, di vuelta hacia el Oeste y empecé a seguir las instrucciones recibidas.

Nadie pensaría que así de cerca de una ciudad del tamaño de Chicago, y entre dos carreteras principales Chicago - Milwaukee, se pudiera encontrar una zona sin construir y caminos laterales casi sin usar; sin embargo, allí estaban.

Era región montuosa, con barrancos y caídas a un lado de la carretera y a veces al otro. La claridad de la luna era suficiente para permitir a uno manejar sin los faros delanteros, y podía distinguir las pendientes empinadas. Un poco después de la última vuelta de la ruta que se me había dado, se presentó el camino más estrecho; llegaría a la casa descrita tras kilómetro y medio.

Una ojeada a la izquierda, montaña arriba, fue lo que me salvó la vida. Eché un vistazo, nada más un vistazo, a un coche que pasaba un sitio descubierto de árboles. Un coche sin luces, como veinte metros adelante de mí, que venía de un caminito lateral en dirección que produciría un choque seguro.

Reaccioné automáticamente; no había tiempo de reflexionar. Deje de oprimir el acelerador apenas lo bastante como para no descubrirme, y me fui deslizando y perdiendo velocidad de ahí para adelante. Y estudiando el sitio en donde el camino lateral se juntaba con el mío, lo conservé en la memoria, y como a cuatro metros de él, apliqué los frenos con tanta fuerza que el Pontiac casi se paró de cabeza deteniéndose todo estremecido. El otro coche, al que no traía las luces encendidas, rechinó los frenos al cruzar enfrente de mí, casi rozándome los faros, pero no se pudo detener a tiempo, pasó hasta el otro lado del camino y se precipitó por la empinada pendiente.

Como a quince metros abajo chocó contra un árbol, con un terrible golpazo y estrujamiento de meta, y después todo quedó en silencio, un silencio profundo durante el cual permanecí sentado, tembloroso, por más de medio minuto, antes de salir de mi coche y empezar a descender la pendiente de cuarenta y cinco grados. No veía cómo alguien podía haber vivido después de aquel choque, pero tenía que asegurarme. Llevaba la pistola lista por si alguien vivía.

George Steck no había sobrevivido. No tuve ni que tocarlo para estar seguro de que había muerto. Llevaba puesto un cinturón de asiento, que no lo había servido de nada. No después de quince metros de caída en una pendiente de cuarenta y cinco grados. El cinturón lo había cortado casi por la mitad, y parte del motor estaba sobre sus piernas. Prefiero no entrar en mayores detalles.

Subí al Pontiac y lo arranqué. Temblaba de los pies a la cabeza y procedí con lentitud; lo eché a caminar hacia delante, porque no había lugar en donde dar vuelta.

A cien metros de distancia encontré un espacio bastante amplio, y en él un Cadillac estacionado, el mismo de color crema de Steck, en el que había llegado a la casa de Dolan unas noches antes.

No había ni siquiera advertido la marca del coche del asesinato, aunque para matarme con él había escogido uno con cinturones en los asientos. El plan había sido sencillo. Había estado aguardando allí, en ese callejón lateral, sin luces. Mi coche sí tenía luces; con facilidad me hubiera podido ver desde lejos y precisar el momento en que su propio coche golpeará al mío en el centro de la carrocería, echarme fuera del camino y precipitarme pendiente abajo, para después irse a su propio coche y largarse al diablo.

Continué rodando hasta hallar un lugar en donde pudiera dar vuelta y regresar. Probablemente estaba más cerca de la Carretera 41, mas no conocía la región y podía perderme; pero sí sabía que podía volverme por donde llegué.

Claro que pude haber ido a la estación de policía más cercana, en Winnetka, a informar lo que había sucedido; ¿para qué? No iba a perjudicar a Steck que lo encontraran hasta el día siguiente. Informar el caso me amarraría con un gran número de preguntas y lanzaría al aire el asunto Dolan... y, además, me estaba invadiendo un terrible «pálpito» respecto a por qué George Steck me había tratado de matar. Aquel pálpito abría casi tantas nuevas preguntas como contestaba otras antiguas. Todavía no percibía todo el cuadro. Todavía no sabía por qué Mike había tratado de robarme una pistola, que era lo que había iniciado todo el negocio, a lo menos desde el punto de vista de los Hunter.

Ya había cruzado Evanston cuando se me pasaron los temblores y comencé a pensar con mayor o menor calma respecto a lo que debía hacer. Tendría que decirlo a Dolan, por supuesto. Y sería conveniente ir a recoger al tío Am de su tarea. No tenía la respuesta completa, pero fuera la que fuese, parecía muy seguro que Elsie, la sirvienta, no tenía ninguna parte en ello. Así que no

devolvería el Pontiac aún, y decidí enderezar rumbo a la oficina en lugar de a casa. Me he dado cuenta de que logro mis mejores reflexiones en la oficina, en la noche, cuando nadie anda por ahí y no hay cosa que distraiga.

Entré en la oficina, encendí la luz y me senté en el sillón frente a mi escritorio. Como si estuviera previsto, repicó el teléfono, y aunque no lo sabría sino hasta dentro de media hora, el caso Dolan estaba concluido.

Era una voz suave, voz del Sur, voz agradable, con un ligero indicio de burla bien merecida. La respuesta a mi frase de «Esta hablando Ed Hunter», fue:

- ¿Es el señor Hunter que representa a una escuela de secretarias para señoritas?

No acierta uno con una réplica porque no se está cara a cara; se aguarda unos cuantos segundos antes de decir algo, si le lanzan una curva como ésa cuando ni siquiera se sabe que se está bateando. La voz solamente podía ser la del padre de Elsie Aykers, porque era la única persona a quien le había dicho que representaba una escuela de secretarias, y no le había dado ningún nombre.

- Señor Aykers - le dije -, supongo que usted y su hija han comparado notas y descripciones. Lo lamento; la estaba investigando. Si le ha contado lo que ocurrió en la casa Dolan, comprenderá por qué el señor Dolan deseaba...

- Comprendo, señor Hunter. No estoy disgustado. Elsie no tomó esas llaves, ni las dio, ni las vendió a nadie. Se las robaron.

- El señor Dolan no podía estar seguro de eso, y por ello me contrató para que investigara. No solamente a su hija, sino a todos los que estaban allí.

- ¿A todos? - me preguntó -. Señor Hunter, mi Elsie y yo, como usted dice, comparamos notas. Y puede ser que podamos contar al señor Dolan algo que tenga valor para él.

- El señor Dolan es un hombre generoso - respondí -. Estoy seguro de que si Elsie sabe algo que él desee saber, hará algo.

- ¿Qué tan generoso cree que pueda ser?

- Me parece... - y me detuve a pensar. Si el resto de la respuesta era acerca de algo que Elsie sabía, Dolan sí sería generoso. Veamos lo que le estaba costando. Solamente Hunter & Hunter, con gastos, etcétera, representaba ya más de mil dólares y no parecía que aquello le preocupara -. Me parece que hasta le podría pagar un curso en una escuela de secretarias si está realmente interesada en eso. ¿Están ustedes en la casa?

- Esperaba que me dijera eso mismo. Sí, a Elsie le agradecería aprender a trabajar en una oficina. No, no estamos en casa. Elsie y yo nos encontramos en el Loop. Podríamos ir a su oficina muy pronto. Hemos estado telefoneando a su casa y a la oficina.

Le pedí que fueran, y, mientras esperaba, me preguntaba si cuando llegaran bajaría a llamar al tío Am para que asistiera a la conferencia; vendría tras ellos y con una terrible curiosidad cuando viera a dónde iban. Decidí no hacerlo; esto podía ser la solución del caso, aunque también pudiera ser algo que convirtiera la vigilancia de Elsie en más importante que antes.

Muy pronto los oí en el corredor y abrí la puerta antes de que llegaran a ella. Diez minutos más tarde sabía cuál era la solución del caso, y me sentí como el mismo infierno. Una cosita bien sencilla había visto Elsie. Una cosa mortal según se demostró.

Con una voz que no se oía como la más les di las gracias, y les aseguré que, aunque Dolan no ofreciera nada, yo personalmente me aseguraría de que

hubiera algún dinero para ellos, de lo que a nosotros nos correspondía. Me importaba un comino, en ese momento, si lo tomaban todo.

Caminé con ellos escaleras abajo hasta el coche del señor Aykers.

Mientras tanto, había divisado en dónde estaba estacionado el tío Am, y antes de que pudiera irse tras ellos, me acerqué al Buick y lo detuve.

- El caso terminado - le informé, y la voz se oía como muerta -. Vamos arriba y llamaremos a Dolan. Me parece que será mejor tenerlo aquí, decírselo en la oficina, y no en su casa.

Caminamos escaleras arriba y yo le dije:

- Ángela. Steck.

- ¿Me quieres decir, los que hablaban el martes en la tarde cuando Mike los escucho? Pero si Mike dijo que eran dos hombres.

- Espera hasta que llame a Dolan y le diga que venga par acá. - Telefoneé a Dolan, le informé que teníamos las respuestas y que preferíamos dárselas en nuestra oficina y no en su casa, a lo que me contestó que iría al momento.

Entonces lancé un suspiro profundo y empecé:

- Ángela dijo la verdad cuando me confesó que había estado atraída por Steck cuando llegó a trabajar para Dolan, y que su padre se opuso y ni siquiera le permitía salir con nadie que estuviera metido con los fulleros, para no hablar de que se casara con él. Mintió cuando añadió que había terminado todo. El asunto continuó bajo cuerda. Ellos...

- ¡Ed, cómo puedes saber eso!

- Es indiscutible que para ellos hay un motivo conjunto: el hecho de que no se pueden casar en tanto Dolan esté vivo. Además de un tercio, digamos, de medio millón para Ángela. Y un ascenso en la administración para George Steck, si piensa que estaba en línea recta. Qué tan seriamente habían proyectado matar a Dolan, qué tan cerca habían estado de hacerlo si Mike no hubiese volado el globo, eso sí que no lo sé. Por lo menos hablaron acerca de ello. Fuera del cuarto de Mike, en la tarde del último martes.

- Muchacho, Mike dijo que escuchó a dos hombres.

- La versión de Elsie explica eso. El martes en la tarde, como a las dos, subió a su cuarto a cambiar vestido, y al regresar por las escaleras de atrás... cuando llega al segundo piso desde el descansillo se alcanza a ver todo lo largo del corredor.

»Vio a dos personas de pie, hablando frente a la puerta del cuarto de Mike. Ellas no la vieron, supongo. Eran George Steck y Ángela Dolan.

- Pero Ed, Mike dijo...

- Déjame terminar con Elsie primero, tío Am. No se dio cuenta al principio de que tenía algo importante, porque solamente parte de la narración de Mike se filtró hasta la servidumbre, fragmentos de conversación entre los Dolan. Incidentalmente ella y su padre, hablando entre sí, descubrieron que podía ser importante. Y, por supuesto, tienen razón.

- Entonces son más inteligentes que yo - comentó el tío Am frunciendo el ceño.

- No, sino que tuvieron un par de días para reflexionarlo, eso es todo. Piensa un minuto en el horario de la tarde del martes. Después del almuerzo, la madre de Mike lo acostó. Luego sale y Ángela regresa a la casa.

»Mike supuso que su madre estaba en la casa y su hermana fuera de ella, así que... Bueno, ponte en el caso de Mike. Piensa que oye a su madre hablando con un hombre, en la parte exterior de su puerta, acerca de matar a

su padre. Y ama igualmente a su padre y a su madre, probablemente con el mismo afecto.

- ¡Jesús! - exclamó el tío Am -. No puede permitir que eso suceda. Ni puede avisar a su padre, denunciando a su madre. Puede haber inventado cualquier cosa, pero inventa la historia de dos hombres, y antes de informar del caso, con toda deliberación, trata de hacer que lo arresten para que se le tome en serio y se detenga cualquier intento en contra de la vida de su padre, sin mezclar en ello a su madre.

- En eso fue en lo que me porté en forma estúpida, tío Am. Debí haber visto la noche del martes que Mike no venía realmente en busca de una pistola. Es bastante inteligente para saber que eso no le aprovecharía nada. Fui estúpido, o debí haberme dado cuenta por el momento en que ocurrió: llegó al minuto de que apagué la luz; debe haber estado vigilando al otro lado de la calle; estaba tratando de que lo sorprendieran. Quería que lo arrestaran para que lo tomaran en serio, y lo hubiera logrado; me hubiera obligado a llamar a un policía si él no hubiese pasado inadvertido el hecho de que traía identificación en su cartera.

- ¡Cristo Santo! - asintió el tío Am - debe ser exacta la explicación, porque no se ajusta de ninguna otra manera. Ángela comprendió qué había sucedido y le entró gran miedo, porque si Mike cambiaba su versión, y la daba exacta, Dolan sabría la verdad. Porque Dolan sí sabía que era Ángela quien se encontraba en la casa.

- Ángela estaba asustada - añadí yo asintiendo con el ademán - hasta en esa primera noche. Sabía que Mike había escuchado una conversación efectiva: ella y Steck no habían sido precavidos porque no tenían la menor idea de que Mike estuviese en su cuarto en lugar de en la escuela. Y adivinó por qué había informado de la conversación en una forma un poco distinta de cómo la sorprendió; y sabía que si cambiaba su versión...

- Muchacho - interrumpió el tío Am -, esto no va a estimular tu propio ego, pero ¿no crees que fue por el miedo tan grande que tenía que llegó hasta el extremo para ganarte a su lado, y obtuvo de ti la promesa de que la tuvieras informada de todo cuando aconteciera?

- Supongo que eso fue en parte, aunque, ¡maldita sea!, no estuvo fingiendo en todo momento, aun cuando estuviera enamorada de Steck. Bueno, el miércoles el peligro se le aproximó más porque Dolan concertó una cita con un sicólogo de niños para que hablara con Mike. Había hasta la probabilidad de que se utilizara la escopolamina.

»Por eso la noche del miércoles se pusieron desesperados... por lo menos Ángela se puso. Por eso hizo que George le diera dos golpes; para que la marcaran y pareciera verosímil y confirmada la historia de Mike acerca de dos hombres que hubieran estado en la casa de Dolan. Por supuesto que no fue allí en donde aconteció la escena. Probablemente en el apartamento de Steck, quedándose él allí para probar una coartada en caso de que Dolan lo llamase, como sucedió. Así fue todo, con excepción que podemos añadir algunos detalles, como el de que Ángela fue al cuarto de Elsie a tomar sus llaves del bolso, para despertar algunas sospechas.

- El caso está terminado. Sin embargo, chico, ¿tenemos alguna prueba?

- La confesión de Elsie y la de Mike, cuando la cambie; y lo hará, se me figura, cuando se le explique todo. Y el hecho de que George Steck trató de matarme hace hora y media.

- ¿Qué? - No era el tío Am el que lo preguntaba; era Dolan. No lo habíamos oído en el corredor y acababa de abrir la puerta. Entró en el cuarto, prosiguiendo -: ¿Dice usted que Steck trató de matarlo? ¿Esta noche?

- Muy bien - asentí -, le contaré eso primero, y luego regresaré a lo demás. - Comencé con la llamada telefónica que había recibido en nuestro cuarto un poco después de las seis -. No se oía como la vez de Steck, pero...

- Es muy bueno para imitar voces - nos explicó Dolan -. Es una de sus habilidades de salón. ¿Utilizó algún acento?

- Un acento judío moderado - contesté -. Se ajustaba con el nombre que me dio; Silver. No es un nombre inglés común, sino más bien, por lo regular, una contracción de Silverstein o Silverberg.

- Debe haber sido Steck. Podía imitar cualquier acento perfectamente. Bueno, entonces no tuvo ningún cómplice. Adelante, ¿cómo trató de matarlo?

Les hice mi narración y se me quedaron viendo fijamente cuanto terminé.

- ¿Por qué? - inquirió Dolan -. ¿Por qué había de desear matarlo a usted?

Tomé una respiración profunda y les dije:

- Permítanme comenzar por el principio. - Comencé y terminé con una secuencia mejor que la que había presentado al tío Am antes de que llegara Dolan.

Dolan parecía tener cincuenta años, muy vigorosos cuando entró en nuestra oficina. Ahora se veía como de sesenta. Permaneció sentado todo un minuto en silencio, antes de que hiciera finalmente una pregunta.

- ¿Qué hay de la policía?

- No se cometió ningún crimen. Steck trató de cometer uno; su propia muerte fue un accidente. La policía hallará las circunstancias raras, con él muerto en un coche robado y el suyo propio estacionado algo más lejos. Quizá hagan a usted algunas preguntas, supuesto que trabajaba para usted pero...

- ¡Al diablo con Steck! - me cortó -. ¿Qué respecto a Ángela?

- Eso es asunto de usted - proseguí -; yo sugeriría la atención de un siquiatra. Cuando sepa que usted conoce toda la historia estará dispuesta, aunque al principio no sea más que por razones egoístas. Ya es mayor de edad y lo único que tiene que hacer es amenazar con desheredarla. A ese precio, mi opinión es que aceptará todo. Acaso al principio finja y afecte cinismo, pero si un buen psicoanalista, o hasta siquiatra, le llega a lo vivo...

Asintió con la cabeza, lentamente, y se encaminó hacia la puerta. Se volvió con la mano en el tirador.

- Todavía una pregunta. ¿Por qué lo trató de matar Steck?

- Probablemente nunca lo sabremos, a menos que Ángela se lo diga a usted. Cualquier opinión es tan válida como otra cualquiera. Tal vez Steck quería, a la postre, salirse de la conspiración. Tal vez ella pensó que lo aseguraría provocándole celos y le contó algo inventado acerca de mí.

- Muchacho - añadió el tío Am -, eso puede haber sucedido la noche en que la golpeó, siendo resultado de que le confesara algo por el estilo. Puede que al regresar a la casa la haya asaltado la idea de convertir esos moretones en una historia relacionada con dos hombres que la atacaron.

Decidí que así pudo haber sido, y aprobé con la cabeza.

Dolan me lanzó una mirada por un momento, pero no me preguntó si habría alguna verdad en lo que Ángela le hubiera dicho a Steck.

Cuando se retiró, ninguno de nosotros sugirió acompañarlo, aunque no había nada que nos detuviera aquí. Caminaba como un zombie, y obviamente deseaba irse solo.

Permanecimos sentados unos cuantos minutos, yo en mi sillón y él en la esquina de mi escritorio; luego le pregunté:

- Bueno, tío Am, ¿qué hacemos? ¿Nos emborrachamos?

No sé si hablaba en serio o no, pero él hizo un movimiento negativo con la cabeza.

- Muchacho, eso no resulta. Tengo una idea. Vamos a tomarnos una copa, quizá dos, en el camino para casa. ¿El Gato Verde?

Comprendí, comprendí por qué había escogido el sitio a donde había yo llevado a Ángela a beber la noche del martes. Uno no huye a una cosa; le sale al encuentro. Si hubiese habido alguna excusa razonable para hacerlo, hubiera ido a ver a mi hermosa princesa irlandesa, de cabello negro como el cuervo, de cutis lechoso - sí, tenía que utilizar ese término ahora que sabía que se había acostado conmigo estando enamorada de otro -, mi princesa irlandesa tan dulce, tan amable, tan encantadora, tan asesina.

Así que nos fuimos a El Gato Verde. No había mucha gente porque era muy temprano. ¿Temprano? ¡Dios, cuánto había acontecido desde las seis de la tarde, y apenas eran las nueve! Y todavía la noche del domingo. Empujé las cosas al extremo buscando el mismo lugar, aunque no dije nada al tío Am; acaso lo adivinó; puede que no.

- Muchacho, necesitamos una pausa. Unas vacaciones, un cambio. Y sé cómo podemos disfrutar de unas sin siquiera tener que cerrar la agencia.

- ¿Cómo? - pregunté.

- Carey Stofft, ¿te acuerdas? El miércoles, ¿o fue el jueves?, recibimos aquella carta suya. Está con los Espectáculos Yates, y van a inaugurarlos mañana en Gary, Indiana. Nos invitó a los dos a ir durante la semana y vivir en su remolque. Chico, ¿por qué no lo aceptamos separadamente, lo cual será más cómodo para él, además de permitirnos continuar con la agencia abierta? Tú te vas mañana en la mañana, te quedas allá tres días, regresas el miércoles en la noche o el jueves en la mañana y yo me voy los últimos tres días de la semana.

- ¿Por qué no? - le contesté, y así lo hicimos.

Me fui a la mañana siguiente; a Carey le dio mucho gusto verme y todavía más cuando supo que lo acompañaría Am después; me pasé dos días estupendos disfrutando de los espectáculos, pero fueron suficientes y regresé el miércoles en la mañana. Serían como las once cuando llegué a la oficina.

- Bien - dije al tío Am -, yo cuidaré de la tienda. Tú ya te puedes ir.

- A la noche, Ed. Además, tengo algo para ti esta tarde.

- Seguro, ¿de qué se trata?

Me presentó un cheque.

- Cinco mil dólares. De Dolan. Preparé su cuenta y se la mandé. Mil trescientos cincuenta y ocho y algunos centavos. Aparentemente no le agradó y me envió éste cambio.

- ¡Magnífico! - exclamé -. ¿Quieres que me pase la tarde depositándolo? ¿O qué?

- Han pasado nueve días - repuso -. Ya estarás casi listo para pensar en soplarle a un trombón. Puesto que regresaste tan pronto, toma la tarde para escoger el mejor que se pueda conseguir en Chicago. Claro, vas a la casa

antes y recoges el instrumento viejo; aunque no se pueda arreglar, te darán algo por él en cambio.

- Demonio, vete ya tío Am. Eso lo puedo hacer muy bien mañana.

- ¿Y quién cuidará de la tienda mañana si me voy ahora? Ed, ha sido una semana pésima. Fuera de estos cinco mil, no hemos ganado un maldito centavo. Mira, ya que estás aquí, sostén el fuerte en tanto yo bajo a comer algo y entonces...

Entonces sonó el teléfono y yo lo contesté por estar más cercano a él.

- Ed Hunter - contesté. Nada brillante, aunque mejor que cualquiera de las frases de la señora Murphy; me había curado de eso con dos intentos.

- Ed, habla Molly. Molly Czerwinski. Regresé de Indianápolis esta mañana. ¿Recuerdas que te hablé a fines de la semana pasada? Acerca de ver si podíamos hallar a mi ex marido que escapó con todo el dinero en que había vendido nuestra casa y...

- ¡Claro que sí, Molly! - mascullé -. Ésa es mi especialidad, acordarme. Con detalles y todo; los pocos que me diste. ¿Estás libre en estos momentos?

- Sí, estoy en mi casa, Ed, cerca de Howard. Me tomaría como media hora llegar a la dirección de tus oficinas. ¿Debo ir para allá o te doy tiempo para que almuerces?

- Ven ahora y permíteme que te lleve a almorzar cuando llegues. - Me respondió que muy bien, y yo lo informé al tío Am para que se fuera de inmediato a almorzar, pudiera regresar, e irme yo entonces. Me lanzó una sonrisita.

- ¿Molly Czerwinski? ¿Me acordaré de que me dijiste que tenía el trasero más bonito de la Historia Americana?

- De la clase de Historia Americana, en la secundaria. Ahora, ¡vete! - Y se fue.

Molly llegó un poco antes de una hora. Estaba hermosa. Los ocho años desde que la viera por última vez la habían mejorado grandemente. Me dio la mano para saludarme.

- Hola, Ed.

Se la estreché, le contesté, y luego le dije que inmediatamente nos iríamos a almorzar, aunque si aguardaba unos cuantos minutos podría conocer a mi tío que manejaba la agencia conmigo. Mientras tanto, podía proceder a informarme del asunto, comenzando por decirme su nombre de casada, especialmente si lo usaba ahora. Sí lo usaba, me explicó, porque era un nombre de trabajo mejor para su enseñanza de baile, que el de Czerwinski. En ese momento entró el tío Am y yo me puse en pie.

- Tío Am - le dije -, deseo que conozcas a la señora Murphy.

Ella también se levantó y avanzó un poco extendiendo la mano; él empezaba a tomársela... y entonces estalló. Eso es lo único que puedo llamarlo; fue un acceso de tos o algo se le parecía, y continuó más fuerte aunque yo le estaba palmeando la espalda para permitirle respirar; por fin lo saqué rumbo a la farmacia más cercana para que tomase alguna medicina.

- Déjame ofrecerte excusas en su nombre, Molly - le dije -. De vez en cuando, no muy a menudo, le viene un acceso parecido. Un jarabe especial es lo único que lo compone. Luego continúa bien durante otro año o cosa por el estilo. Lo siento mucho.

Frunció el ceño.

- Tú debiste haber ido por el jarabe, Ed, dejándolo a él aquí.

- Siéntate de nuevo, Molly - le contesté -. Sé muy bien que a él no le hubiera parecido en esa forma. Será mejor esperar hasta que regrese y ¿me quieres decir algo más acerca de Dick Murphy, con quien te casaste? Vamos empezando con dónde y cuándo lo conociste.

Procedió a ello; estaba hablando todavía cuando sonó el teléfono. Supe quién era, y supe, excepto por la frase misma que utilizaría, lo que estaba a punto de decirme.

- Chico - murmuró el aparato - ¿quién le dio aspecto tan bonito al estupendo trasero de la señora Murphy?

Empecé a farfullar, no obstante, me repuse y le solté:

- ¡Maldita sea, eso no es parejo, cuando no puedo...! Espera un momento, cómo no he de poder, sobre la base de que tú mismo la hagas, digo, la frase. Aquí va: «Hormigas coloradas», «pantaletas ajustadas».

Entonces él musitó asombrado:

- ¿Quién puso las hormigas coloradas en las pantaletas ajustadas de la señora Murphy? Chico, es tan buena como la mía. ¡Empate!

- Sí, un empate; regresa cuanto antes, ¡con un demonio! y esta vez procura portarte bien.

Colgué y me quedé contemplando a la señora Murphy directamente a los ojos; estaban enormes por la curiosidad y eran los más hermosos que hubiera yo visto.

- ¡Ed! Debe haber sido tu tío llamando desde la farmacia, puesto que tú dijiste que regresara, pero ¿de qué estaban hablando? «Hormigas coloradas», «pantaletas ajustadas» ¡Me volveré loca si no me lo explicas!

Le sonreí con malicia.

- Puede ser que en este momento te vuelvas más loca si te lo explico. Molly, quizá algún día te lo pueda decir, pero no por ahora. ¡No, no por ahora!

Pensaba al mismo tiempo en que no hacemos montones de dinero mi tío y yo, excepto de tarde en tarde, si bien a veces nos divertimos mucho; y a mi me gusta.

FIN